



20

DO

AS

PQ2501

B3

v.1

101146



1020026900



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL DOCTOR PASCUAL

Núm. Clas. 286 d

Núm. A. 30850

Núm. A. -8-

Procedencia

Precio

Fecha

Clasificó fy

Catalogó

Librería de V. Suarez Madrid

LA ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

AÑO V

Cada número forma un grueso volumen de más de 200 páginas, gran tamaño, á dos columnas.

Se divide en dos secciones: española y extranjera. La española está escrita por **Barrantes, Campoamor, Cánovas, Castelar, Echeagaray, Galdós, Menéndez y Pelayo, Pardo Bazán** (D.^a Emilia), **Palacio Valdés, Pi y Margall, Thebussem y Valera**, con los que alternan, en concepto de colaboradores, los primeros publicistas españoles. La parte extranjera está redactada por **Bourget, Cantú, Coppée, Cherbuliez, Daudet, Dostoyusky, Gladstone, Gœneourt, Richepin, Tolstoy, Turguenev y Zola**.

Precios de suscripción, pagando por adelantado:

En España, seis meses, *diez y siete pesetas*; un año, *treinta pesetas*.— En las demás naciones europeas y americanas, y en las posesiones españolas, un año, *cuarenta francos*, enviando el importe á esta Administración en letras sobre Madrid, París ó Londres.

Las suscripciones, sea cualquiera la fecha en que se hagan, se sirven á partir de los meses de Enero y Julio de cada año. A los que se suscriban después, se les entregarán los números atrasados.

Se remite un tomo de muestra gratis á quien lo pida por escrito al Administrador de LA ESPAÑA MODERNA, Cuesta de Santo Domingo, 16, principal.

Quedan algunas colecciones de los años 1889, 90, 91 y 92 á **30** pesetas cada año en rústica, y **40** en pasta.

COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS

EL

DOCTOR PASCUAL

NOVELA DE

EMILIO ZOLA

CON LA BIOGRAFÍA DEL AUTOR

POR

GUIDO DE MAUPASSANT

TOMO PRIMERO

MADRID

LA ESPAÑA MODERNA

Cta. de Sto. Domingo, 16

Teléf. 260.

101146

30850

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ
AÑO DE 1900

873
N



Pa2501
D3
V.1

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

AGUSTÍN AVRIAL. — Imp. de la Comp. de Impr. y Libr.
San Bernardo, 92 — Teléfono 3.074

EMILIO ZOLA

I

HAY nombres que parecen predestinados á la celebridad, que resuenan y se graban en la memoria. ¿Puede olvidar á Balzac, Musset, Hugo, quien una vez oyó estas voces breves y sonoras? Pero de todos los apellidos literarios, quizá no hay uno que salte á la vista más bruscamente y se incruste con más fuerza en la retentiva que el de Zola. Rompe como dos notas de clarín, violento, estrepitoso; penetra en el oído, lo llena con su rápida y vibrante alegría. ¡Zola! ¡Qué toque de llamada al público! ¡Qué toque de diana! ¡Y qué fortuna para un hombre de talento nacer con tal apellido, y no llamarse *Durand* ni *Dupont*!

Jamás apellido ninguno vino más de molde á nadie. Parece un arrogante reto, una amenaza de ataque, un cántico de victoria.

Y verdaderamente, entre los escritores de hoy, ¿quién combatió con más brío por sus ideas? ¿Quién atacó más brutalmente lo que por injusto y falso tenía? ¿Quién ha triunfado con mayor estruendo, de la indiferencia al principio, de la resistencia vacilante del público después?

Larga fué, sin embargo, la lucha antes de lograr fama; y cual muchos de sus mayores, el joven escritor hubo de pasar por durísimos trances.

Nacido en París el 2 de Abril de 1840, corrió la niñez de Emilio Zola en Aix, y no volvió á París hasta Febrero de 1858. Aquí terminó los estudios, fracasó en el bachillerato y comenzó entonces la terrible lucha por la vida. Encarnizada fué la pelea, y durante dos años el futuro autor de los *Rougon-Macquart* vivió al día, comiendo donde saltaba, corriendo en busca de la fugitiva moneda de cinco francos, frecuentando más á menudo el Monte de Piedad que las fondas suntuosas, y, á pesar de todo, rimando versos incoloros, sin forma ni inspiración dignas de nota, algunos de los cuales han sido publicados por iniciativa de su amigo Pablo Alexis.

Refiere él mismo que un invierno se man-

tuvo bastante tiempo con pan untado de aceite, aceite enviado de Aix por unos parientes suyos, y declaraba entonces con rimada filosofía: "Mientras tenga aceite, un escritor no se muere de hambre."

Otras veces cazaba en los tejados, con garlitos, gorriones, y los asaba, sirviéndole de asador una varilla de cortina. Muchas, por tener en *peñaranda* sus últimas ropas, permanecía una semana entera en casa, sin más vestidura que una colcha, á lo cual estoicamente llamaba "hacer el árabe."

En uno de sus primeros libros, *La Confesión de Claudio*, se encuentran numerosos detalles que parecen personalísimos, y pueden dar idea exacta de lo que fué la vida de Zola por aquel entonces.

Al fin entró á desempeñar un empleo modesto en la casa editorial de Hachette. A partir de ese día quedó asegurada su subsistencia, y cesó de hacer versos para dedicarse á la prosa.

Aquella poesía abundante, fácil (harto fácil, según queda dicho), miraba más á la ciencia que al amor ó al arte. En general, las composiciones de Zola eran vastos poemas filosóficos, de esas síntesis grandiosas que se ponen en verso por no ser bastante claras

para expresadas en prosa. En tales ensayos no suelen encontrarse esas ideas amplias, un poco abstractas y vagas, pero conmovedoras, porque producen una sensación de verdad entrevista, de profundidad un instante descubierta, de inenarrable visión de lo infinito, de las cuales gusta M. Sully-Prudhomme, el verdadero poeta filósofo; ni esos discreteos de amor, tan tenues, tan sutiles, tan agudos, tan deliciosos y tan afiligranados, en que sobresalía Teófilo Gautier. Es una poesía sin carácter determinado y acerca de la cual no se forja ilusiones Emilio Zola. Hasta confiesa paladinamente que en los tiempos de sus grandes vuelos líricos en alejandrinos, cuando *hacía el árabe* en aquel mirador, desde donde se ojeaba á París entero, á veces le asaltaban dudas acerca del valor de sus cantos. Pero jamás llegó á desesperar; y en sus mayores vacilaciones, consolábase con este pensamiento ingenuamente audaz: "Si no soy un gran poeta, será por lo menos un gran prosista." Y es que tenía una fe robusta, debida á la íntima conciencia de un robusto talento, aún embrionario y confuso, pero cuyos esfuerzos para salir á luz sentía Zola, como la madre siente bullir al hijo que lleva en sus entrañas.

Por fin publicó un tomo, los *Cuentos á Ninon*, de estilo limado, de buena cepa literaria, de verdadero hechizo; pero donde sólo se dibujaban vagamente las cualidades futuras, y sobre todo el sumo brío que había de desplegar en su serie de los *Rougon-Macquart*.

Un año después dió á luz *La Confesión de Claudio*, que parece una especie de autobiografía, obra mal mascada, sin importancia ni interés mayor; luego *Teresa Raquin*, un buen libro, de donde salió un buen drama; después *Magdalena Féral*, novela de segundo orden, donde brillan, sin embargo, sorprendentes cualidades de observación.

Zola había salido ya de las oficinas de la casa Hachette y pasado por *El Figaro*. Sus artículos metieron ruido, su *Salón* amotinó la república de los pintores, y ya colaboraba en varios periódicos, donde su nombre iba dándose á conocer al público.

Así las cosas, emprendió la obra que había de meter tanta bulla, *Los Rougon-Macquart*, cuyo subtítulo es: *Historia natural y social de una familia en el segundo Imperio*.

La especie de advertencia siguiente, impresa en la cubierta de los primeros tomos

de esta serie, indican con claridad cuál era el pensamiento y propósito del autor.

“Fisiológicamente, los *Rougon-Macquart* son la lenta sucesión de los accidentes nerviosos que se declaran en una raza á consecuencia de una lesión orgánica inicial, y determinan, según el medio ambiente, en cada uno de los individuos de esa raza, sentimientos, deseos y pasiones; en suma, todas las manifestaciones humanas, naturales é instintivas, cuyos productos reciben el nombre convencional de vicios y de virtudes. Históricamente, parten del pueblo; irradian por toda la sociedad contemporánea; trepan á las cimas, guiados por ese impulso esencialmente moderno que reciben las clases bajas en marcha á través del cuerpo social; y narran así el segundo Imperio con ayuda de sus dramas individuales, desde la alevosía del golpe de Estado á la traición de Sedán.”

Diré por qué orden vieron la luz las diversas novelas de esa serie que han aparecido:

La Fortuna de los Rougon, obra amplia que contiene el germen de todas las demás.

La Ralea, primer cañonazo disparado por Zola, y al cual había de responder más tarde la formidable explosión de *La Taberna*. *La*

Ralea es una de las novelas más notables del maestro naturalista, brillante y rebuscada, conmovedora y verdadera, escrita con arrebatado, con un lenguaje lleno de color y brío, un poco recargada de imágenes repetidas, pero de innegable energía y de indiscutible belleza. Es vigoroso cuadro de las costumbres y de los vicios del Imperio, desde lo más bajo hasta lo más alto de lo que se llama la escala social, desde los lacayos hasta las señoronas.

Viene después *El Vientre de París*, prodigioso bodegón donde se encuentra la célebre *Sinfonía de los quesos* (para emplear la denominación usual de tan curiosa página). *El Vientre de París* es la apoteosis de los mercados, de las hortalizas, de los pescados, de las carnes. Este libro huele á “fresco”, como las barcas pescadoras que vuelven al puerto; exhala las emanaciones azoadas de las verduras, con su sabor á tierra, con sus aromas densos y campestres. Y de los profundos sótanos del vasto almacén de víveres suben, entre las hojas del libro, las inmundas fetideces de las carnes pasadas, los repugnantes tufillos de las aves de corral acumuladas, las hediondecas de los quesos; y todas esas exhalaciones se mezclan como en la

realidad, y en la lectura se vuelve á experimentar la sensación que os causaron al pasar ante ese inmenso edificio atestado de comestibles, *verdadero vientre de Paris*.

Luego viene *La Conquista de Plassans*, novela más sobria, estudio severo, exacto y perfecto de una población pequeña, de la cual se hace dueño poco á poco un ambicioso clérigo.

Signe á ésta *El Pecado del cura Mouret*, especie de poema en tres partes, de las cuales la primera y la tercera, en opinión de muchos criticos, son los trozos más excelentes que ha escrito en toda su vida el novelista.

Le toca después la vez á *Su Excelencia Eugenio Rougon*, donde se encuentra una descripción magnífica del bautizo del príncipe imperial.

Aún tardaba en llegar el triunfo. Conociase el nombre de Zola; los literatos pronosticaban su brillante porvenir; pero en los círculos sociales, cuando sonaba su nombre, exclamaba la gente: "¡Ah, sí, *La Ralea!*," más por haber oído hablar del libro que por haberlo leído. ¡Cosa extraña! Su notoriedad era muy superior en el extranjero que en Francia. En Rusia, sobre todo, se le leía y

discutía con apasionamiento; para los rusos era ya (y sigue siendo) *el novelista francés* por antonomasia. Compréndese la simpatía que llegó á establecerse entre el escritor brutal, audaz y demoledor, y el pueblo nihilista en el fondo del alma, en quien la ardiente necesidad de destruir se convierte en una enfermedad: enfermedad fatal, es cierto, dada la escasa libertad que disfruta, en comparación de las naciones vecinas.

Y cádate que *El Bien público* da á luz una nueva novela de Emilio Zola, *La Taberna*. Prodúcese un escándalo monumental. Como que el autor emplea lisa y llanamente las palabras más crudas del idioma, no retrocede ante ninguna audacia; y perteneciendo al pueblo sus personajes, escribe en el lenguaje popular, el caló ó jerga de los barrios bajos parisienses.

Llueven las protestas, se borran suscritores; inquiétase el director del periódico, se interrumpe el folletín y le reanuda luego una pequeña revista semanal, *La República de las letras*, que dirigía entonces el encantador poeta Catulo Mendes.

En cuanto apareció en tomo la novela, prodúcese inmensa curiosidad; desaparecen las ediciones, y Wolff, cuya influencia sobre los

lectores del *Figaro* es considerable, sale valiente á la palestra en pro del escritor y de su obra.

El triunfo fué enorme y estruendoso. *La Taberna* alcanzó en poquisimo tiempo la más alta cifra de venta que ha conseguido jamás un volumen durante igual periodo.

Después de ese libro estrepitoso, dió á luz una obra suavizada, *Una página de amor*, historia de una pasión en la clase media.

Luego apareció *Nana*, otro libro de escándalo, cuya venta excedió á la de *La Taberna*.

II

Zola es en literatura un revolucionario, es decir, un enemigo feroz de lo pasado.

Todo el que tiene inteligencia viva, ardiente deseo de renovación; todo el que posee las cualidades activas del espíritu, es forzosamente un revolucionario por hastío de las cosas sobrado conocidas.

Educados en el romanticismo, empapados en las obras maestras de aquella escuela,

conmovidos por arranques líricos, todos pasamos al principio por el periodo de entusiasmo, que es el de la iniciación. Pero por hermosa que una forma sea, conviértese fatalmente en monótona, sobre todo para los que sólo tratan y se ocupan desde la mañana á la noche de las letras y de ellas viven. A la larga surge en nosotros una extraña necesidad de cambio; hasta las mayores maravillas, que admiramos apasionadamente, nos hastían, porque conocemos de memoria los procedimientos de trabajo; porque somos de la casa, como suele decirse. En fin, buscamos otra cosa, ó más bien volvemos á otra cosa; pero esa "otra cosa", la cogemos, la refundimos, la completamos, la hacemos nuestra; y, á veces de buena fe, nos imaginamos haberla inventado.

Así, las letras van de revolución en revolución, de etapa en etapa, de reminiscencia en reminiscencia; porque ya á estas alturas no puede haber cosa realmente nueva. Victor Hugo y Emilio Zola no han descubierto nada.

Las revoluciones literarias no se hacen sin gran ruido; acostumbrado el público á lo que existe, no pensando en las bellas letras sino por pasatiempo, poco iniciado en

los bastidores del arte, indolente en lo que no atañe á sus intereses inmediatos, no gusta de que le arranquen á sus admiraciones acostumbradas, y teme cuanto le obligue á un trabajo mental superior al de sus negocios.

Sostiénese además en su universal resistencia un partido de literatos sedentarios, el ejército de los que siguen por instinto los surcos trazados, y cuyo talento carece de iniciativa. Esos no pueden imaginar nada que se diferencie de lo ya conocido, y cuando se les habla de nuevas tentativas, responden doctoralmente: "No es posible sobrepujar á los maestros clásicos." La respuesta tiene fondo de verdad pero admitiendo que no se haga nada mejor que lo hecho, fuerza es convenir en que se hará de otro modo. El manantial es el mismo desde luego, pero puede cambiar su curso; los horizontes del arte serán diferentes y sus primores revestirán formas juveniles.

Zola es un revolucionario, pero educado en la admiración de lo mismo que aspira á demoler, como un sacerdote que abandona el altar, como Renán, que al fin y al cabo sostenía la religión, aunque mucha gente le crea irreconciliable enemigo de ella.

Así, á la vez que Zola ataca violentamente á los románticos, el novelista bautizado con el nombre de naturalista emplea los mismos métodos ampliadores, pero aplicados de una manera diferente. Su teoría es como sigue:

No tenemos otro modelo sino la vida, puesto que no concebimos nada más allá de nuestros sentidos; por consiguiente, deformar la vida es producir una obra mala, puesto que es producir una obra errónea.

La imaginación fué definida así por Horacio:

*«Humano capiti cervicem pictor equinam
Jungere si velit, et varias inducere plumas
Undique collatis membris, ut turpiter atrum
Desinat in piscem mulier formosa superba...»*

Es decir, que todo el esfuerzo de nuestra imaginación no puede lograr más que poner una cabeza de mujer hermosa sobre el cuerpo de un caballo, cubrir de plumas á este animal y rematarlo en cola de horrible pescado; ó sea, producir un monstruo.

Conclusión: todo lo que no sea exactamente verdadero está deformado, es monstruoso. De ahí á afirmar que la literatura de imaginación sólo produce monstruos, no va ni un ápice.

Verdad que los ojos y el entendimiento de los hombres se acostumbran á los monstruos, los cuales entonces dejan de serlo, puesto que no son monstruos sino mediante el asombro que nos causan.

Así, pues, para Zola, sólo la verdad puede producir obras de arte. Por tanto, no hay que imaginar; es preciso observar y describir escrupulosamente lo observado y visto.

Añadiré que el temperamento particular del escritor dará á las cosas que describa un color especial, un aspecto propio, según la naturaleza de su espíritu. Zola define así su naturalismo: "La naturaleza vista al través de un temperamento." Y esta definición es la más clara, la más perfecta que puede darse de la literatura en general. Este *temperamento* es la marca de fábrica; el mayor ó menor talento del artista prestará mayor ó menor originalidad á las visiones que nos revele.

Porque la verdad absoluta, la *ruda verdad*, no existe; nadie puede tener la pretensión de ser espejo perfectísimo. Todos poseemos tendencias morales y mentales que nos induce á ver, ya de un modo, ya de otro; y lo que á éste le parece verdad, le parecerá error á aquél. Intentar ser verdadero en

absoluto no es más sino una pretensión inasequible; á lo sumo puede aspirarse á reproducir con exactitud lo que se ha visto tal cual se ha visto, á manifestar las impresiones tal cual se han percibido, según las facultades de ver y de sentir, según la dosis de impresionabilidad de que nos haya dotado la naturaleza.

Todas las disputas literarias son, ante todo, disputas de temperamento, y casi siempre se erigen en cuestiones de escuela y de doctrina las diversas tendencias de los ingenios.

Así, Zola, que batalla con encarnizamiento en pro de la verdad observada, vive retiradísimo, no sale nunca, ignora el mundo. Entonces, ¿qué hace? Con dos ó tres notas, algunos informes que espiga aquí y acullá, reconstituye personajes y caracteres, arma sus novelas. En una palabra: imagina, siguiendo lo más posible la línea que entiende ser la de la lógica, costeando todo lo que puede la verdad.

Pero hijo de los románticos y romántico él mismo en todos sus procedimientos, tiene tendencias al poema, necesidad de agrandar, de amplificar, de hacer símbolos con los seres y las cosas. Está convencido de esa inclinación de su ánimo; la combate sin ce-

sar, y al fin déjase arrastrar siempre por ella. Sus enseñanzas y sus obras están en perpetuo desacuerdo.

Pero ¿qué importan las doctrinas, puesto que sólo permanecen las obras? Y este novelista ha producido libros admirables que, á pesar de todo, á despecho de su voluntad, conservan aspecto de cantos épicos. Son poemas sin poesía de pacotilla, sin los convencionalismos adoptados por sus predecesores, sin juicios preconcebidos, sin ninguna de las recetas poéticas; son poemas en que las cosas, sean cuales fueren, surgen iguales en su realidad y se reflejan ampliadas, pero nunca deformes, repugnantes ó seductoras, feas ó hermosas indiferentemente, en ese cristal de aumento, pero siempre fiel y claro, que el escritor lleva dentro de sí.

¿No es *El vientre de París* el poema de los alimentos; *La taberna* el poema del vino, del alcohol y de la borrachera; *Nana* el poema del vicio?

¿Qué es esto sino poesía elevada, sino la magnífica amplificación de la ganforra?

“Estaba de pie en medio de las riquezas amontonadas en su palacio, con una multitud á sus pies. Como esos monstruos anti-
guos, cuyos terribles dominios se veían sem-

brados de osamentas, asentaba sus plantas sobre cráneos y la rodeaban catástrofes: la ruina furiosa de Vandeuves, la melancolía de Foucarmont perdido en los mares de China, el desastre de Steiner reducido á vivir como hombre honrado, la imbecilidad satisfecha de La Faloise, el trágico hundimiento de los Muffat, y el blanco cadáver de Jorge velado por Felipe, salido la víspera de la cárcel. Su obra de ruina y de muerte era un hecho; la mosca que alzó el vuelo desde la basura de los arrabales, llevando el fermento de las podredumbres sociales, había emponzoñado á esos hombres, sin más que posarse en ellos. Estaba bien, era justo; había vengado á su gente, los pordioseros y los abandonados. Y mientras que en un nimbo de gloria ascendía su sexo é irradiaba sobre esas víctimas tendidas, cual un sol saliente que alumbra un campo de matanza, conservaba ella su inconsciencia de hermoso animal, ignorante de su tarea, siempre buena chica.”

Por supuesto, lo que ha desencadenado contra Zola á los enemigos de todos los innovadores es el atrevimiento brutal de su estilo. Ha desgarrado y roto los convencionalismos de “las conveniencias,” literarias, pa-

sando á través de ellas como un payaso musculoso por un aro de papel. Ha tenido la audacia de la palabra propia, de la frase cruda, restaurando así las tradiciones de la vigorosa literatura del siglo xvi; y lleno de altivo desprecio por las perifrasis cultas, parece hacer suyo el célebre verso de Boileau:

“Yo llamo al gato, gato, etc.”

Diríase que exagera hasta el reto ese amor á la verdad desnuda, complaciéndose en las descripciones que sabe han de indignar al lector, y auborrándole de palabras groseras para enseñarle á digerirlas, á que no vuelva á hacer ascos.

Su estilo amplio y muy figurado, no es sobrio y preciso como el de Flaubert, ni cincelado y refinado como el de Teófilo Gautier, ni sutilmente cortado, atildado, complicado, delicadamente seductor como el de Goncourt; es superabundante é impetuoso cual desbordado río que todo lo arrolla.

Habiendo nacido escritor, maravillosamente dotado por la naturaleza, no trabajó como otros en perfeccionar hasta el exceso el instrumento que emplea. Se sirve de él cual dominador, lo conduce y regula á su antojo, pero nunca le arranca esas pasmosas frases que en ciertos maestros se en-

encuentran. No es un violinista del idioma, y aun á veces parece ignorar qué vibraciones prolongadas, qué sensaciones imperceptibles y exquisitas, qué espasmos de arte producen ciertas combinaciones de palabras, ciertos incomprensibles acordes de sílabas, en el fondo de las almas de los refinados fanáticos, de esos que viven para el verbo y no comprenden nada fuera de él.

Estos son contados, contadísimos, y nadie les comprende cuando hablan de su idolatría por la frase. Se les trata de locos, sonriéndose, encogiéndose de hombros, y se proclama que la “lengua debe ser clara y sencilla, nada más.”

Tiempo malgastado hablar de música á personas que no tienen oído.

Emilio Zola se dirige al público, al público grande, á todo el público, y no á los refinados solamente. No tiene necesidad de tantas sutilezas; escribe claro, en hermoso estilo sonoro. Ya basta.

¡Qué de burlas no se le han dirigido, qué enacotas groseras y siempre iguales! En verdad que es fácil escribir de crítica literaria comparando eternamente á un escritor con un pocero en funciones del servicio, á sus amigos con los ayudantes del pocero, y

sus libros con vertederos y alcantarillas. Este género de zumba no conmueve en manera alguna á un creyente que ha medido sus fuerzas.

¿De dónde proviene ese odio? De múltiples causas. En primer término, la ira de las gentes perturbadas en la tranquilidad de sus rutinarias admiraciones; después los celos de ciertos colegas y la animosidad de otros á quienes hirió en sus polémicas; por último, la exasperación de la hipocresía desenmascarada.

Porque Zola ha dicho en crudo lo que pensaba de los hombres, de sus arrumacos, y de sus vicios ocultos tras apariencias de virtud; pero tan arraigada está entre nosotros la hipocresía, que todo se permite menos eso. Sed lo que queráis, haced lo que se os antoje, pero arreglaos de manera que os podamos tomar por hombres honrados. En el fondo os conocemos bien, pero nos basta con que aparentéis lo que no sois; y os saludaremos y os daremos la mano cordialmente.

Emilio Zola ha arrancado antifaces y se ha tomado sin vacilaciones la libertad de decirlo todo, la libertad de referir lo que hace cada cual. No le ha engañado la universal

comedia, y no se ha querido mezclar en ella. Ha exclamado de este modo:

—“Por qué mentir así? No deslumbráis á nadie. Bajo todas las caretas, conócense todas las caras. Al cruzaros unos con otros, os dirigís finas sonrisas que significan: “Estoy en el secreto.” Os cuchicheáis al oído los escándalos, las anécdotas escabrosas, las interioridades sinceras de la vida; pero si algún atrevido se pone á hablar alto, á referir con tranquilidad, sin aspavientos ni eufemismos todos esos secretos á voces de la gente de mundo, álzase un clamoreo de indignaciones fingidas, pudores de Mesalina y susceptibilidades de Roberto Macario. Pues bien, os desafío: ese atrevido seré yo.”

Y lo fué. En las letras, quizá nadie ha excitado más odios que Emilio Zola. Tiene por añadidura la gloria de poseer enemigos feroces, irreconciliables, que en toda ocasión caen sobre él como furiosos y emplean cualquier arma, al paso que él los recibe con buenos modos de jabalí. Son legendarios sus colmillazos.

Si alguna vez los achuchones recibidos le han magullado un poco, ¡cuántas cosas posee para consolarse! No hay escritor más conocido, más divulgado por todos los ún-

bitos del mundo. En las más chicas ciudades extranjeras encuéntrase sus libros en todas las librerías, en todos los gabinetes de lectura. Sus más rabiosos adversarios no niegan su talento, y el dinero que tanto le faltó, entra ahora en su casa á carretadas.

Emilio Zola tiene la rara fortuna de poseer en vida lo que muy pocos logran conquistar: la celebridad y la riqueza. Contados son los artistas que obtuvieron esa felicidad; al paso que son innumerables los que no han llegado á pasar por ilustres sino después de muertos, y cuyas obras no se han pagado á peso de oro sino á sus herederos.

III

Zola nació el 2 de Abril de 1840. Su tipo físico corresponde á su talento. Es de estatura regular, algo grueso, de aspecto bondadoso, pero obstinado. Su cabeza, parecida á las que vemos en muchos cuadros italianos antiguos, sin ser hermosa, presenta gran carácter de energía y de inteligencia. Los

cabellos cortos, se encrespan sobre la despejada frente, y la nariz recta termina, como cortada de pronto por un golpe de cincel sobrado brusco, encima del labio superior, sombreado por un bigote negro bastante espeso. Toda la parte inferior de la cara rechoncha, pero enérgica, está cubierta de barba afeitada casi á flor de la piel. Los ojos negros, miopes, de mirar penetrante y escudriñador, se sonrien, ya picarescos, ya irónicos; al paso que un pliegue particularísimo arremanga el labio superior de una manera festiva y burlesca.

Toda su persona, oronda y fuerte, produce el efecto de una bala de cañón; lleva resueltamente su apellido brutal¹, con dos sílabas que botan con el estampido de las dos vocales.

Su vida es sencilla, muy sencilla. Enemigo del gentío, del barullo, de la agitación parisiense, vivió al principio retiradísimo, en domicilios lejanos de los barrios bulliciosos. Ahora vive refugiado en su quinta de Medan, que ya no abandona casi nunca.

Sin embargo, tiene casa puesta en París,

¹ La palabra italiana *Zolla* (pronúnciese *dsola*), significa Terrón. — (N. DEL T.)

donde pasa unos dos meses al año. Pero parece aburrirse en ella, y se aflige de antemano cuando le va á ser preciso dejar la aldea.

En París como en Medan, sus costumbres son las mismas. Sus facultades para el trabajo parecen extraordinarias. Levántase temprano y no interrumpe su tarea hasta la una y media de la tarde, para almorzar. Vuelve á sentarse á trabajar desde las tres hasta las ocho, y á menudo hasta pone otra vez manos á la obra por la noche. De tal manera, sin dejar de producir dos novelas anuales, ha podido suministrar durante largos años un artículo diario al *Semáforo de Marsella*, una crónica semanal á un gran periódico parisiense y un extenso estudio mensual á una importante revista rusa.

Su casa no se abre sino para sus amigos íntimos, y permanece cerrada á cal y canto para los indiferentes. Durante sus residencias en París, recibe por lo general el jueves de noche. En su casa se encuentran su rival y amigo Alfonso Daudet, Turguenev, Montrosier, los pintores Guillemet, Manet, Coste, los jóvenes escritores que se le atribuyen como discípulos, Huysmans, Hennique, Céard, Rod y Pablo Alexis, con frecuencia

el editor Charpentier. Duranty era un concurrente habitual. A veces se presenta Edmundo de Goncourt, que sale poco de noche porque vive muy lejos.

Para las gentes que buscan en la vida de los hombres y en los objetos de que se rodean las explicaciones de los misterios de su espíritu, Zola puede ser un caso interesante. Este fogoso enemigo de los románticos se ha creado en el campo y en París interiores románticos enteramente.

En París, su dormitorio está colgado con tapicerías antiguas; un lecho estilo Enrique II se adelanta al centro de la vasta estancia iluminada por antiguas vidrieras de iglesia que difunden sus luces multicolores sobre mil objetos de capricho, inesperados en aquel ántro de la intransigencia literaria. Por todas partes telas antiguas, bordados de seda envejecidos, seculares ornamentos de altar.

En Medan es idéntica la decoración. La casa, una torre cuadrada al pie de la cual se agacha una microscópica casita, cual un enano que viajase con un gigante, está situada á lo largo de la línea del Oeste; y de rato en rato los trenes que van y vienen parecen atravesar el jardín.

Zola trabaja en medio de una estancia demasadamente grande y alta, iluminada en toda su anchura por una galería de cristales que da á la llanura. Y ese inmenso gabinete está colgado también con inmensos tapices, y lleno de muebles de todos tiempos y países. Armaduras de la Edad Media, auténticas ó no, están próximas á asombrosos muebles japoneses y graciosos objetos del siglo xviii. La chimenea monumental, con dos cariátides de piedra á los lados, podría quemar en un día un monte de leña; la cornisa es dorada, y sobre cada mueble hay un montón de cachivaches artísticos.

Y sin embargo, Zola no es coleccionista. Parece comprar por comprar, en revoltillo, al azar de su capricho excitado, siguiendo los antojos de su vista, la seducción de las formas y del color, sin preocuparse, como Goncourt, de los orígenes auténticos y del valor innegable.

Por el contrario, Gustavo Flaubert tenía odio al *bibelot*, juzgando necia y pueril tal manía.

En su casa no se encontraba ninguno de esos juguetes que se llaman "curiosidades," "antigüallas" ú "objetos de arte." En París, su gabinete, colgado de persia, carecía del

encanto propio de los lugares habitados con amor y adornados con pasión. En su quinta de Croisset, la vasta estancia donde se afanaba el tenaz trabajador, no tenía más adorno en las paredes sino libros. Sólo de trecho en trecho, algunos recuerdos de viaje ó de amistad, y nada más.

¿No ofrece tal contraste un curioso tema de observación á los psicólogos quintesenciados?

En frente de la casa de Zola, detrás de la pradera separada del jardín por la vía férrea, el novelista distingue desde sus ventanas la ancha cinta del Sena corriendo hacia Tréfil; después, una llanura inmensa y aldehuelas blancas en las laderas, de lejanos ribazos, y encima bosques que coronan las alturas. A veces, luego de almorzar, baja por una encantadora alameda que conduce al río, cruza el primer brazo de éste en su barca "Nana," y llega á la isla grande, parte de la cual acaba de comprar. Ha hecho construir allí un elegante pabellón, donde cuenta recibir en verano á sus amigos.

Hoy, Zola parece que tiene abandonado el periodismo, pero su despedida de la batalla cotidiana no es definitiva, y el día menos pensado le veremos renovar en la prensa la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

lucha por sus ideas; porque es luchador de raza, y durante años ha combatido sin tregua y sin el más pequeño desfallecimiento. Existen coleccionados en tomos todos sus artículos doctrinales, y forman sus *Obras críticas*.

Sus clarísimas ideas están expuestas con raro vigor. Sus *Documentos literarios*, *Los novelistas naturalistas*, *Los autores dramáticos franceses*, pueden clasificarse entre los documentos de crítica más interesantes y originales que existen. ¿Son concluyentes? A esto se puede contestar: "¿Hay alguna cosa concluyente, indiscutible?, ¿Hay una sola verdad evidente y segura?"

Para completar la enumeración de sus libros de polémica, citemos *Mis odios*, *La Novela experimental*, *El Naturalismo en el teatro* y *Una campaña*.

El teatro es una de sus preocupaciones. Zola comprende, como todo el mundo, que pasaron los enredos á la antigua, los dramas á la antigua, todo el antiguo sistema escénico. Pero no parece haber dado aún con la *nueva fórmula* (para emplear su expresión favorita), y sus ensayos, hasta la fecha, no han salido victoriosos, á pesar del movimiento que produjo su drama *Teresa Raquin*.

Este drama terrible causó en un principio

un efecto de pasmo profundo; quizá el mismo exceso de la emoción perjudicase al triunfo definitivo. Se ha tratado muchas veces de volver á ponerlo en escena, sin obtener la decisiva victoria.

La segunda obra dramática de Zola, *Los herederos Rabourdin*, se representó en el teatro Cluny, bajo la dirección de uno de los hombres más audaces é inteligentes de mucho tiempo acá se han visto al frente de un teatro parisiense, M. Camilo Weinschenk. La obra, aplaudida, pero no bien interpretada, desapareció de los carteles.

Por último, *Capullo de Rosa*, en el Palacio Real, fué una verdadera caída, sin esperanzas de desquite.

Zola acaba de terminar un gran drama tomado de *La Ralea*, y se susurra que otra pieza más. Pudiera ser que el papel principal de la primera de estas obras estuviese á cargo de Sara Bernhardt.

Sea cual fuere el éxito futuro de esas tentativas dramáticas, es cosa probada ya que el insigne escritor posee altísimas dotes para la novela, y que sólo esta forma se presta del todo al completo desarrollo de su vigoroso talento.

GUIDO DE MAUPASSANT.



EL DOCTOR PASCUAL ¹

I

EN ardorosa tarde de Julio, durante el bochorno de la siesta, la sala, herméticamente cerrada, yacía envuelta en el más soberano sosiego. Por ninguno de sus tres huecos pasaba más luz que los tenues rayos que se filtraban al través de las rendijas de las viejas maderas; y esa luz, difundida en las sombras, bañaba los objetos de suave y apagada claridad. Se respiraba allí algún fresco, comparativamente con la sofocación

¹ Zola suprime al protagonista de la presente novela el apellido de Rougon. Deliberadamente, para diferenciarlo de los demás individuos de la familia, le llama con su nombre de pila, que es Pascual. De las dos formas ortográficas (Pascal y Paschal), que este nombre tiene en francés, Zola usa la primera, sin duda por ser la misma que usan los provenzales. Hemos creído deber nuestro traducirlo para señalar bien la distinción que Zola establece.—(N. DE LOS T.)

tórrida que fuera se sentía, en medio del solazo que incendiaba la fachada.

El doctor estaba delante del armario frontero á las ventanas, buscando un apunte. Abierto de par en par ese inmenso armario de roble esculpido y de hermoso y sólido herraje, obra del siglo último, veíase, sobre las tablas embutidas en sus profundidades, un montón extraordinario de papeles, de legajos, de manuscritos, que por todas partes se desbordaban en revuelta confusión. Hacía más de treinta años que el doctor guardaba allí cuanto escribía, desde las notas breves hasta los textos completos de sus grandes obras sobre la herencia. Se comprende, pues, que echarse á buscar en aquel sitio no siempre fuese empresa llana. El hombre registraba, no obstante, con gran paciencia, y sonrió al fin en el momento del hallazgo.

Todavía permaneció un instante junto al armario, leyendo el apunte á favor de un rayo dorado que llegaba de la ventana de en medio. El doctor, á pesar de su barba y sus cabellos de nieve, y no obstante frisar en los sesenta, aparentaba una robustez vigorosa á la luz de aquella especie de amanecer, con su semblante tan fresco, con sus

facciones tan finas, con sus ojos tan limpidos, con aquel aspecto tan juvenil, que, al verle, ceñida al tronco la cazadora de pana castaña, se le hubiera tomado por un mozo con el pelo empolvado.

— Mira — acabó por decir: — tendrás que volver á copiar esa nota. Ramond no descifraría nunca mi empecatada letra.

Y fué á poner la cuartilla cerca de la joven, que estaba trabajando de pie, delante de un pupitre alto, en el hueco de la ventana de la derecha.

— Bueno, maestro — respondió la muchacha.

No se volvió siquiera, de puro abstraída que estaba en su pintura al pastel, dando tajos y mandobles con el lápiz. Cerca de ella había un florero con una vara de malvas de un color violeta notable, listado de amarillo. Pero se veían muy bien el contorno de su cabecita redonda y rubia, con el pelo cortado — un contorno severo y exquisito; — la frente recta, fruncida por la atención; los ojos de un matiz azul celeste; la delicada nariz y la barba de enérgico corte. Sobre todo, aquella nuca inclinada, con su frescura de leche bajo el oro de los ricillos retozones, era deliciosamente juvenil. Llevaba una lar-

ga blusa negra de trabajo, y era muy alta, de esbelto talle, de seno menudo y cuerpo flexible, á la manera de las imágenes del Renacimiento. A pesar de sus veinticinco años, conservaba aspecto infantil, y apenas representaba diez y ocho.

— Y arreglarás un poco este armario — añadió el doctor. — Ya no hay manera de entenderse aquí.

— Bueno, maestro — repitió la joven sin levantar la cabeza. — Al momento.

Pascual había vuelto á sentarse á su escritorio, que estaba en el extremo opuesto de la sala, delante de la ventana de la izquierda. Era una mesa sencilla, de madera negra, atestada también de papelotes y de folletos de todas cataduras. Y tornó á reinar el silencio, aquella gran paz de semitinieblas, al amparo del calor asfixiante. La espaciosa estancia, de diez metros de largo por seis de anchura, no tenía, amén del armario, más que dos cuerpos de biblioteca henchidos de libros. Por allí andaban desperdigados sillones y sillas de antiguo abolengo; las paredes, cubiertas con papel de salón imperio, de rosetones, ostentaban por todo adorno cuadros de flores pintadas al pastel, de un colorido extraño, que á duras

penas se discernían. Las maderas de las tres puertas de dos hojas — la de la entrada, que daba á la meseta de la escalera, y las de los cuartos del doctor y de la joven, que estaban á los dos extremos de la habitación — databan de Luis XV, así como la cornisa del techo ahumado.

Pasó una hora sin que se oyese un ruido, ni el más leve soplo, hasta que Pascual, rompiendo la faja de un periódico olvidado encima de la mesa — *El Tiempo* — con ánimo de descansar un minuto, profirió una ligera exclamación.

— ¡Calla! ¡Tu padre, nombrado director de *La Época*, el periódico republicano de gran éxito, donde se publican los papeles de las Tullerías!

La noticia debía de ser inesperada para él, porque se reía como un bendito entre satisfecho y apesadumbrado, á la vez que continuaba á media voz:

— ¡Nada! Que si se inventase la cosa no se creería... Es extraordinaria la vida... Hay aquí materia para un artículo muy interesante.

Clotilde no respondió, como si estuviese á cien leguas de lo que decía su tío. Y él no habló más. Cogió unas tijeras, después de

haber leído el artículo; lo cortó y lo pegó en una hoja de papel, donde apuntó algunas anotaciones con sus letránganos irregulares. Luego volvió al armario para clasificar allí la nueva nota. Pero tuvo que subirse en una silla, porque la tabla de arriba estaba tan alta, que no podía alcanzar á pesar de su buena estatura.

Sobre la tabla superior veíase una serie de legajos enormes, alineados en buen orden y clasificados metódicamente. Eran documentos de todas clases, escritos en papel sellado y artículos de periódicos, cortados y coleccionados dentro de cubiertas de papel azul fuerte, cada una de las cuales llevaba escrito un nombre en letras grandes. Bien se echaba de ver que tales documentos eran objeto de una atención diaria y solícita, que se manejaban sin cesar y volvían á colocarse en su puesto cuidadosamente — porque era el único sitio arreglado del armario.

Cuando Pascual, subido en su silla, encontró el legajo que buscaba—uno de los más abultados, que llevaba inscrito el nombre de "Saccard,—incluyó en él el nuevo apunte, y tornó á ponerlo en la letra correspondiente. Todavía se entretuvo allí un instante,

enderezó con cariño un rímero que se venecía, y al bajar al suelo:

—¿Oyes, Clotilde? Cuando hagas el arreglo no toques á los legajos de arriba.

—Bueno, maestro—respondió dócilmente la joven por tercera vez.

El doctor volvió á reír con su jovialidad natural.

—Es terreno vedado.

—Ya lo sé, maestro.

Y Pascual cerró el armario, dando una vuelta vigorosa á la llave, que echó después en un cajón de su mesa. La joven estaba bastante al corriente de sus tareas para poder ordenar un poco los manuscritos, y él la ocupaba también á título de secretaria y le hacía copiar sus apuntes, cuando un colega y un amigo, como el doctor Ramond, le pedía algún documento. Pero como no era una sabia, la prohibía lisa y llanamente leer lo que juzgaba inútil que supiese.

En el interin, acabó por sorprenderle la profunda abstracción en que la veía absorta.

—Pero ¿qué tienes para no desplegar los labios? ¡Tanto te apasiona la copia de esas flores!

Era uno de los trabajos que le confiaba hacer dibujos, acuarelas ó pasteles, que unía á

30850

BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1960. 1065 MONTREY, MEX.

sus obras en calidad de ilustraciones. De cinco años atrás venía realizando experimentos muy curiosos con una colección de malvas, á fin de obtener toda una serie de coloraciones nuevas mediante fecundaciones artificiales. La joven, en esa clase de copias, hacía alarde de una minuciosidad y de una exactitud de dibujo y de color tan extraordinarias, que él se maravillaba siempre de semejante escrupulosidad, diciéndole que tenía "una excelente cabecita redonda, tersa y sólida".

Pero esta vez, al acercarse á mirar por encima del hombro, exhaló un grito de cómico furor.

—¡Ah! Quitate de mi vista! ¡ya te fuiste por esos trigos de Dios!... ¡A romper eso ahora mismo!

Clotilde se irguió. Tenía las mejillas inyectadas de sangre, los ojos inflamados por la pasión de su obra y embadarnados los dedos del rojo y azul que acababa de empastar.

—¡Pero, maestro!

Y en ese "maestro", tan afectuoso, tan cariñosamente sumiso, en ese nombre que le daba familiarmente para no usar los de tío ó padrino, que le parecían ñoños, se traslucía por primera vez una llamarada de rebeldía,

la reivindicación de un ser que reacciona y afirma su personalidad.

Hacía unas dos horas que había dado al traste con la copia juiciosa y fidedigna de las malvas, y acababa de estampar en otra hoja un racimote de flores imaginarias, de desvarios extravagantes y soberbios. Solía tener esos saltos bruscos, esa necesidad de locas divagaciones en medio de las reproducciones más exactas. En cuanto se cansaba, volvía siempre á la extraordinaria floración, con tal inventiva y tales vuelos, que no se repetía nunca, creando rosas que manaban sangre y lloraban lágrimas de azufre, lirios que parecían urnas de cristal, y hasta flores sin forma conocida, con irradiaciones de astro y corolas flotantes como enjambres de nubes. Aquel día, en la hoja sombreada por trazos de lápiz negro veíase una lluvia de estrellas pálidas, toda una explosión de pétalos suavísimos, y allá, en un rincón, se abría un brote innominado, un capullo de castos velos.

—¡Otro que vas á clavarme ahí—prosiguió el doctor señalando á la pared, donde se ostentaban ya en fila tan extrañas pinturas. —Pero ¿qué puede representar esto? ¿Quieres decírmelo?

La joven, sin perder la seriedad, retrocedió para ver mejor su obra.

—No sé. Es una cosa bonita.

En aquel momento entró Martina, criada única y verdadera dueña de la casa desde hacía cerca de treinta años que estaba al servicio del doctor. Aunque pasaba de los sesenta, también conservaba aspecto juvenil aquella mujer callada y trabajadora, con su eterno vestido negro y su cofia blanca, que le daban cierto aire de religiosa, y su carita pálida y reposada, donde parecían haberse apagado los centientos ojos.

No habló. Fué á sentarse en el suelo, delante de una butaca, cuya tela viejísima tenía un roto, por donde asomaba la cerda; y sacando del bolsillo una aguja y una madeja de estambre, se puso á coserlo. Hacía tres días que esperaba disponer de una hora para reparar aquel desperfecto que no la dejaba sosegar.

—De paso que hace V. eso, Martina—exclamó Pascual en tono de broma, cogiendo con las dos manos la rebelde cabeza de Clotilde—répase V. también esta cabecita, que á lo mejor se va del seguro.

Martina alzó los apagados ojos, dirigiendo á su amo su mirada habitual de adoración.

—¿Por qué me dice V. eso, señorito?

—Hija, porque creo que V., con su devoción, es quien ha encajado aquí dentro, en esta cabecita redonda, tersa y sólida, ideas del otro mundo.

Las dos mujeres cambiaron una mirada de inteligencia.

—Pero, señorito, la religión nunca ha hecho daño á nadie... Y cuando no se tienen las mismas ideas, vale más no hablar de esas cosas, créame V.

Siguió un silencio embarazoso. Era la única divergencia que ocasionaba á veces algún altercado entre aquellos seres tan unidos y que hacían una vida tan íntima. Martina sólo tenía veintinueve años, uno más que el doctor, cuando entró á su servicio en la época en que él empezaba á ejercer de médico en Plassans, en una casita alegre de la ciudad nueva. Y á los trece años, cuando Saccard, un hermano de Pascual, le envió su hija Clotilde, de edad de siete, á la muerte de su mujer y en el momento de volver á casarse, Martina fué quien educó á la niña, llevándola á la iglesia y comunicándola algo del fervor devoto en que ella había ardidado siempre. El doctor, espíritu amplio, las dejaba entregadas á la satisfacción de sus creencias, por-

que no se reconocía con derecho para arrebatarse á nadie la dicha de la fe. Se contentó con velar después por la instrucción de la muchacha, dándole ideas sanas y precisas sobre todas las cosas. Desde hacía diez y seis años vivían así los tres; retirados en la Souleiade, una haciendita situada en un arrabal de la población, á un cuarto de hora de la iglesia catedral de San Saturnino, se había deslizado feliz su existencia, ocupada en grandes trabajos secretos, aunque algo enturbiada por un malestar creciente: el choque, cada vez más violento, de sus creencias.

Pascual se paseó preocupado durante un momento. Después, como hombre que no se mordía la lengua:

—Has de saber, querida, que toda esa fantasmagoría del misterio ha estropeado ese cerebritito tan monín... Tu Dios no te necesitaba para nada; yo hubiese debido guardarte para mí sólo, y tan bien como te iría.

Pero Clotilde, trémula, clavando valerosamente sus claros ojos en los de Pascual, se mantenía firme.

—A ti sí que te iría bien, si no te concretaras á tus ojos de carne... Hay algo más. ¿Por qué te empeñas en no ver?

Y Martina vino en su ayuda, á su manera

—La verdad, señor, es que V., que es un santo, como yo digo en todas partes, debería acompañarnos á la iglesia... No hay que decir que Dios lo salvará á V.; pero me tiemblan las carnes de pensar que podría V. no ir derecho al paraíso.

El doctor se había parado. Tenía delante de sí, en plena rebelión, á aquellas dos mujeres tan dóciles, tan cariñosas, que estaban habitualmente á sus pies, conquistadas por su alegría y su bondad. Abría ya los labios é iba á responder duramente, cuando cayó en la cuenta de la inutilidad de la discusión.

—¡Ea! ¡Dejadme el alma quieta! ¡Será mejor que vaya á trabajar!... ¡Y que nadie entre á interrumpirme!

Se fué ligero á su cuarto, donde había instalado una especie de laboratorio, y se encerró en él. La prohibición de entrar era formal. Allí se dedicaba á hacer preparaciones especiales de que no hablaba á nadie. Casi enseguida se oyó el ruido lento y acompasado de la mano del mortero.

—¡Vamos!—exclamó Clotilde sonriendo.— Ya está en su endiablada cocina, como dice la abuela.

Y volvió tranquilamente á su copia de la vara de malvas. Precisaba el dibujo con una

exactitud matemática y encontraba el tono justo de los pétalos violáceos listados de amarillo, hasta en la degradación más delicada de los matices.

—¡Ah!—murmuró al cabo de un rato Martina, sentada otra vez en el suelo y cosiendo la butaca.—¡Qué desgracia que un santo así pierda su alma á gusto!... Porque no se diga; van treinta años que le conozco, y jamás ha dado que sentir á nadie. Lo que se llama un corazón de oro, que se quitaría el pan de la boca... Y además, tan amable, y siempre sanote, y siempre alegre: ¡una verdadera bendición!... Es una lástima que no quiera reconciliarse con el Señor. ¿No es verdad, señorita? Habrá que obligarle.

Clotilde, sorprendida de oirla hablar tanto de un tirón, dió gravemente su palabra.

—Cabal, Martina: trato hecho. Le obligaremos.

Restableciase el silencio cuando se oyó la campanilla colgada abajo, en la puerta exterior. La habian puesto allí para que pudiera oirse en toda aquella casa, demasiado espaciosa para las tres personas que la habitaban.

La criada pareció sorprendida y refunfuñó algo entre dientes: “¿Quién podrá ser, con

semejante calor?„ Se habia levantado: abrió la puerta, se inclinó por encima del antepecho y volvió diciendo:

—Es doña Felicidad.

Entró al punto, muy lista, la anciana viuda de Rougon. A pesar de sus ochenta años, acababa de subir la escalera con la agilidad de una muchacha; y seguía siendo la cigarra morena, delgada y estridente de otros días. Muy elegante ahora, con su vestido negro de seda, todavía podía dar un chasco por la espalda, gracias á la finura de su talle, y pasar por una enamorada ó una ambiciosa corriendo en alas de su pasión. De frente, aún se veían en aquella cara enjuta ojos que conservaban su brillo, y una sonrisa agraciada cuando ella quería.

—¡Cómo! ¿Eres tú, abuela? — exclamó Clotilde adelantándose.— ¡Pero si hay para achicharrarse con ese horrible sol!

Felicidad se echó á reír, al tiempo que la besaba en la frente.

—¡Oh, el sol es amigo mío!

Y, andando rápidamente, con pasito menudo, fué á alzar el pestillo de una de las ventanas.

—¡Mujer, abrid un poco! Es demasiado

triste vivir á oscuras... Yo, en mi casa, dejo que entre el sol.

Por la hoja entreabierta penetró un haz de luz ardiente, una oleada de ascuas bullidoras. Y bajo el cielo, de un azul violáceo de incendio, apareció el inmenso campo asolado, como adormecido y muerto en aquel anquilamiento de horno; mientras que á la derecha, por encima de los tejados color rosa, se erguía el campanario de San Saturnino, una torre dorada, cuyas aristas semejaban huesos blanqueados á la luz deslumbradora del sol.

—Sí—continuaba Felicidad—voy á ir á las Tulettes, y queria saber si estaba aquí Carlos, para llevarlo conmigo... Ya veo que no. Otro día será.

Pero, á la vez que explicaba su visita con ese pretexto, sus ojos escudriñadores daban vuelta á la estancia; y, sin más insistencia, dirigió la conversación hacia su hijo Pascual, al oír el ruido acompasado del mortero en la pieza inmediata.

—¡Ah! ¡Todavía está en su endiablada cocina!... No le molestéis; no tengo nada que decirle.

Martina, que había vuelto á su obra, movió la cabeza en testimonio de que no tenía

maldita la gana de interrumpir á su señor, y hubo un nuevo silencio, durante el cual Clotilde se limpiaba en un paño los dedos manchados de lápiz, y Felicidad reanudaba su pasito con mirada investigadora.

Iba á hacer dos años que se había quedado viuda. El marido, que últimamente no podía moverse ya de puro grueso, sucumbió, ahogado por una indigestión, el 3 de Setiembre de 1870, la noche del mismo día en que supo la catástrofe de Sedán. La caída del régimen á cuya fundación se lisonjaba de haber contribuido, pareció herirle como un rayo. Desde entonces Felicidad afectaba no ocuparse de política, y vivía como una reina destronada. Nadie ignoraba que los Rougón habían salvado á Plassans de la anarquía en 1851, haciendo triunfar el golpe de Estado del 2 de Diciembre, y que algunos años después lo conquistaron de nuevo en lucha con los candidatos legitimistas y republicanos para darlo á un diputado bonapartista. Hasta la guerra, el imperio fué allí omnipotente, en tales términos, que, cuando el plebiscito, obtuvo una mayoría abrumadora. Pero, á partir de los desastres, la ciudad se hacía republicana, el barrio de San Marcos volvía á sus sordas intrigas realistas, y el barrio

viejo y la ciudad nueva habían enviado á la Cámara un representante liberal, con un vago tinte orleanista, decidido á pasarse á la república si triunfaba. He ahí por qué Felicidad, mujer muy lista, se hacía la indiferente y se resignaba á no ser más que reina destronada de un régimen derrocado.

Pero aun así, todavía era la suya una alta posición, rodeada de una poesía melancólica. Había reinado durante diez y ocho años. La leyenda de sus dos salones — el salón amarillo, donde maduró el golpe de Estado y luego el salón verde, el terreno neutral, donde se consumó la conquista de Plassans — se embellecía en la lontananza del tiempo. Era, además, muy rica. En fin, soportaba tan dignamente la desgracia, sin lamentarse ni quejarse, paseando, con sus ochenta años, tan larga serie de apetitos furiosos, de abominables maquinaciones y desmedidas saciedades, que adquiría un sello augusto. Ahora, su única alegría era disfrutar en paz de su gran fortuna y de su antiguo reinado, y no tenía más que una pasión: la de defender su historia, purgándola de cuanto pudiera mancillarla en lo sucesivo. Su orgullo, alimentado por la doble hazaña de que hablaban aún los habitantes, ejercía una vigilan-

cia celosa, decidida á no dejar en pie más que los documentos favorables: aquella leyenda por cuya virtud la saludaban como á una majestad caída cuando atravesaba la ciudad.

Había ido hasta la puerta del cuarto del doctor; escuchó el pertinaz machaqueo del mortero, y después volvió hacia Clotilde, con frente pensativa.

—Pero ¿qué es lo que fabrica, Dios mío? Tú no sabes lo que le perjudica su nueva droga. Me han contado que el otro día estuvo á punto de matar (y van dos) á uno de sus enfermos.

—¡Oh! ¡Abuela! — exclamó la joven.

Pero la abuela estaba ya en el disparadero.

—¡Sí, señora! Lo que oyes. Y no es flojo lo que dicen las comadronas... Anda, métete por los arrabales á preguntarlas. Verás cómo te dicen que deslie huesos de muerto en sangre de recién nacido.

Hasta Martina protestó esta vez. Clotilde se enojó, ultrajada en su afecto.

—¡Por Dios, abuela! ¡no repita V. esas infamias!... ¡Un hombre que tiene tan gran corazón, que no piensa más que en el bien de todos!

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA
"ALFONSO" N. 1377
sdo. 1625 MONTEPEREZ, 133

Felicidad se amansó, al ver la indignación de las dos mujeres, comprendiendo que extremaba las cosas.

—Pero, cordera mía, si no soy yo quien dice esas atrocidades. Yo no hago más que repetirte las paparruchas que corren por ahí, para que comprendas que Pascual hace mal en no tener en cuenta la opinión pública... ¿El cree haber encontrado una nueva medicina? ¡Santo y bueno! Hasta doy de barato que va á curar á todo el mundo, como espera. Pero ¿á qué esos misterios? ¿á qué no hablar alto? ¿á qué, sobre todo, no ensayar el remedio más que en esa chusma del barrio antiguo y del campo, en vez de tratar de conseguir curas brillantes, que le diesen honra, entre las personas distinguidas de la población?... No; convéncete, corderita mía: tu tío nunca ha sabido hacer nada como los demás.

Hablaba en tono compungido y bajando la voz, al descubrir esa llaga secreta de su alma.

—¡A Dios gracias, no son hombres de mérito lo que falta en nuestra familia! Mis otros hijos me han dado bastantes satisfacciones. ¿No es verdad? Tu tío Eugenio ha subido á regular altura; ministro durante doce años,

¡casi emperador! ¡Y tu mismo padre ha manejado buenos millones é intervenido en trabajos de bastante cuantía, que han cambiado la faz de París! ¡No digo nada de tu hermano Máximo, tan rico, tan distinguido; ni de tus primos Octavio Mouret, uno de los conquistadores del nuevo comercio, ni de nuestro querido padre Mouret, todo un santo!... ¿Por qué razón Pascual, que hubiera podido seguir las huellas de todos, vive metido en su concha, como un viejo raro, medio lunático?

Y al ver que la joven se sublevaba de nuevo, la tapó la boca con un ademán cariñoso.

—¡No, no! Déjame acabar... Ya sé yo que Pascual no es tonto, que ha hecho trabajos notables, y que sus mensajes á la Academia de Medicina le han conquistado una reputación entre los sabios.... ¿Pero eso tiene comparación con lo que yo soñaba que alcanzase? ¡Sí! Toda la clientela de viso de la ciudad, una cuantiosa fortuna, la condecoración; en fin, honores, una posición digna de la familia... ¡Ah! Eso, eso es lo que me duele: que no es, que no ha querido ser de la familia. Ya se lo decía yo cuando era chiquito: “¿Pero á quién sales tú? ¡Tú no eres de los nuestros!, Yo, por mi parte, se lo he

sacrificado todo á la familia; yo me dejaría hacer pedazos para que la familia fuese siempre grande y gloriosa.

La mujercilla se erguía hasta crecerse á impulsos de la única pasión de goce y orgullo que había llenado su existencia. Pero, volviendo á reanudar su paseo, se sobresaltó de pronto, al ver en el suelo el número de *El Tiempo* que había tirado el doctor, después de cortar el artículo para unirlo al legajo de Saccard; aquella ventana que veía abierta en medio de la hoja, le bastó, sin duda, para comprender, porque se paró de repente y se dejó caer en una silla, como si supiese al fin lo que había ido á averiguar.

—A tu padre le han nombrado director de *La Epoca*—exclamó bruscamente.

—Sí—contestó con calma Clotilde—me lo ha dicho el doctor. Venía en el periódico.

Felicidad la miraba de hito en hito con inquietud, porque aquel nombramiento de Saccard, aquella afiliación á la república era una cosa enorme. Después de la caída del imperio, Saccard se había atrevido á volver á Francia, á pesar de su condena como director del Banco Universal, cuyo gigantesco cataclismo precedió al del régimen. Por lo visto, habían mediado nuevas influencias,

toda una intriga increíble para volver á ponerlo á flote. No sólo había conseguido el indulto, sino que andaba metido otra vez en pingües negocios, engolfado en el periodismo y sacando tajada de todos los chanchullos. Y volvía á la memoria el recuerdo de las antiguas disensiones entre él y su hermano Eugenio Rougon, á quien había comprometido tantas veces, y á quien, quizá por una ironía de las vicisitudes de este mundo, iba á proteger, ahora que el antiguo ministro del imperio no era ya más que un simple diputado, resuelto á defender al amo caído con la misma obstinación que distinguía á su madre en la defensa de la familia. Felicidad obedecía aún dócilmente las órdenes del hijo mayor, que era el águila, abatido y todo; pero Saccard, hiciera lo quisiese, le atraía también por su indomable sed de éxitos; y estaba orgullosa asimismo de Máximo, el hermano de Clotilde, que después de la guerra había vuelto á instalarse en su hotel de la avenida del Bosque de Bolonia, donde se comía la fortuna que su mujer le había dejado, hecho una persona formal, con toda la cordura de un hombre que no tiene hueso sano y anda escurriendo el bulto á la insidiosa parálisis.

—Director de *La Epoca*...—repitió Felicidad.—Es una verdadera posición de ministro la que ha conquistado tu padre... Y me olvidaba decirte que he escrito á tu hermano para que se decida á venir á vernos. Eso le distraería, le sentaría bien. Luego está ahí ese chiquillo, ese pobre Carlos...

No insistió. Era otra de las úlceras que torturaban su orgullo: un hijo que había tenido Máximo, á los diez y siete años, de una criada y que ahora era un mozo de quince, flaco de mollera, medio lelo, el cual vivía en Plassans, rodando de casa en casa, á costa de todos.

La abuela volvió á esperar un instante, aguardando una reflexión de Clotilde, una transición que le permitiese ir á parar á lo que quería. Cuando vió que la joven, engolfada en el arreglo de sus papeles, no daba luz, se decidió á atropellar por todo, después de dirigir una ojeada á Martina, que seguía cosiendo la butaca, como muda y sorda.

—¿De modo que tu tío ha cortado el artículo de *El Tiempo*?

Clotilde sonreía tranquilamente.

—Sí, lo ha metido en los legajos. ¡Ah! ¡La de apuntes que enterrará ahí dentro! Los nacimientos, las defunciones, los incidentes

más insignificantes de la vida, todo va á parar ahí. Y también está el árbol genealógico, ¿sabe V.? ¡nuestro famoso árbol genealógico que lleva él muy al corriente!

Los ojos de la vieja se habían inflamado. Miraba fijamente á la muchacha.

—¿Conoces tú esos papeles?

—¡Oh, no, abuela! No me habla nunca de ellos, y me prohíbe que los toque.

La abuela no la creía.

—¡Vaya! Teniéndolos á tu alcance ya los habrás leído.

Clotilde, sonriendo de nuevo, respondió con su sencillez y su serena rectitud:

—¡No! Cuando el doctor me prohíbe una cosa, sus razones tendrá, y no la hago.

—¡Pues mira, hija mía!—exclamó impetuosamente Felicidad, cediendo á su pasión.

—¡Ya que Pascual te quiere tanto, y quizá á ti te oyese, deberías suplicarle que lo quemase todo, porque si llegara á morir y se descubrieran los horrores que guarda ahí dentro, todos nosotros quedaríamos deshonorados!

¡Ah! ¡Aquellos abominables papeles los veía ella de noche, en sus pesadillas, delatando en letras de fuego las verdícas historias de la familia, sus macas fisiológicas, to-

do aquel reverso de sus grandezas, que la anciana hubiese querido sepultar para siempre con los antepasados ya difuntos! Sabía que el doctor concibió la idea de reunir aquellos documentos, desde el principio de sus grandes estudios sobre la herencia, que había llegado á tomar á su propia familia como ejemplo, al advertir los casos típicos que presentaba en apoyo de las leyes descubiertas por él. ¿No era un terreno de observación naturalísimo, un terreno que tenía al alcance de su mano, que conocía á fondo? Y con la desenvoltura y despreocupación del sabio, treinta años hacía que acumulaba acerca de los suyos los informes más íntimos, recogiénolo y clasificándolo todo, para trazar aquel árbol genealógico de los Rougon-Macquart, á que servían de llano comentario, atestado de pruebas, los voluminosos legajos de papeles.

—¡Ah, sí!— continuaba vehementemente la viuda de Rougon— ¡al fuego, al fuego todos esos papeluchos que nos mancharían!

Y como la criada se levantase para salir, viendo el sesgo que tomaba la conversación, la detuvo con un ademán rápido.

—¡No, no! ¡Quédese, Martina! No está V. demás, puesto que es de la familia ahora.

Y siguió con voz sibilante:

—¡Un atajo de falsedades, un montón de chismes, todas las mentiras propaladas tiempos atrás por nuestros enemigos, irritados de nuestro triunfo!... ¡Figúrate, hija mía! ¡Sobre todos nosotros, sobre tus padres, sobre tu hermano, sobre mí tantas infamias!

—¡Infamias, abuela! Pues, ¿cómo lo sabes tú?

Felicidad se turbó un instante.

—¡Toma! ¡Como si lo viera!... ¿Qué familia no ha tenido desgracias que se pueden interpretar mal? Ahí tienes, si no, á la madre de todos nosotros, á nuestra querida y venerable Dide: ¿no está hace veintiún años en el Asilo de Dementes, en las Tulettes? Si Dios le ha concedido la merced de dejarla vivir hasta la edad de ciento cuatro años, la ha afligido bien cruelmente privándola de la razón. Claro que eso no es para avergonzarse; pero lo que me saca de tino, lo que no se puede tolerar es que se diga en seguida que todos nosotros estamos locos... ¿Y tu tío Macquart? ¡Otro que ha sido víctima de murmuraciones deplorables! Macquart ha tenido sus faltas: no lo defiendo. Pero ¿no vive hoy ejemplarmente en su finquita de

las Tulettes, á dos pasos de nuestra desgraciada madre y velando por ella como un buen hijo?... En fin, ¡oye! el último ejemplo. Tu hermano Máximo cometió una falta enorme cuando tuvo á ese pobre Carlitos de una criada, y no hay que negar tampoco que la desgraciada criatura tiene la cabeza poco firme. Pero aunque así sea, ¿te dará gusto si vienen á contarte que tu sobrino es un ser degenerado, que reproduce al cabo de cuatro generaciones á su tatarabuela, á la excelente señora, en cuya compañía tanto disfrutó él cuando le llevamos á visitarla?... ¡No! ¿Qué familia hay posible, si empieza uno á desmenuzarlo todo, los nervios de éste, los músculos de aquél? ¡Es para quitar las ganas de vivir!

Clotilde la escuchaba en pie atentamente. Se había quedado muy seria, con los ojos bajos y los brazos caídos. Tras un silencio, dijo con lentitud:

—La ciencia, abuela.

—¡La ciencia! —exclamó Felicidad correteando otra vez.— ¡Está buena esa ciencia que va contra todo lo más sagrado que hay en el mundo! ¡Cuando lo hayan demolido todo, medrados quedarán!... Matan el respeto, matan la familia, matan á Dios...

—¡Oh! ¡No diga V. eso, señora! —interrumpió dolorosamente Martina, cuya estrecha devoción pasaba un suplicio.— ¡No diga V. que el señorito mata á Dios!

—Sí, desgraciada, si, lo mata... Y adviertan Vds. que, si se mira á la religión, es un crimen dejarle condenarse de esa manera. Vds. no le quieren, ¡se lo digo en serio! No, no le quieren, cuando, teniendo la suerte de creer, no hacen nada para traerle al buen camino... ¡Ah! ¡Yo, en lugar de Vds., partiría ese armario á hachazos, y haría una magnífica hoguera con todas las blasfemias contra Dios que contiene!

Se había plantado delante del inmenso armario, y lo media con su mirada de fuego como para tomarlo por asalto, saquearlo y aniquilarlo, á pesar de la endebles de su cuerpecillo, consumido por la decrepitud. Luego añadió, con un gesto de desdén irónico:

—Y, por fin, ¡si por la tal ciencia pudiese saberlo todo!

Clotilde, abstraída, con la mirada vaga, repuso á media voz, como si se hablase á sí misma:

—Es verdad: no puede saberlo todo... Siempre hay un más allá... Eso es lo que me

contraría, lo que nos hace disputar á veces, porque yo no puedo echar á un lado el misterio, como lo echa él; al contrario, me preocupaba hasta atormentarme... Más allá de este mundo, todas las energías que quieren y obran en la sombra pavorosa, todas las fuerzas desconocidas...

Su voz, más apagada cada vez, había de generado en un vago murmullo.

Entonces intervino á su vez Martina, cuyo semblante se nublaba hacia un momento.

—Pero, señorita, ¡si fuese verdad que el señor se condenase por esos malos papeles! Diga V., ¿lo ibamos á permitir?... Ya sabe que si á mí me mandase tirarme por la terraza, cerraría los ojos y me tiraría de cabeza, porque sé que siempre tiene razón. Pero, por su salvación, ¡oh!, si yo pudiese, trabajaría por eso, á pesar suyo. ¡Si! Le obligaría por todos los medios; me aflige demasiado pensar que no estará en el cielo con nosotras.

—Así se habla, hija mía—aprobó Felicidad.—V., al menos, sabe querer á su señor.

Clotilde parecía aún indecisa entre ambas. Su fe no se doblegaba á la regla estricta del dogma; su sentimiento religioso no se materializaba en la esperanza de un paraíso, de un lugar de delicias, donde cada cual debía

encontrarse con los suyos. Su fe se reducía á la exigencia de un más allá, á la certidumbre de que el vasto mundo no se encierra en la sensación, de que existe otro mundo inmenso, desconocido, que es menester tener en cuenta. Pero aquella anciana tan respetable y aquella criada tan leal aumentaban las zozobras que sentía por cariño á su tío. ¿No era mayor, no era más cuerdo y razonado el afecto de ellas, puesto que lo querían ver sin mancha, libre de sus manías de sabio, lo bastante puro para figurar entre los elegidos? Acudían á su memoria frases de libros devotos: representábase la continua lucha empeñada con el espíritu del mal, la gloria de las grandes conversiones. Después de todo, ¡si acometiese la santa obra; si, á pesar de sí mismo, le salvara! Y poco á poco iba exaltándose su espíritu, propenso de suyo á las aventureras empresas.

—Naturalmente—acabó por decir—yo me alegraría mucho de que no se devanase los sesos amontonando esos papeles y fuese á la iglesia con nosotras.

Viéndola á punto de ceder, la viuda de Rougon encareció la necesidad de obrar, y Martina echó todo el peso de su innegable influencia. Las dos se habían acercado y

aleccionaban á la joven, bajando la voz, á propósito de aquella trama, de donde había de surgir un beneficio milagroso, una alegría divina que embalsamaría la casa entera. ¡Qué triunfo conciliar al doctor con Dios! ¡Y qué dulzura después vivir juntos en la comunión celeste de una misma fe!

—En fin, ¿qué debo hacer?—preguntó Clotilde, vencida y entregada.

Pero en aquel punto, en medio del silencio, se oyó más claramente el ritmo continuo del mortero del doctor. Y Felicidad, ya victoriosa, dispuesta á hablar, volvió la cabeza con inquietud, mirando un instante á la puerta de la pieza contigua. Después interrogó á media voz:

—¿Sabes dónde está la llave del armario? Clotilde no respondió. Se limitó á indicar con un gesto su repugnancia á hacer traición á su tío.

—¡Qué niña eres! Yo te juro no coger ni desarreglar nada siquiera... Pero, ya que estamos solas, ¿eh?, y sabiendo que Pascual no sale nunca antes de la comida, ¿quién nos priva de cerciorarnos de lo que hay ahí dentro?... ¡Oh! ¡Un vistazo nada más! ¡Cuando yo te lo digo!...

La muchacha, inmóvil, seguía sin ceder.

—Además, puede que yo me engañe, y no haya, ni remotamente, nada de lo que he dicho.

Fué una insinuación decisiva. Clotilde corrió á sacar la llave del cajón, y ella misma abrió el armario de par en par.

—¡Ahí tiene, abuela! Los legajos están arriba.

Martina, sin decir una palabra, había ido á apostarse á la puerta del cuarto, con el oído atento al ruido del mortero, mientras Felicidad, como clavada en el suelo por la emoción, miraba los papeles. ¡Allí estaban, por fin, aquellos legajos terribles, aquella pesadilla que envenenaba su existencia! ¡Los veía! ¡Iba á tocarlos! ¡Iba á llevárselos! Y enderezaba las piernecillas, empinándose ansiosamente.

—Están demasiado altos, pichona. ¡Ayúdame, dámelos!

—¡Oh! ¡Eso sí que no, abuela!... Coge una silla.

Felicidad cogió una silla y subió ágilmente. Pero aún estaba muy baja. Estirándose con esfuerzos inauditos, se crecía hasta tocar con la punta de las uñas las cubiertas de recio papel, y paseaba por ellas los dedos crispados como si fueran zarpas que araña-

sen. De repente se oyó un estrépito; era un ejemplar geológico, un pedazo de mármol que había en una tabla inferior y que la abuela acababa de tirar.

Al punto paró el mortero, y Martina murmuró con voz ahogada:

—¡Cuidado, que viene!

Pero Felicidad, bregando como una desesperada, seguía sin oír ni soltar su presa, cuando entró Pascual precipitadamente. Había creído que sería algún accidente, alguna caída, y se quedó atónito al ver aquello: su madre encima de la silla, con el brazo levantado aún; Martina apartada un trecho, y Clotilde de pie, muy pálida, esperando, sin desviar los ojos. Cuando el doctor advinó lo que pasaba, se puso más blanco que la cera, presa ya de una cólera terrible.

La madre no se alteró lo más mínimo. Viendo perdida aquella coyuntura, bajó de la silla, sin decir una palabra de la faena en que la había sorprendido su hijo.

—¡Calla! ¿Eres tú? No quería estorbarte... Había venido á dar un abrazo á Clotilde; pero ya va á hacer dos horas que estoy de charla, y me voy corriendo. Me esperan en casa; á estas fechas estarán sin saber lo que es de mí... ¡Hasta el domingo, que nos veremos!

Se fué tan tranquila, después de dirigir una sonrisa á su hijo, que había permanecido mudo y respetuoso en su presencia. Era la actitud que había tomado hacia tiempo, para evitar una explicación cruel, que temía siempre. Conocía á la anciana; quería perdonárselo todo, con la amplia tolerancia de un hombre de ciencia que no perdía de vista el influjo de la herencia, del medio y de las circunstancias. Y, por último, ¿no bastaba que fuese su madre? Porque, en medio de los tremendos golpes que sus investigaciones asestaban á la familia, siempre había conservado á los suyos acendrado cariño.

Apenas había salido la madre, estalló su cólera sobre Clotilde. Había apartado los ojos de Martina, y los tenía fijos en la joven, la cual sostenía la mirada con la valentía del que acepta la responsabilidad de sus actos.

—¡Tú, tú!—exclamó al fin.

La había cogido del brazo, y la apretaba hasta hacerla gritar. Pero ella seguía mirándole de frente, sin cejar un momento, con la voluntad indomable de su personalidad, de su pensamiento propio. Tan delgada, tan arrogante, con su larga blusa negra, estaba hermosa é irresistible; y su exquisita blancura, su frente recta, su delicada na-

riz, su enérgica barba, adquirían como un marcial hechizo á impulsos de su rebelión.

—¡Tú, á quien yo he formado; tú, que eres mi discípula, mi amiga, mi segundo pensamiento; tú, á quien he dado algo de mi cerebro y de mi corazón! ¡Ah! ¡Yo hubiese debido guardarte por entero para mí solo, sin dejar que se me llevara lo mejor de ti el necio de tu Dios!

—¡Señor, mire que blasfema!—exclamó Martina, que se había acercado para atraer sobre sí parte de la cólera del amo.

Pero no la veía siquiera. Para él no existía más que Clotilde. Y la pasión le transfiguraba hasta el punto de que aquel bello semblante, orlado de canas, rebosaba fogosa juventud, inflamado por la exasperación de un inmenso cariño herido. Todavía se contemplaron de esa suerte un instante, sin ceder ninguno de ellos ni apartar sus ojos del otro.

—¡Tú! ¡Tú!—repetía él con voz trémula.

—¡Sí, yol... ¿Por qué no he de quererte tanto como tú á mí? ¿Y por qué, si te creo en peligro, no he de salvarte? ¡A ti te preocupa mucho lo que yo pienso, y querías obligarme á pensar como tú!

Jamás se había encarado con él de esa manera.

—¡Pero si eres una criatura! ¿Tú que sabes?

—¡No; soy un alma, y de eso no sabes tú más que yol!

Soltó el doctor su brazo, miró hacia el cielo con vaga expresión, y reinó un extraordinario silencio, henchido de pensamientos graves á propósito de la inútil discusión que no quería entablar. Fué á abrir con ímpetu la ventana de en medio, porque el sol declinaba é invadían la sala las sombras. Después volvió.

Pero Clotilde, ansiosa de aire y de espacio, se dirigió á la ventana abierta. Había cesado la ardiente lluvia de brasas, y no se sentía ya más que el último estremecimiento del cielo caldeado que empezaba á palidecer; del seno aún ardoroso de la tierra subían cálidos olores, con el hálito desahogado de la caída de la tarde. Al pie de la terraza de la finca aparecía la vía férrea, las primeras dependencias de la estación, cuyos edificios se divisaban á lo lejos; después, una línea de árboles que, al través de la árida y dilatada llanura, indicaba el curso del Viorne, más allá del cual subían las pendientes

de Santa Marta, tierras rojizas plantadas de olivos, cortadas en escalones por muros de piedra seca y coronadas de sombríos pinares: ancho anfiteatro desolado, devorado por las solaneras, de un tono de ladrillo viejo, y guarnecido, allá en lo alto, de una franja de verde oscuro. A la izquierda se abrían las gargantas de la Seille, derrumbamientos de pedruscos amarillos acumulados en medio de tierras sanguinolentas, al pie de una inmensa barrera de peñascos, semejante á un gigantesco murallón de fortaleza. Hacia la derecha, á la entrada misma del valle por donde corría el Viorne, escalonábanse los tejados descoloridos de Plassans, de un tinte rosa: enmarañado hacinamiento de ciudad vieja, por donde asomaban copas de olmos añosos, y sobre el cual descollaba la elevada torre de San Saturnino, solitaria y serena en aquellas horas, al resplandor del oro límpido de la puesta del sol.

—¡Ah, Dios!—dijo lentamente Clotilde.— ¡Se necesita ser orgulloso para creer que podemos cogerlo todo con la mano y que vamos á conocer todas las cosas!

Pascual acababa de subir á la silla para cerciorarse de que no faltaba ningún legajo. Luego, recogiendo el trozo de mármol, vol-

vió á colocarlo en la tabla, y después de cerrar el armario de golpe, se guardó la llave en el bolsillo.

—Sí—repuso:— ¡procurar conocerlo todo, y no romperse los cascos con lo que no conocemos, con lo que, de seguro, no conoceremos nunca!

Martina se había aproximado de nuevo á Clotilde para apoyarla, para demostrar que las dos hacían causa común. Ahora el doctor reparaba también en ella, y veía á una y á otra identificadas por el mismo designio de conquista. Tras años de tentativas disimuladas, venía al fin la guerra abierta, el conflicto del sabio cuando descubre que los suyos se vuelven contra su pensamiento con amenazas de exterminio. ¡Dónde hay mayor tortura que tener la traición dentro de la propia casa, en torno de uno mismo, viéndose acosado, desposeído, aniquilado por las personas queridas y que nos quieren!

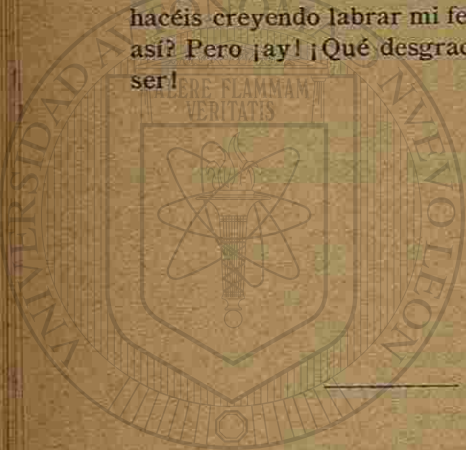
Tal fué la idea que de pronto le asaltó.

—¡Y las dos me queréis, á pesar de todo!

Notó que se nublaban de lágrimas los ojos de ambas mujeres, y experimentó infinita tristeza en medio de aquel declinar tan apacible de un día sereno. Toda su alegría, toda su bondad, que tenían por fuente su

pasión por la vida, acababan de sufrir rudo golpe.

—¡Ah, querida mía! ¡Y tú, pobreta! Lo hacéis creyendo labrar mi felicidad, ¿no es así? Pero ¡ay! ¡Qué desgraciados vamos á ser!



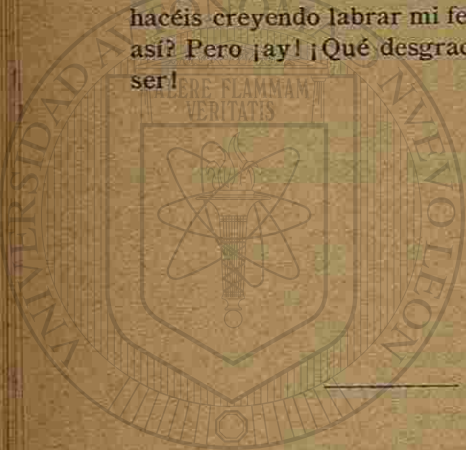
II

Al día siguiente, Clotilde se despertó á las seis de la mañana. Se había acostado enfadada con el doctor á consecuencia del pique de la víspera, y sus primeras impresiones fueron un sentimiento de malestar, una pena sorda, una necesidad inmediata de hacer las paces para quitarse de encima aquel enorme peso.

Echándose al suelo ligera, fué á entreabrir las hojas de las dos ventanas. El sol, ya alto, proyectó en la pieza dos barras de oro. La clara mañana enviaba frescos efluvios de alegría á la estancia soñolienta, empapada en sano olor de juventud. La joven, sentada ahora á la orilla del colchón, se quedó pensativa un instante, sin más vestidura que su estrecha camisa, que parecía adelgazarla más aún, con sus canillas prolongadas como husos; su esbelto y fornido tronco, su pecho y cuello redondeados, sus

pasión por la vida, acababan de sufrir rudo golpe.

—¡Ah, querida mía! ¡Y tú, pobreta! Lo hacéis creyendo labrar mi felicidad, ¿no es así? Pero ¡ay! ¡Qué desgraciados vamos á ser!



II

Al día siguiente, Clotilde se despertó á las seis de la mañana. Se había acostado enfadada con el doctor á consecuencia del pique de la víspera, y sus primeras impresiones fueron un sentimiento de malestar, una pena sorda, una necesidad inmediata de hacer las paces para quitarse de encima aquel enorme peso.

Echándose al suelo ligera, fué á entreabrir las hojas de las dos ventanas. El sol, ya alto, proyectó en la pieza dos barras de oro. La clara mañana enviaba frescos efluvios de alegría á la estancia soñolienta, empapada en sano olor de juventud. La joven, sentada ahora á la orilla del colchón, se quedó pensativa un instante, sin más vestidura que su estrecha camisa, que parecía adelgazarla más aún, con sus canillas prolongadas como husos; su esbelto y fornido tronco, su pecho y cuello redondeados, sus

brazos torneados y flexibles, y aquella nuca y aquellos hombros adorables, que eran leche pura, seda blanca y tersa de infinita suavidad. Por mucho tiempo—durante la edad ingrata, que comprende desde los doce hasta los diez y ocho años—había parecido demasiado alta y desgavilada, y trepaba á los árboles como un chico. Pero después, de aquel zanguango sin sexo surgió la delicada criatura, puro embeleso y amor.

Continuaba mirando las paredes con ojos distraídos. Aunque la Souleiate databa del siglo último, debió de remozarse bajo el primer imperio, porque aún subsistía allí una tapicería de indiana estampada, figurando bustos de esfinges sobre un fondo intrincado de guirnaldas de roble. La indiana, de un rojo subido en su día, se había vuelto de un color rosa indefinido que tiraba á naranja. Quedaban en pie las colgaduras de las dos ventanas y de la cama; pero, habiendo sido preciso lavarlas, se habían quedado más descoloridas aún, aunque, á decir verdad, era exquisito aquel tinte de púrpura apagado, aquel tono de aurora, tan delicadamente suave. En cuanto á la cama, se caía de vieja, hasta el punto de que fué menester sustituirla con otra de una pieza in-

mediata, imperio también, baja y muy ancha, de caoba maciza guarnecida de cobre, y cuyas cuatro columnas ostentaban asimismo bustos de esfinges semejantes á los de la tapicería. Con lo dicho corría parejas el resto del mueblaje: un armario de hojas macizas y de columnas; una cómoda de mármol blanco, circuida de una galería; una Psiquis alta, monumental; un diván inmenso de patas tiesas, y sillas de respaldo derecho, en forma de lira. Pero un cubrepiés hecho de una antigua falda de seda Luis XV, daba animación al majestuoso lecho situado enfrente de las ventanas; un montón de almohadones tornaba muelle el duro diván, y había juntamente dos *étagères* y una mesa, vestidas asimismo de sedas viejas recamadas de flores, que habían aparecido en un armario empotrado en la pared.

Por fin, Clotilde se puso las medias, se echó encima una bata de piqué blanco, recogió con las puntas de los pies sus babuchas de lona gris, y se dirigió al tocador, una pieza trasera que daba á la otra fachada. Estaba tapizada sencillamente de cutí crudo á rayas azules, y no contenía más que muebles de abeto barnizado—el tocador, dos armarios y sillas.—Allí, no obstante, desple-

gaba su dueña una coquetería natural y delicada, revelándose toda una mujer; su coquetería había brotado al par que su belleza. En medio de los resabios de muchacho testarudo que aún conservaba á veces, veíase ahora la criatura tierna y sumisa, ganosa ante todo de cariño, sin haber aprendido nunca más que á leer y á escribir, aunque adquiriese luego, por su cuenta, con ayuda de su tío, una instrucción bastante vasta. Pero no se habían ajustado á plan ninguno; el doctor no había querido hacer de ella un fenómeno, y la muchacha llegó á apasionarse solamente por la historia natural, cuyo estudio le abrió los ojos sobre todo lo referente al hombre y á la mujer. Y conservaba su flor de virgen, como fruto que ninguna mano ha tocado, gracias sin duda á su expectación secreta y religiosa del amor, ese profundo sentimiento femenino que le hacía reservar el don de todo su ser, su entrega absoluta, para el hombre á quien amase.

Se recogió el pelo, se lavó á chapuz, y, cediendo á su impaciencia, volvió á abrir suavemente la puerta de su habitación, y se aventuró á atravesar de puntillas, sin hacer ruido, la espaciosa sala de trabajo. Todavía

estaban cerradas las maderas, pero veía lo bastante para no tropezar con los muebles. Cuando estuvo en el extremo opuesto, delante de la puerta de Pascual, se inclinó, conteniendo la respiración, ¿Se había levantado ya? ¿Qué estaría haciendo? Le oyó andar despacio, como si se vistiese. Jamás entraba en aquella pieza, donde él solía ocultar ciertos trabajos especiales, y que siempre permanecía cerrada como un tabernáculo. Sintió una zozobra: la de verse sorprendida, si el doctor abría la puerta; y experimentaba una gran agitación, mezcla de orgullo sublevado y de deseo de aparecer sumisa, en medio de una fiebre, de un estremecimiento, de un escalofrío desconocido hasta entonces. Hubo un momento en que su ansia de reconciliarse fué tan poderosa, que estuvo á punto de llamar. Pero al oír acercarse las pisadas, echó á correr como una loca.

Hasta las ocho siguió devorada por una impaciencia creciente. A cada minuto miraba el reloj de la chimenea, un reloj imperio de bronce dorado, que figuraba el Amor recostado en un pilar, desde donde contemplaba sonriendo al Tiempo dormido. A las ocho era cuando solía bajar al comedor para

desayunarse en compañía de Pascual; y mientras llegaba la hora, se arregló con minucioso esmero; se peinó, se calzó, y se puso un vestido blanco de lunares encarnados. Después, teniendo aún por delante un cuarto de hora, satisfizo un antiguo antojo: se sentó á coser un encaje, una imitación de *chautilly*, á su blusa de trabajo, aquella blusa negra que acababa por parecerla demasiado masculina y poco mujeril. Pero, al dar las ocho, dejó su labor y bajó presurosa.

—Va V. á almorzar sola en el comedor— dijo tranquilamente Martina.

—¿Pues?...

—Sí; me ha llamado el doctor para que le llevase el huevo, y entreabrió la puerta para que se lo diese. Ya está otra vez con su mortero y su filtro. No le veremos hasta el mediodía.

Clotilde se quedó parada, con el semblante pálido. Bebió la leche de pie, se llevó el panecillo y siguió á la criada hasta la cocina. Aparte de esa cocina y del comedor, no había en la planta baja más que un salón abandonado, donde se encerraba la provisión de patatas. En otros tiempos, cuando el doctor recibía clientes en la casa, tenía allí la consulta; pero desde hacía años se había

subido á su cuarto la mesa y el sillón. Y ya no había más que otra pieza pequeña, el cuartito de la criada, muy aseado, con una cómoda de nogal y una cama monástica guarnecida de colgaduras blancas.

—¿Crees tú que se ha puesto otra vez á fabricar su licor?

—¡Toma! Las señas son mortales. Ya sabe V. de sobra que, cuando le da por ahí, no se acuerda de comer ni de nada.

—¡Ay, Dios mío, Dios mío!

Y mientras Martina iba á arreglar su cuarto, Clotilde cogió una sombrilla de la percha del vestíbulo, y fué á comerse su panecillo al jardín, desalentada, sin saber ya en qué pasar el tiempo hasta el mediodía.

Hacia cerca de diez y siete años que el doctor Pascual, resuelto á dejar su casita del pueblo nuevo, había adquirido la Soulejade en veinte mil pesetas. Así realizaba su deseo de vivir retirado, y de ofrecer también mayor espacio y alegría á la niña que acababa de enviarle de París su hermano Saccard. Esa Soulejade, situada á las puertas de la población, en una meseta que dominaba la llanura, era una gran finca antigua, cuyos extensos terrenos se habían reducido á menos de dos hectáreas á consecuencia de su

cesivas ventas y de la construcción del ferrocarril, que le había cercenado las últimas tierras de labor. De la casa, medio destruida por un incendio, no quedaba tampoco más que uno de los dos cuerpos primitivos, un ala cuadrada, de cuatro hastiales, como dicen en Provenza, con cinco ventanas en la fachada y cubierta de tejas grandes color de rosa. Y el doctor, que la había comprado completamente amueblada, se contentó con mandar reparar y completar las tapias de la cerca para estar tranquilo en su casa.

Generalmente, Clotilde amaba con pasión esa soledad, ese estrecho reino que podía visitar en diez minutos, y que conservaba, no obstante, algunos rastros de su pasada grandeza. Pero aquella mañana iba poseída de una cólera sorda. Se adelantó un momento por un terraplén, á cuyos dos extremos se elevaban dos cipreses centenarios, enormes ciprios sombríos que desde tres leguas se veían. De allí el terreno bajaba hasta el ferrocarril; muros de piedra seca sostenían las tierras rojas, cuyas últimas viñas habían muerto; y en aquellas especies de gigantescos escalones no brotaban más que filas raquíticas de olivos y almendros de follaje esmirriado. El calor era ya sofocante; Clotilde miró las

lagartijas que se escurrían por las piedras agrietadas, entre espinosas matas de alcaparros.

Después, como si la excitara el dilatado horizonte, atravesó las huertas de frutales y de legumbres que Martina se empeñaba en cuidar, á pesar de sus años, con la sola ayuda de un hombre que iba dos veces por semana para las faenas más penosas, y subió hacia la derecha á un pinarcillo, único resto del soberbio pinar que en época anterior cubría la meseta. Pero tampoco allí se encontró á gusto: las hojas secas crujían al andar, y de las ramas bajaba una tufarada resinosa. Costeó, pues, la tapia del cierre; pasó por delante de la puerta de entrada, que daba al camino de las Fenouillères, á trescientos metros de las primeras casas de Plassans, y desembocó al fin en la era, una era inmensa de veinte metros de radio, que hubiese bastado para demostrar la antigua importancia de la finca. ¡Ah! ¡Aquella vieja era, empedrada de guijarros redondos como en tiempo de los romanos; aquella vasta explanada, con su menuda hierba seca, semejante á oro, que parecía cubrirla un tapiz de alta lana! ¡Qué bien se le había sacado el jugo en otros días! ¡Qué correr, qué revol-

carse, qué tumbarse á la larga durante horas enteras, cuando nacían las estrellas en el fondo del cielo sin límites!

Clotilde había vuelto á abrir la sombrilla, y atravesó la era acortando el paso. Ahorase encontraba á la izquierda del terraplén: había dado la vuelta á la posesión. Fué á parar, pues, á espaldas de la casa, al grupo de plátanos enormes que proyectaban hacia esa parte una tupida sombra. Era el lado á que caían las dos ventanas del cuarto del doctor. La joven alzó los ojos, porque no se había acercado sino impelida de repente por la esperanza de verlo al fin. Pero las ventanas estaban cerradas; contrariedad que la hirió, como si hubiese sido un acto deliberado de dureza. Hasta entonces no echó de ver que seguía intacto su panecillo, é internándose en la arboleda, le clavó con ira sus hermosos dientes de muchacha.

Era un retiro delicioso esa espesura de plátanos, restó del antiguo esplendor de la Souleiate. Debajo de aquellos gigantes de troncos monstruosos, apenas entraba luz, una luz verdosa, de una frescura exquisita en los días abrasadores del estío. En otro tiempo se había trazado allí un jardín francés, del cual no quedaban más que los res-

tos de boj, bien avenidos sin duda con la sombra porque habían crecido con pujanza, formando orlas de verdaderos arbustos. Y el encanto de ese umbrío retiro era una fuente, un humilde caño de plomo embutido en el fuste de una columna, de donde fluía constantemente, aun durante las mayores sequías, un chorro de agua del tamaño del dedo meñique, que iba á alimentar más lejos un estanque cubierto de musgo, cuyas verdosas piedras no se limpiaban más que cada tres ó cuatro años. Cuando se secaban todos los pozos de las cercanías, la Souleiate conservaba su fuente, de que eran hijos centenarios, sin duda, los corpulentos plátanos. Día y noche, durante siglos murmuraba ese hilillo de agua, inalterable y perenne, su misma canción pura, de vibración cristalina.

Clotilde, después de vagar entre los setos de boj que le llegaban al hombro, entró á la casa por un bordado, y volvió á sentarse delante de una mesa de piedra, próxima á la fuente. Había allí algunas sillas rústicas, y era el sitio donde se tomaba el café. La joven afectaba no levantar la cabeza, como embebida en su labor. A veces parecía dirigir los ojos por entre los troncos de los árboles hacia las abrasadas lontananzas, hacía

la era, deslumbradora como una hoguera donde el sol ardía. Pero su mirada, en realidad, deslizándose tras las largas pestañas, subía hasta las ventanas del doctor. Nada se vislumbraba allí, ni una sombra. Y sentía una tristeza, un rencor creciente, al ver el abandono en que la dejaba, aquel desdén que parecía demostrarla desde el incidente de la víspera. ¡Ella, que se había levantado con tan vehemente deseo de hacer las paces! ¿A él no le corría prisa, por lo visto? ¡No la quería mucho cuando podía mostrar tanto fésón! Y poco á poco se oscurecía su espíritu, y volvía á acariciar pensamientos de lucha, resuelta de nuevo á no ceder en nada.

A cosa de las once, antes de poner el almuerzo en la lumbre, Martina se fué á acompañarla un rato, con la eterna media, que no soltaba ni aun al andar, cuando la dejaban libre los quehaceres domésticos.

—¿Sabe V. que sigue encerrado allá arriba, como un hurón, dándole á sus potingues?

Clotilde se encogió de hombros sin alzar la vista de la labor.

—¡Y si supiese V. lo que se cuenta, señorita! Razón tenía ayer doña Felicidad, al decir que es para que la salgan á una los colo-

res... A mí misma, á ésta que habla con V., me han dicho en mi propia cara que había matado á Boutin—ya sabe V., aquel pobre viejo que padecía de gota coral, y que se ha muerto en un camino.

Medió un silencio. Después, notando que volvía á nublarse el semblante de la joven, prosiguió la criada, acelerando el movimiento de los dedos.

—Yo, por mí, no entiendo una palotada; pero no puedo atravesar esos jaropes que hace... Y V. ¿qué dice, señorita? ¿La parecen bien esos potingues?

Clotilde levantó bruscamente la cabeza, cediendo á la ola de pasión que la arrollaba.

—Mira: yo no trato de saber más que tú, pero creo que se expone á tener mucho que sentir... A nosotras no nos quiere...

—¡Oh! ¡no ha de querernos, señorita!

—¡No, no nos quiere como nosotras á él...

¡Si nos quisiese, estaría aquí, con nosotras, en vez de perder allá arriba su alma; en vez de destruir su felicidad y la nuestra, empeñado en salvar á todo el mundo!

Y las dos mujeres, poseídas de un sentimiento de celos, se miraron un instante con ojos inflamados de ternura. Sin hablar más, reanudaron su tarea, bañadas de sombra.

El doctor Pascual trabajaba en su cuarto muy alegre y sereno. Apenas había ejercido la medicina más que durante doce años, desde su vuelta de París hasta el día en que fué á retirarse á la Soulejade. Satisfecho con las cien mil y pico de pesetas que había ganado y colocado sobre seguro, se consagró casi exclusivamente desde entonces á sus estudios predilectos, conservando tan sólo una clientela de amigos, no negándose á ir á la cabecera de un enfermo, pero sin mandar jamás la cuenta. Cuando le pagaban, echaba el dinero en su gaveta, considerándolo como dinero de bolsillo para sus experimentos y caprichos,—aparte de sus rentas, con cuya cifra tenía lo suficiente. Y burlándose de la fama de extravagante que le había atraído su conducta, no gozaba más que en medio de sus investigaciones sobre las materias que le apasionaban. Para muchos era una sorpresa ver que aquel sabio, con sus dotes geniales y una imaginación demasiado viva que las perjudicaba, se hubiese quedado en una población oscurecida como Plassans, donde parecía que debían de faltarle todos los medios de trabajo. Pero él explicaba muy bien las ventajas que allí había descubierto: en primer lugar, un retiro

muy tranquilo, donde le complacía confinar-se, y en segundo, un terreno virgen, de continua investigación en lo tocante á los hechos de la herencia, su estudio favorito; puesto que se tataba de una localidad pequeña, donde conocía á todas las familias, y donde podía seguir el curso de los fenómenos que se guardasen más secretos durante dos ó tres generaciones. Por otra parte, estaba cerca del mar, é iba á él casi todos los veranos para estudiar la vida en el hervidero infinito donde nace y se propaga, en el fondo de las aguas inmensas. Y por remate, tenía allí, en el hospital de Plassans, una sala de disección, donde apenas iba nadie más que él; una sala espaciosa, clara y tranquila, donde habían pasado por su escabelo, durante más de veinte años, todos los cadáveres que nadie reclamaba. Hombre, además, sumamente modesto, tímido y encogido, le había bastado permanecer en correspondencia con sus antiguos profesores y sus amigos nuevos, á propósito de Memorias muy notables que enviaba á veces á la Academia de Medicina. Carecía de toda ambición militante.

Lo que en un principio indujo al doctor Pascual á ocuparse especialmente de las le-

yes de la herencia, fueron algunos trabajos sobre la gestación. Como siempre, había tenido su parte el acaso, deparándole toda una serie de cadáveres de mujeres embarazadas, víctimas de una epidemia colérica. Después se puso al acecho de otras defunciones, completando la serie y llenando las lagunas, para llegar á conocer la formación del embrión y el desarrollo del feto en cada día de su vida intra-uterina; así logró trazar un catálogo de observaciones de lo más preciso y concluyente. Desde entonces, y en la base y raíz de sus estudios, presentóse ante él en su irritante misterio el problema de la concepción. ¿Por qué y cómo un ser nuevo? Cuáles eran las leyes de la vida, ese torrente de seres que forman el mundo? No se limitaba á los cadáveres; extendía sus disecciones á la humanidad viviente, movido por ciertos hechos que se repetían en su clientela, y poniendo en observación ante todo á su propia familia, que había llegado á ser el campo principal de su experiencia; tan precisos y completos eran los casos que presentaba. Desde aquel punto y hora, á medida que acumulaba y clasificaba hechos en sus apuntes, intentó una teoría general de la herencia que pudiese explicarlos todos.

Arduo problema, á cuya solución venía dando vueltas durante largos años. Había partido del principio de invención y del principio de imitación: la herencia ó reproducción de los seres bajo el imperio de lo semejante, y el innatismo ó reproducción de los seres bajo el imperio de lo diferente. En punto á la herencia, no admitía más que cuatro casos: la herencia directa, representación de los padres en la naturaleza física y moral del hijo; la herencia indirecta, representación de los colaterales, tíos y primos; la herencia regresiva, representación de los ascendientes á distancia de una ó varias generaciones; y, en fin, la herencia de influjo, representación de los consortes anteriores, por ejemplo: del primer varón que vino como á impregnar á la hembra para la concepción futura, aunque sin ser su autor.

En cuanto al innatismo, era el ser nuevo, ó que parece tal, y en quien se confunden los caracteres físicos y morales de los ascendientes, sin parecer traslucirse en nada. Volviendo luego sobre los dos términos del innatismo y la herencia, subdividió el segundo en dos casos: la selección del padre ó de la madre en el hijo—el predominio individual—ó bien la mezcla de uno y otro, y una mezcla

que podía revestir tres formas, ya por soldadura, ya por diseminación, ora por fusión, yendo del estado menos perfecto al más perfecto. Tocante al innatismo, no era posible más que un caso: la combinación, esa combinación química que puede hacer de dos cuerpos uno, totalmente distinto de los que contribuyen á formarlos. Tal era el resumen de un cúmulo importante de observaciones, no sólo en el dominio de la antropología, sino también de la zoología, pomología y horticultura. Pero lo difícil, después de reunidos esos múltiples hechos mediante análisis, era hacer su síntesis y formular la teoría que pudiese explicarlos todos. Aquí ya el doctor pisaba ese terreno movedizo de la hipótesis que cada nuevo descubrimiento transforma; y aunque no podía menos de buscar una solución, por la necesidad de conclusiones que el espíritu humano siente, el suyo, no obstante, era bastante amplio para dejar abierto el problema. Así, desde las gémulas de Darwin, desde su pangénesis, había ido á la perigénesis de Hæckel, pasando por las estirpes de Galton. Después tuvo la intuición de la teoría que Weismann debía hacer triunfar más tarde, convirtiendo su pensamiento hacia la idea de una sustan-

cia extremadamente fina y compleja, parte de la cual queda siempre en reserva en cada nuevo ser, para transmitirse invariable, inalterablemente, de generación en generación. Eso parecía explicarlo todo; pero ¡qué misterio tan infinito aún ese mundo de semejanzas que transmiten el espermatozoide y el óvulo, donde la humana vista no distingue absolutamente nada á favor de los mayores aumentos del microscopio! Y previendo de sobra que su teoría estaba destinada á caducar, no la aceptaba sino como una explicación transitoria, que satisfacía al estado actual del problema en esta perpetua investigación sobre la vida, cuyo origen, cuyo manantial primero parece que ha de susfrarse eternamente á nuestras miradas.

¡Ah! ¡Qué asunto de meditaciones sin fin para él esa herencia! ¿No era totalmente inesperado y prodigioso que no fuese completa, matemática, la semejanza de los hijos con los padres? En lo referente á su familia, empezó por trazar un árbol lógicamente deducido, donde se distribuían mitad por mitad, generación por generación, la parte de influencia correspondiente al padre y la debida á la madre. Pero la realidad viva desmentía la teoría á cada paso. La herencia,

en vez de ser la semejanza, no era sino el esfuerzo hacia la semejanza, contrariado por las circunstancias y el medio. Y así llegó el doctor á lo que él llamaba la hipótesis del aborto de las células. La vida no es más que un movimiento, y siendo la herencia el movimiento comunicado, las células, al multiplicarse, se empujarán y estrujarán, desplegando cada una la energía hereditaria; de forma que si, durante esa lucha, sucumbiesen las más débiles, resultarían á la postre alteraciones considerables, órganos totalmente distintos.

El innatismo, la invención constante de la naturaleza á que él era refractario, ¿no dimanaba de ahí? ¿Sería él tan diferente de sus padres sólo por accidentes fortuitos, ó también á consecuencia de la herencia larvada en que había creído durante una época? Porque todo árbol genealógico tiene raíces que penetran en la humanidad hasta el primer hombre, y no se puede partir de un antepasado único; siempre cabe parecerse á un antepasado más remoto y desconocido. Dudaba del atavismo, no obstante; á pesar de un notable ejemplo de su propia familia, le parecía que al cabo de dos ó tres generaciones debía zozobrar la semejanza

al empuje de los accidentes, de las intervenciones, de las mil combinaciones posibles. Había, pues, una perpetua mudanza, una transformación constante, en ese esfuerzo comunicado, en ese poder transmitido, en ese impulso que infunde la vida á la materia y que es la vida toda. Y surgían múltiples cuestiones. ¿Existía un progreso físico é intelectual al través de las edades? ¿Se amplificaba el cerebro á favor del incremento de las ciencias? ¿Podía esperarse á la larga mayor suma de razón y de felicidad? Luego venían problemas especiales, y entre otros uno, cuyo misterio le desesperaba y sacaba de tino. ¿Cómo eso de salir niño ó niña en el acto de la concepción? ¿No se llegaría nunca á prever el sexo científicamente, ó, por lo menos, á explicarlo? Sobre ese punto había escrito una Memoria muy interesante, atestada de hechos, pero para venir á confesar, en resumen, la ignorancia absoluta en que se veía, después de las investigaciones más tenaces. Verdad es que si la herencia le apasionaba tanto, era por lo mismo que le parecía oscura, vasta é insondable, como todas las ciencias balbucientes de cuyo dominio se enseñoorea la imaginación. En suma, un largo estudio que había reali-

zado sobre la herencia de la tisis, acababa de despertar en él la fe vacilante del médico, inspirándole la noble y loca esperanza de regenerar á la humanidad.

En resolución, el doctor Pascual no tenía más que una creencia, la creencia en la vida. La vida era la única manifestación divina. La vida era Dios, el gran motor, el alma del universo. Y la vida no disponía de más instrumento que la herencia: la herencia formaba el mundo; de suerte que, á conocerla y dominarla, el hombre hubiese hecho el mundo á su albedrío. El, por su parte, que había visto de cerca la enfermedad, el sufrimiento y la muerte, se sentía dominado por una compasión militante de médico. ¡Ah! ¡Concluir con las enfermedades, no padecer, morir lo menos posible! Su sueño le inducía á creer que podría anticiparse la felicidad universal, la ciudad futura de perfección y bienandanza, interviniendo activamente para dar la salud á todos. Cuando todos fuesen sanos, fuertes é inteligentes, no habría ya más que un pueblo superior, infinitamente sensato y feliz. ¿No se hacía en la India de un sudra un bramán al cabo de siete generaciones, elevando así al último de los miserables al tipo humano más perfecto? Y

como su estudio sobre la tisis conducía á la conclusión de que no era hereditaria; como, en su sentir, lo que trafa al nacer todo hijo de tísico, era un terreno degenerado donde podía desarrollarse la tisis con facilidad asombrosa, no tenía ya más preocupación que fortalecer ese terreno empobrecido por la herencia, y prestarle energía con que resistir á los parásitos, ó, más bien, á los fermentos destructores que sospechaba debían existir en el organismo mucho antes de la teoría de los microbios. Dar fuerza: ahí estaba todo el intríngulis, y dar fuerza era también dar voluntad, ensanchar el cerebro consolidando los demás órganos.

Por entonces, leyendo un libro antiguo de medicina del siglo xv, le llamó mucho la atención un remedio denominado "rúbrica". Para tratar y curar un órgano enfermo, bastaba tomar de un carnero ó de una vaca el mismo órgano sano, cocerlo, y dar el caldo al paciente. La teoría se basaba en la reparación por virtud de lo semejante, y en las afecciones del hígado, sobre todo, eran innumerables las curaciones, al decir de la añeja obra. La viva imaginación del Doctor empezó á dar vueltas al caso. ¿Por qué no probar? Puesto que él quería regenerar á los

débiles por herencia, á quienes faltaba la sustancia nerviosa, no tenía más que darles sustancia nerviosa normal y sana. Pero como el método del caldo le pareció infantil, se le ocurrió moler en un mortero sesos de carnero remojados en agua destilada, y decantar y filtrar después el licor así obtenido. Experimentó en sus enfermos ese licor mezclado con vino de Málaga, sin conseguir ningún resultado positivo. Empezaba á desanimarse ya, cuando un día tuvo de repente una inspiración, al punto de estar haciendo una inyección de morfina con la jeringuilla de Pravaz á una señora atacada de cólicos hepáticos. ¿Si probase á practicar inyecciones hipodérmicas con su licor? Y en caliente, apenas volvió á su casa, ensayó sobre sí mismo, haciéndose una picadura en los lomos, que renovó por la mañana y por la tarde. Las primeras dosis, de un gramo nada más, no surtieron efecto.

Pero después de doblarlas y triplicarlas, un día se despertó lleno de alborozo al sentirse ágil de piernas como á los veinte años. Subiendo así la dosis hasta llegar á los cinco gramos, vió que respiraba con más desahogo, y sobre todo, que trabajaba con una lucidez, con un despejo olvidado ya hacía mu-

cho. Era un bienestar general que le inundaba de alegría. Mandó, pues, construir en París una jeringa capaz para cinco gramos, y se sorprendió de los resultados satisfactorios que alcanzaba, reanimando á sus enfermos en algunos días, como á impulsos de una nueva oleada de vida vibrante y potente. No hay que decir, por supuesto, que era un método bárbaro aún, en el cual andaba á tientas, recelando toda clase de peligros, y temiendo, sobre todo, determinar obliteraciones si el licor no era de una pureza perfecta. Sospechaba, además, que la energía de sus convalecientes se debía en parte á la fiebre que les ocasionaba. Pero él no era más que un obrero, y el método se perfeccionaría después. ¿No era ya una maravilla hacer andar á los atáxicos, reanimar á los tísicos, y hasta dar horas de lucidez á los locos? Y ante este hallazgo de la alquimia del siglo xx, concebía una esperanza inmensa, creía haber descubierto la panacea universal, el balsamo de vida que iba á combatir la debilidad humana, única causa real de todos los males—una fuente milagrosa de rejuvenecimiento, que repartiendo fuerzas, salud y voluntad, renovaría totalmente al hombre, creando una humanidad superior.

UNIVERSIDAD DE MONTERRÉZ
 BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE MEDICINA
 1625 MONTERRÉZ, NUEVO LEÓN

Aquella mañana, recluido en su habitación—una pieza que daba al Norte, algo sombría á consecuencia de la vecindad de los plátanos, y sin más ajuar que su cama de hierro, un escritorio de caoba y una mesa grande, en donde había un mortero y un microscopio—acababa de fabricar con infinito esmero una botella de su licor. Desde la vispera, después de majar sustancia nerviosa de carnero en agua destilada, estaba decantando y filtrando. Y, por último, había logrado obtener una botellita de líquido turbio, opalino, irisado de visos azules, que miró largo rato á la luz, como si tuviese en su poder la sangre regeneradora y salvadora del mundo.

Pero vinieron á sacarle de su abstracción unos golpecitos dados á la puerta y una voz apremiante.

—¡Señor, por Dios! Son las doce y cuarto. ¿No piensa V. almorzar?

Abajo, efectivamente, esperaba el almuerzo, en el espacioso y fresco comedor. Se había entreabierto una de las ventanas, dejando cerradas las demás. Era una pieza alegre, revestida de madera gris perla con filetes azules. La mesa, el aparador y las sillas debieron de completar en lo antiguo el mobiliario imperio que se veía en las habitacio-

nes; y sobre el fondo claro se destacaba intensamente el rojo de la caoba vieja. Una suspensión de cobre pulimentado, siempre reluciente, brillaba como un sol; y las cuatro paredes ostentaban cuatro grandes ramilletes, pintados al pastel, de alefies, claveles, jacintos y rosas.

El doctor Pascual entró radiante de alegría.

—¡Caramba! con el afán de acabar me he entretenido... ¡Aquí la tienes, flamante y purísima esta vez, dispuesta á hacer milagros!

Y enseñaba la botella, de que no había sabido desprenderse, en el ardor de su entusiasmo. Pero vió á Clotilde, tiesa y muda, con cara fosca. El sordo despecho de las horas de expectación acababa de devolverla toda su hostilidad, y ella, que ardía en deseos de arrojarle á su cuello por la mañana, ahora permanecía inmóvil, fría y metida en sí.

—¡Hola!—añadió sin perder su alegría.—
¿Todavía de monos? ¡Eso sí que está feo!...
¿De manera que no admiras tú este licor mágico que despierta á los difuntos?

Se había puesto á la mesa, y la joven, sentándose enfrente, tuvo que responder al fin:

—Bien sabes tú, maestro, que admiro todo lo tuyo... Pero lo que deseo es que te admi-

ren también los demás. Y esa muerte del pobre Boutin...

—¡Oh!—exclamó el doctor sin dejarla concluir. —¡Un epiléptico que ha sucumbido en un ataque congestivo! Mira: puesto que estás de mal humor, no hablemos más del caso: acabaría por disgustarme, y se me echaría á perder el día.

Había huevos pasados por agua, chuletas y natillas. Reinó un prolongado silencio, durante el cual Clotilde, á pesar de su rabietta, comía á dos carrillos, porque tenía buen diente, y no hacía melindres para disimularlo. Así es que el doctor acabó por decir, riendo:

—Lo que me tranquiliza es que tienes buen estómago... Vamos, Martina, dé V. pan á la señorita.

La criada los servía, según costumbre, mirándoles comer con su tranquila familiaridad. Muchas veces hasta hablaba con ellos.

—Señorito—dijo después de cortar pan:—el carnicero ha traído la cuenta: ¿se paga?

—¿Por qué me lo preguntas? ¿No pagas tú siempre sin consultarme?

Martina era, en efecto, quien manejaba la bolsa. Las cantidades depositadas en casa del señor Grandguillot, notario de Plassans,

producían una suma redonda de seis mil pesetas de renta. Cada trimestre se entregaban á la criada las mil quinientas pesetas que correspondían, y ella era quien disponía de ese dinero de la manera más beneficiosa para los intereses de la casa, comprándolo y pagándolo todo con la más estricta economía, porque era tacaña, y siempre le andaban con bromas sobre eso. Clotilde, muy poco gastadora, jamás había pensado en tener su bolsa particular. En cuanto al doctor, lo que necesitaba para sus experimentos y gastos menudos lo tomaba de las tres ó cuatro mil pesetas que ganaba anualmente, y que echaba en un cajón del escritorio; de modo que había allí un tesorito en oro y billetes del banco, cuya cifra exacta no conocía nunca.

—Sí, señor—contestó la criada:—claro que pago; pero cuando soy yo la que tomo las cosas; y esta vez la cuenta sube á tanto con todos esos sesos que le ha mandado á V. el carnicero...

El doctor la interrumpió bruscamente.

—¡Hombre, me gusta! ¿También tú vas á ponerte contra mí? ¡No, no! ¡Eso ya pasaría de la rayal... Ayer me disteis un gran digusto, y me irrité. Pero es preciso que esto aca

be; no quiero que la casa sea un infierno... ¡Dos mujeres contra mí, y las únicas que me quieren algo! ¡Antes tomo la puerta ahora mismo!

Hablaba riendo, sin enfadarse; pero el temblor de su voz denunciaba la inquietud de su alma. Y añadió con jovialidad bonachona:

—Si es que te asusta el balance de fin de mes, hijita, dile al carnicero que me mande mi cuenta aparte... Y no te asustes: no se te pide que toques á lo tuyo; tus monises pueden dormir en paz.

Era una alusión á los ahorrillos de Martina. En treinta años, á cuatrocientas pesetas de salario, había ganado doce mil pesetas, de las cuales no había tomado más que lo estrictamente indispensable, y la suma de sus economías, engrosada, casi triplicada por los intereses, se elevaba á la fecha á treinta mil pesetas, que no había querido colocar en casa del señor Grandguillot, por capricho, por manía de poner su dinero aparte. Estaba, por supuesto, en rentas sólidas.

—El dinero que duerme es dinero honrado—dijo gravemente.—Pero tiene V. razón: yo diré al carnicero que mande una cuenta separada, porque todos esos sesos son para la cocina del señorito, y no para la mía.

Esta explicación hizo sonreír á Clotilde, á quien solían divertir mucho las bromas sobre la tacañería de Martina; y el almuerzo acabó más alegremente. El doctor quiso ir á tomar el café debajo de los plátanos, diciendo que sentía necesidad de aire después de su encerrona de toda la mañana. Se sirvió, pues, el café en la mesa de piedra, cerca de la fuente. ¡Y qué bien se estaba allí, á la sombra, al fresquillo y al rumor canoro del agua, mientras, en torno, el pinar, la era, la finca toda, echaba chispas con el sol de la tarde!

Pascual había cargado muy satisfecho con su botellita de sustancia nerviosa, y la miraba plantificada encima de la mesa.

—¡De manera, señorita—dijo como sermoneándola en tono de broma—que V. no cree en mi clíxir de resurrección y cree en los milagros!

—Maestro—respondió Clotilde—lo que yo creo es que no lo sabemos todo.

El doctor hizo un gesto de impaciencia.

—Pues será preciso saberlo todo... ¿No ves tú, testarudita, que jamás se ha comprobado científicamente ninguna transgresión de las leyes inmutables que rigen el universo? Hasta el día no ha habido más inter-

vención eficaz que la de la inteligencia humana; yo te desafío á que me encuentres una voluntad real, una intención cualquiera, fuera de la vida... Y todo está ahí: no hay en el mundo otra voluntad que esa fuerza que impulsa á todas las cosas á la vida, á una vida cada vez más desenvuelta y superior.

Se había levantado, accionando animadamente; y tal fuego le inspiraba su fe, que Clotilde le miraba, sorprendida de verle tan joven con sus cabellos blancos.

—¿Quieres que te diga mi *Credo*, ya que me acusas de rechazar el tuyo?... Pues creo que el porvenir de la humanidad está en el progreso de la razón mediante la ciencia. Creo que la prosecución de la verdad mediante la ciencia es el ideal divino que el hombre debe proponerse. Creo que, fuera del tesoro de verdades lentamente adquirido, y que nunca habrá de perderse, todo es ilusión y vanidades. Creo que la suma de esas verdades, siempre aumentada, acabará por dar al hombre un poder incalculable y la serenidad, si no la felicidad... Sí: creo en el triunfo final de la vida.

Y sus ademanes, más amplios cada vez, daban la vuelta al dilatado horizonte como

para tomar por testigo á aquel campo inflamado donde hervían las savias de todas las existencias.

—¡Sí; el milagro continuo, hija, es la vida!... ¡Abre los ojos, y ve!

Clotilde sacudió la cabeza.

—Por más que los abro, no lo veo todo... Maestro, el terco eres tú, cuando te empeñas en no admitir que hay allá un algo desconocido en que no penetrarás nunca. ¡Oh! ya sé que sabes demasiado para ignorar eso. Lo que hay es que no quieres tenerlo en cuenta, que dejas á un lado lo desconocido, porque te estorbaría para tus investigaciones... Por más que me digas que prescindas del misterio, que partas de lo conocido á la conquista de lo desconocido, á mí me es imposible: el misterio me atrae y me preocupa en seguida.

El la escuchaba sonriendo, satisfecho de verla animarse, y acarició con la mano los rizos de sus cabellos rubios.

—Sí, sí, comprendido: tú eres como los demás; no puedes vivir sin ilusiones y mentiras... Pero anda, que de todos modos nos entenderemos. Tú ten salud, que es la mitad de la sabiduría y de la felicidad.

Después, cambiando de conversación:

—Vamos á ver: supongo que me acompañarás y ayudarás en mi gira de milagros... Hoy es jueves, día de visita. En cuanto ceda un poco el calor, saldremos juntos.

Se negó al principio, por no dar su brazo á torcer; pero acabó por consentir, viendo el sentimiento que le causaba, porque comúnmente era Clotilde la acompañante del doctor. Permanecieron á la sombra de los plátanos hasta que él subió á vestirse. Cuando volvió á bajar, con su levita correctamente ajustada y su sombrero de copa de ala ancha, habló de enganchar al Viejito—el caballo, que durante un cuarto de siglo le había llevado á sus visitas al través de las calles de Plassans y de los campos del contorno.—Pero el pobre animal empezaba á quedarse ciego, y en premio de sus servicios, por cariño y gratitud, no se le molestaba apenas. Aquella tarde estaba completamente adormilado, con los ojos mortecinos y las patas baldadas de reuma. Así, el doctor y la joven, que fueron á verle á la cuadra, le plantaron sendos besos á izquierda y derecha del hocico, diciéndole que descansase en una buena cama de paja, que le arregló Martina, y decidieron irse á pie.

Clotilde, sin cambiarse el vestido blanco

de lunares encarnados, no hizo más que ponerse un sombrero ancho de paja, adornado con un haz de lilas; y estaba hechicera, con sus hermosos ojos y su rostro de leche y rosa velados por la sombra de las amplias alas. Cuando salía así del brazo de Pascual—ella tan joven, delgada y airosa; él radiante, con la cara como iluminada por la blancura de la barba, y tan vigoroso aún que levantaba á Clotilde para cruzar los arroyos—la gente sonreía á su paso, y se volvía para seguirlos con la mirada: tan guapos y tan agradables eran. Aquel día, cuando dejaban el camino de las Fenouillères para entrar en Plassans, un grupo de mujeres interrumpió su conversación. Diríase que pasaba uno de esos antiguos reyes que se ven en los cuadros, uno de esos reyes poderosos y afables que no envejecen ya, con la mano posada sobre el hombro de una niña, hermosa como el sol, cuya lozana y sumisa juventud le sostiene.

Daban la vuelta por el paseo Sauvaire para tomar la calle de la Banne, cuando les detuvo un mocetón moreno, como de treinta años.

—¡Ah, maestro! se ha olvidado V. de mí. Todavía estoy aguardando sus notas de V. sobre la tisis.

Era el doctor Ramond, establecido en Plasans hacía dos años, y que iba adquiriendo muy buena clientela. Hombre de una testa soberbia, en todo el esplendor de una sonriente virilidad, era adorado de las mujeres, y tenía, por fortuna suya, mucho talento y mucho juicio.

—¡Hola, Ramond! ¡Buenas tardes!... Nada de eso, amigo mío; no le olvido á V. Es cosa de esta niña, á quien di ayer á copiar las notas y que no ha hecho nada aún.

Los dos jóvenes se habían estrechado la mano con muestras de cordial intimidad.

—Buenas tardes, Clotilde.

—Buenas tardes, Ramond.

Durante una fiebre mucosa, afortunadamente benigna, que había sufrido la joven el año anterior, el doctor Pascual llegó á atolondrarse hasta el punto de dudar de sí, y exigir que le ayudase y tranquilizase su joven colega. Así llegó á establecerse entre los tres verdadera familiaridad.

—Yo le prometo á V. que mañana por la mañana tendrá su nota — contestó Clotilde sonriendo.

Ramond les acompañó todavía algunos minutos hasta la esquina de la calle de la Banne, ya á la entrada del barrio viejo,

adonde iban. Y en su manera de inclinarse hacia la joven, sonriendo, se traslucía un discreto amor, que había ido creciendo lentamente, y esperaba con paciencia su hora para el más razonable de los desenlaces. Al propio tiempo escuchaba con deferencia al doctor Pascual, cuyos trabajos admiraba mucho.

—¡Vea V.! Hoy precisamente voy á casa de Guiraude, ya sabe: la mujer del curtidor que murió tísico hace cinco años. Le han quedado dos hijos: Sofía, una muchacha que va para diez y seis, y á quien, por dicha, conseguí que enviaran al campo con una de sus tías, que vive aquí cerca, cuatro años antes de la muerte del padre; y un hijo, Valentín, que acaba de cumplir los veintiuno, que la madre se empeñó en tener á su lado por una obcecación de cariño, á pesar de las terribles consecuencias que la predije. ¡Pues bien! Para que vea V. si tengo razón al sostener que la tisis no es hereditaria, y que los padres tísicos no hacen más que legar un terreno degenerado, en el que al menor contagio se desarrolla la afección, Valentín, que ha vivido en contacto diario con el padre, está hoy tísico, mientras Sofía, criada al aire libre, tiene una salud soberbia.

Hablaba con aire de triunfo, y añadió sonriendo:

—Esono obsta para que acaso pueda yo salvar á Valentín, porque desde que le pincho, renace á ojos vistas y empieza á tomar carnes... ¡Ah, Ramond! ¡Ya verá V., ya verá V. cómo viene á parar á mis pinchazos!

El joven médico les estrechó la mano á los dos.

—No digo que no. Ya sabe que yo estoy siempre con V.

Cuando quedaron solos, apretaron el paso y se internaron enseguida en la calle Canquoin, una de las más angostas y sombrías del barrio viejo. A pesar de aquel sol abrasador, reinaba allí una luz lívida y se sentía una frescura de cueva. En un piso bajo de esa calle vivía Guiraude con su hijo Valentín. Salió á abrir la madre, una mujer escuálida, consumida á consecuencia de una lenta descomposición de la sangre. Se pasaba de la mañana á la noche partiendo almendras, con la cabeza de un hueso de carnero, sobre una piedra, sujeta entre las rodillas. Era el único trabajo de que se sustentaban, porque el hijo había tenido que dejar toda clase de ocupaciones. Sonrió, no obstante, aquel día, al ver al doctor, porque Valentín acababa de

comer una chuleta con buen apetito—cosa que no había hecho durante meses.—El muchacho, un esqueleto, de pelo ralo, de barba clara, de pómulos salientes con chapetas sonrosadas sobre una tez de cera, se levantó también presuroso para demostrar que estaba mucho más valiente. La acogida dispensada á Pascual, como á Salvador, al Mesías anhelado, impresionó á Clotilde. Aquella pobre gente le estrechaba las manos; le hubiera besado los pies, y le miraba con ojos radiantes de gratitud. ¡Lo podía, pues, todo! ¡Era el Dios que resucitaba á los muertos! El, á su vez, prorrumpía en una risa animadora, á la vista de aquella cura que tan bien se anunciaba. Naturalmente, el enfermo no estaba fuera de peligro, y hasta quizá se reducía todo á los efectos de un latigazo, porque él no veía en el paciente más que una excitación febril. Pero ¿no era nada ganar días? Le pinchó de nuevo, mientras Clotilde, en pie, delante de la ventana, volvía la espalda; y al marchar, vió la joven que dejaba veinte francos sobre la mesa. Era cosa frecuente eso de pagar él á los enfermos, en vez de ser ellos los que le pagasen á él.

Hicieron otras tres visitas en el barrio viejo; después fueron á ver á una señora de la

ciudad nueva, y cuando estaban en la calle otra vez:

—¿Sabes una cosa? Si tú fueses una muchacha de ánimos, antes de ir á casa de Lafougasse nos llegaríamos hasta la Séguiranne, para ver á Sofía en casa de su tía. Tendría yo gusto en eso.

Apenas había más que tres kilómetros, y con un tiempo tan admirable sería un paseo delicioso. Aceptó ella alegremente, sin hacerse ya la interesante, y estrechó el brazo del doctor, muy satisfecha de ir así con él. Bran las cinco; el sol oblicuo inundaba el campo de oro. Pero una vez fuera de la ciudad, tuvieron que atravesar un trozo de la seca y desnuda llanura, á la derecha del Viorne.

El canal reciente, cuyas aguas debían transformar el país abrasado de sed, no regaba todavía aquel trozo; y las tierras rojas ó amarillentas, castigadas por un sol de justicia, se dilataban indefinidamente, sin más vegetación que almendros raquíuticos y olivos enanos, podados y desmochados continuamente, cuyas ramas se retorcián y alabeaban en actitudes de rebelión y sufrimiento. A lo lejos, en las peladas vertientes, no se veían más que las pálidas manchas de las

quintas, orladas por la negra cenefa del ciprés reglamentario. A pesar de todo, la inmensa extensión desnuda, con sus anchos pliegues de terrenos asolados, con sus agrias y duras coloraciones, ofrecía hermosas líneas clásicas, de una severa grandeza. En el camino había veinte centímetros de polvo, un polvo de nieve, que el menor soplo de aire arremolinaba en volantes humaredas, y que blanqueaba las higueras y zarzales de ambas orillas.

Clotilde, que se distraía como una niña oyendo crujir todo aquel polvo bajo sus piecitos, quería tapar á Pascual con su sombrilla.

—Te da el sol en los ojos. Ponte á la izquierda.

Pero el doctor acabó por quitarle la sombrilla para llevarla él.

—Es que no la llevas tú bien, y además te cansas... Pero ya llegamos.

En la abrasada llanura se divisaba un islote de follaje, un verdadero sotillo. Era la Séguiranne, la posesión en que había crecido Sofía, en casa de su tía Diéudonné, la mujer del aparcerero. Dondequiera que corría el menor manantial, el menor arroyo, brotaban en aquella tierra de fuego exuberantes ve-

getaciones, que formaban espesas y dilatadas umbrías, calles de árboles de una profundidad y una frescura deliciosas. Los plátanos, los castaños y los olmos crecían briosamente. Los paseantes se internaron por una calle de admirables encinas.

Cuando se acercaban á la granja, una moza que trabajaba en un prado soltó la horquilla y corrió á su encuentro. Era Sofía, que había reconocido al doctor y á la señorita, como llamaba á Clotilde. Les adoraba, y, al llegar, se quedó confusa, mirádoles, sin acertar á decir la multitud de cosas que henchían su corazón. Se parecía á su hermano Valentín: tenía, como él, poca estatura, pómulos salientes, pelo de color claro; pero criada en el campo, lejos del contagio del medio paterno, había echado carnes, se mantenía á plomo sobre sus robustas piernas, y lucía un semblante rollizo y una cabellera espesa. Tenía también unos ojos muy hermosos, donde brillaban la salud y la gratitud. Su tía Dieudonné, que extendía la hierba con ella, se adelantó igualmente, gritando de lejos en son de broma, con cierta rudeza provenzal:

—¡Ah, don Pascual, aquí no hace V. falta!
¡Aquí no hay nadie enfermo!

El doctor, que no había ido más que para contemplar aquel hermoso espectáculo de salud, respondió en el mismo tono:

—Ya lo supongo; pero á fe que hay aquí una chiquilla que nos debe una buena vela á V. y á mí.

—¡Y que es la pura verdad! Ya lo sabe ella, don Pascual, y todos los días está diciendo que si no fuese por V., se vería á estas horas como su pobre hermano Valentín.

—¡Bah! También le salvaremos. Va mejor. Vengo de verle ahora.

Sofía cogió las manos del doctor y se la llenaron de lágrimas los ojos. No pudo hacer más que balbucir:

—¡Oh, don Pascual!

¡Cómo le querían! Clotilde sentía crecer su cariño al doctor con todos aquellos afectos diseminados. Permanecieron allí un instante, departiendo á la sombra bienhechora de las encinas. Después volvieron hacia Plassans, donde tenían que hacer aún una visita.

Era en el ángulo de los dos caminos, en un lóbrego figón, blanqueado por el polvo. Enfrente acababa de instalarse un molino de vapor, aprovechando las antiguas construcciones del Paradou, una finca que databa del

siglo último. Y Lafouasse, el figonero, no dejaba de hacer su poquito de negocio, gracias á los obreros del molino y á los campesinos que llevaban su grano. Tenía también por parroquia los domingos los pocos habitantes de los Artauds, una aldehuela inmediata. Pero le soplaban malos vientos; hacía tres años que andaba á remolque, quejándose de reumatismos, en que el doctor acabó por reconocer un principio de ataxia; y el hombre se obstinaba en no tener criada, y seguía sirviendo á los parroquianos, agarrándose á los muebles, así que, cuando se rehizo después de una decena de pinchazos, pregonaba ya su curación por todas partes.

Estaba cabalmente á la puerta, tan alto y fortachón, con la cara encendida dentro de un nimbo flameante de pelo rojo.

—Le esperaba á V., don Pascual. ¡Ha de saber que ayer pude embotellar dos toneles de vino, y sin cansarme!

Clotilde se quedó fuera, en un banco de piedra, mientras Pascual entraba á hacer una inyección á Lafouasse. Se oían sus voces, y este último, muy flojote, á pesar de su musculatura, se quejaba del dolor del pinchazo; pero, en fin, bien podía sufrirse un poco por comprar la salud. Después se enfadó por

fiando para que el doctor tomase alguna cosa. La señorita no le haría el desaire de rechazar una copita de dulce. Sacó una mesa fuera, y no hubo más remedio que beber con él.

—¡A su salud de V., don Pascual, y á la salud de todos los pobretes que le deben á V. el pellejo!

Clotilde, muy risueña, pensaba en las murmuraciones de que le había hablado Martina, en aquel Boutín, cuya muerte se achacaba al doctor. ¿De modo que no mataba á sus enfermos? ¿De modo que su medicación hacía verdaderos milagros? Y recordaba la fe en su maestro al calor de aquella atmósfera de cariño que penetraba en su alma. Cuando se marcharon, había vuelto á pertenecerle por entero; podía cogerla, llevársela, disponer de ella á su antojo.

Pero algunos minutos antes, sentada en el banco de piedra, estuvo revolviendo en su mente una historia confusa, al tiempo que miraba al molino de vapor. ¿No era allí mismo, en aquellos edificios ennegrecidos por el hollín y blanqueados ahora por la harina, donde se había desarrollado tiempo atrás un drama de pasión? Y volvía á ofrecérsele la historia; volvía á recordar los de-

talles contados por Martina, las alusiones hechas por su mismo tío; toda una aventura amorosa y trágica de su primo, el presbítero Sergio Mouret, entonces cura de los Artauds, con una chiquilla adorable, una criatura salvaje y apasionada, que vivía en el Paradou.

Seguían de nuevo la carretera, y Clotilde se detuvo señalando con la mano aquella vasta y triste extensión de rastros y de eriales.

—Maestro, ¿no era ahí donde había un gran jardín? ¿No me has contado tú esa historia?

Pascual, que iba embargado por el gozo de aquel día feliz, se estremeció y sonrió con una dulzura infinitamente triste.

—Sí, sí, el Paradou, un parque inmenso: bosques, praderas, huertos, jardines y fuentes y arroyos que desaguaban en el Viorne... Un parque abandonado desde hace un siglo, el jardín de la "Bella durmiente del Bosque,, donde había vuelto á reinar soberanamente la naturaleza... Y ya lo ves; lo han talado, descuajado y nivelado para dividirlo en lotes y venderlo en pública subasta. Hasta los manantiales están secos; ya no queda allá más que ese pantano envenena-

do... ¡Ah! ¡Cuando paso por aquí, se me oprime el corazón!

Clotilde se atrevió á preguntar aún:

—¿No fué en el Paradou lo de los amores de mi primo Sergio y de tu grande amiga Albina?

Pero el doctor, olvidado de la joven, continuó, mirando á lo lejos, con la vista desvanecida en el pasado:

—¡Albina, Dios mío! La estoy viendo ahora en el jardín bañado de sol, como un ramo de fuerte aroma, con la cabeza echada hacia atrás, con el seno henchido de alegría, feliz con sus flores, flores silvestres entreteladas en sus rubios cabellos, y alrededor del cuello, del pecho y de los brazos desnudos, de aquellos brazos delgados y dorados... Y, después de asfixiada en medio de sus flores, la vuelvo á ver muerta, completamente blanca, con las manos juntas, durmiendo sonriente en su lecho de jacintos y varas de José... ¡Una muerta de amor! ¡Y cómo se habían amado Albina y Sergio en el tentador jardín, en el seno de la naturaleza cómplice! ¡Y qué oteada vital arrolladora de todas las falsas vallas, y qué triunfo de la vida!

Clotilde, alterada también con aquel ardiente murmullo de palabras, le miraba fija-

mente. Jamás se había atrevido á hablarle de otra historia que corría sobre el único y discreto amor que Pascual había sentido por una señora ya muerta. Contábase que la asistió sin atreverse siquiera á besarle la punta de los dedos. Hasta la presente, hasta cerca de los sesenta años, le habían desviado de las mujeres el estudio y su timidez. Pero á pesar de todo, y á pesar de su cabeza blanca, se veía que era un hombre destinado á la pasión, un hombre de corazón impetuoso y juvenil.

—Y la muerta, la mujer á quien se llora...

Se detuvo, con las mejillas encendidas, sin saber por qué, y añadió en voz trémula:

—¿No la amaba, pues, Sergio, que así la dejó morir?

Pascual pareció despertar, estremeciéndose al encontrarla cerca de sí, tan joven, con aquellos ojos tan hermosos, abrasadores y lípidos, cobijados en la sombra del ancha ala. Algo había pasado: acababa de cruzar por los dos un mismo soplo. Y ya no volvieron á cogerse del brazo al seguir juntos su camino.

—¡Ah, querida! ¡Qué hermosura, si los hombres no lo echasen todo á perder! Albina ha muerto, y Sergio es ahora cura de

San Eutropio, donde vive con su hermana Desideria, un alma bendita, que tiene la suerte de ser medio idiota. El es un santo varón; jamás he dicho lo contrario... Se puede ser un asesino y servir á Dios.

Y continuó diciendo crudezas sobre el mundo, sobre la negra y execrable humanidad, sin dejar de sonreír alegremente. El amaba la vida y ponía de relieve su esfuerzo incesante, valeroso y sereno, á pesar de todo lo malo y desanimador que pudiese contener. Por muy horrible que pareciese, la vida debía de ser grande y buena cuando á ella nos apegamos con voluntad tan tenaz, movidos, sin duda, por el objeto de esa voluntad misma y del gran trabajo ignorado que realiza. No hay que decir que, á fuer de sabio, á fuer de hombre de clara inteligencia, no se forjaba una humanidad de idilio en medio de un mundo de delicias; veía, al contrario, los males y los achaques; los ponía al descubierto, los escudriñaba y catalogaba hacia treinta años; pero su pasión por la vida, su admiración hacia las fuerzas de la vida, bastaban para inundarle de una alegría perpetua, de donde parecía fluir naturalmente su amor á los demás, un fraternal cariño, una simpatía que transpiraba al través de su

rudeza de anatómico y de la impersonalidad afectada de sus estudios.

—¡Bah!—concluyó volviéndose por última vez hacia los tristes y dilatados campos.—El Paradou no existe ya: lo han saqueado, ensuciado y destruido; pero ¡qué importa! Se plantarán viñas, crecerá trigo, brotará toda una explosión de cosechas nuevas, y volverán los amores en los días lejanos de vendimia y recolección... La vida es eterna: siempre está renovándose y creciendo.

Había vuelto á tomar el brazo de Clotilde, y así regresaron, unidos y en amor, durante el último crepúsculo que moría en el cielo, tornado lago tranquilo de violetas y de rosas. Y al verlos á los dos—al antiguo rey poderoso y afable, apoyado en el hombro de una niña sumisa y encantadora, cuya juventud le sostenía—las mujeres de los arrabales, sentadas á la puerta, les seguían con una sonrisa cariñosa.

Martina estaba de centinela en la Souleiade aguardándoles. Desde lejos hizo un ademán expresivo. Pero ¡qué! ¿no se comía aquél día? Y cuando se acercaron:

—¡Ah! Tendrán Vds. que esperarse un cuartito de hora. No me he atrevido á poner el carnero.

Se quedaron fuera, embelesados, viendo acabar el día. El pinarcillo, sumido en sombras, exhalaba un aroma balsámico de resina: y de la era, candente aún, donde moría un postrer reflejo rosa, subía un leve estremecimiento. Era como un desahogo, un suspiro de alivio, un descanso de toda la posesión, de los entecos almendros y los olivos retorcidos, conforme palidecía la inmensidad celeste pura y serena; y allá, detrás de la casa, la espesura de plátanos no era ya más que una masa de tinieblas, negra é impenetrable, donde se oía la fuente, el eterno canto cristalino.

—¡Mira!—dijo el doctor.—El señor Belombre ha comido ya y está tomando el fresco.

Señalaba á un banco de la finca vecina, donde se sentaba un viejo alto y delgado, de setenta años, de cara larga, surcada de arrugas, y ojos grandes é inmóviles, esmeradamente empaquetado en su levita y su corbata.

—He ahí un sabio—murmuró Clotilde.— Es feliz.

—¡Ese! ¡Lo dudo mucho!

No odiaba á nadie Pascual. La única persona que tenía el don de exasperarle era el

señor Bellombre, un antiguo profesor de séptima, jubilado ya, que vivía en su casita sin otra compañía que la de un jardinero, mudo y sordo, de más edad que él.

—Un valiente que ha tenido miedo de la vida. ¿Oyes? ¡Miedo de la vida!... ¡Sí! ¡Egoísta, duro y avaro! Si desterró a la mujer de su existencia, no fué más que por el terror de tener que comprarla botas. Y no ha conocido más que hijos ajenos que le han hecho sufrir: de ahí su odio a la infancia, esa carne de castigo... ¡El miedo a la vida, el miedo a las cargas y a los deberes, a los sinsabores y a las catástrofes! ¡El miedo a la vida, que hace que, por espanto de sus penas, nos privemos de sus goces! ¡Ah! ¡Esa cobardía me subleva! ¡Vamos, no puedo perdonarla!... ¡Es preciso vivir, y vivir por entero, apurar toda la vida! ¡Antes el sufrimiento, el sufrimiento solo, que esa abdicación, esa muerte de lo vivo y humano que encierra uno en sí!

El señor Bellombre se había levantado y paseaba sosegadamente por una de las calles del jardín. Clotilde, que seguía mirándolo en silencio, dijo finalmente:

—Hay, sin embargo, alegría en renunciar. Renunciar al mundo, no vivir, reservarse

para el misterio, ¿qué otra fué la gran felicidad de los santos?

—Si no vivieron—gritó Pascual—no pueden ser santos.

Pero vió que Clotilde se sublevaba, que iba á perderla otra vez. La preocupación del más allá entraña, en el fondo, miedo y odio á la vida. Recobró, pues, bruscamente su sonrisa afable, tan cariñosa y conciliadora.

—¡No, no! Basta por hoy: no disputemos más; querámonos mucho... ¡Y oye! Nos llama Martina. Vamos á comer.

III

Durante un mes, el malestar aumentó, y Clotilde sufría al ver que Pascual cerraba los cajones con llave y ya no demostraba hacia ella la serena confianza de antes, lo cual hería á la joven de tal modo, que si entonces hubiese encontrado abierto el armario, arrojaría al fuego todos los legajos, como su abuela Felicidad la inducía á que hiciese. Y los enfados se sucedían, siendo frecuente que pasasen dos días enteros sin hablarse.

Cierta mañana, á consecuencia de uno de estos disgustos iniciado por la noche, Martina dijo al servir el desayuno:

—Hace un momento, al pasar por la plaza de la sub-prefectura, he visto entrar en la casa de la señora Felicidad á un extranjero, á quien me pareció reconocer... Si; no me sorprendería que fuera su hermano, señora.

De pronto, Pascual y Clotilde se hablaron.

—¡Tu hermano! ¿Le esperaba acaso tu abuela?

—No creo... Le esperé durante seis meses, y sé que le ha escrito nuevamente hace ocho días.

Ambos interrogaron á Martina:

—No puedo asegurarlo; porque desde que vi al señorito Máximo hace cuatro años, cuando se detuvo dos horas en nuestra casa al ir á Italia, pudo haber cambiado mucho... Sin embargo, me pareció reconocerle por la espalda.

La conversación continuó, y Clotilde parecía feliz con este incidente. Rompió al fin aquel silencio tan pesado Pascual, que dijo:

—¡Bueno! Si es él, ya vendrá á visitarnos.

Era Máximo, en efecto, que al fin había cedido, después de rehusar durante seis meses los insistentes llamamientos de la anciana señora de Rougon, la cual, por este lado, todavía tenía una llaga viva que cerrar. La historia era antigua, y se agravaba de día en día.

Hacia quince años, cuando Máximo contaba diez y siete, había tenido un niño con una criada seducida... aventura estúpida de un

mozuelo precoz, de la cual habían acabado por reirse, lo mismo Saccard, su padre, que su madrastra Renata, aunque esta última se manifestó indignada por la mala elección. La sirvienta, Justina Megot, nacida en un pueblecillo de los alrededores, era una niña rubia, dulce, dócil, de diez y siete años también; fué enviada á Plassans, y se le concedió una pensión de mil doscientas pesetas para educar al niño, que se llamaba Carlos. Tres años más tarde, Justina casó con un guarnicionero del arrabal, Anselmo Tomás, buen obrero y muchacho muy aprovechado, á quien tentó la renta; además, Justina observaba conducta intachable; estaba gruesa, y parecía hallarse curada de una tos que había inspirado temores de proceder de un vicio hereditario, originado por una ascendencia de alcohólicos. Y ya tenía dos hijos nacidos dentro del matrimonio, un niño de diez años y una niña de siete, rollizos, sonrosados, y que disfrutaban una salud admirable, de manera, que ella hubiese sido la más feliz de las mujeres, á no ser por los disgustos domésticos que Carlos la daba.

Tomás, á pesar de la renta, odiaba á aquel hijo de otro hombre, y le pegaba, por lo cual la madre sufría secretamente, como esposa

callada y sumisa. Por eso, aunque adoraba á su hijo, de buena gana le hubiese entregado á la familia del padre.

Carlos contaba quince años de edad, aunque aparentaba doce, y tenía la inteligencia incipiente de un niño de cinco años.

Extrordinariamente parecido á su tatarabuela Titi Dida, la loca de las Tulettes, tenía una gracia delicada y fina, semejante á uno de esos reyezuelos anémicos, coronados con cabellos pálidos, suaves como la seda, en quienes se extingue una raza. Sus grandes ojos claros parecían vacíos, y su hermosura alarmante tenía una sombra de muerte. En punto á cerebro y corazón no era superior á un perro mimoso, que se acaricia á sí mismo frotándose contra las piernas del amo. Su bisabuela Felicidad, enamorada de esta belleza, en la que se figuraba ver su misma sangre, le había puesto en un colegio, tomándole á su cargo, colegio del cual fue expulsado al cabo de seis meses por ser acusado de ciertos vicios bochornosos. Le hizo ingresar en tres colegios, y siempre ocurrieron los mismos vergonzosos hechos. Además, como Carlos ni quería ni podía aprender nada, lo contaminaba todo; hubo necesidad de vigilarle, siendo preciso poner-

le sucesivamente bajo la tutela de distintos miembros de la familia. El doctor Pascual, enternecido, pensando en su curación, no renunció á corregirle hasta después de tenerle un año á su lado—aunque receloso del contacto por causa de Clotilde;—y en la actualidad, cuando Carlos no estaba en casa de su madre, en la cual apenas vivía, se le encontraba en casa de Felicidad ó en la de algún otro pariente, vestido con esmero y elegancia, colmado de juguetes como delfín afeminado de antigua raza degenerada.

En tanto, la vieja señora de Rougon padecía pensando en aquel bastardo de regia cabellera rubia; su objeto era sustraerle á las murmuraciones de Plassans, aconsejando á Máximo que le recogiese y le llevase á París. Era Carlos una mancha más en aquella familia dispersa. Durante mucho tiempo Máximo se hizo el sordo, con el terror continuo que le atormentaba de echar á perder su vida. Terminada la guerra, y hallándose rico después del fallecimiento de su esposa, se dedicó con gran sabiduría á comerse su fortuna en el palacete de la avenida del Bosque de Bolonia, atormentado por la enfermedad hereditaria que debía matarle en su juventud. Por obra de su precoz depravación ha-

bía adquirido el saludable temor á los placeres, y se hallaba resuelto á huir de las emociones y de las responsabilidades, á fin de durar lo más posible. Agudos dolores en las piernas, que él creía reuma, le mortificaban desde hacia tiempo, y recelaba verse inmóvil, clavado en un sillón. El regreso repentino de su padre á París y la desusada actividad de Saccard acabaron de asustarle. El conocía perfectamente á aquel derrochador de millones, y temblaba al verle á su lado, con su cara bonachona y su amistosa socarronería. ¿No podría suceder que su padre concluyese por devorarle si alguna vez quedaba á merced de él, ligado por aquellos dolores que le invadían los miembros?

Se apoderó de Máximo tal horror á la soledad, que acabó por ceder á la idea de ver á su hijo. Si el niño era dulce, inteligente y robusto, ¿por qué no llevarse? Sería para él un amigo, un heredero que le protegería contra las intenciones de su padre. El egoísmo le hizo poco á poco verse amado, mimado, defendido, y, sin embargo, no se hubiera atrevido jamás á emprender tal viaje, si su médico no le hubiese enviado á tomar las aguas de Saint-Gervais. Desde este punto no tenía que recorrer más que algunas le-

guas, y había aparecido aquella mañana, de improviso, en casa de la anciana señora de Rougon, resuelto, por supuesto, á tomar el tren la misma tarde, después de haber visto y hablado al niño.

Hacia las dos de la tarde, Pascual y Clotilde estaban al lado de la fuente, bajo los plátanos, después de tomar el café, cuando Felicidad llegó con Máximo.

— ¡Queridísima!... ¡Qué sorpresa! Te traigo á tu hermano.

La joven se levantó sorprendida por la presencia de aquel hombre extraño, flaco, amarillo, á quien apenas reconoció. Desde su separación en 1854, no le había visto sino dos veces, una en París y otra en Plassans. A pesar de esto, conservaba de él una imagen limpia, viva y elegante. Le encontró el rostro arrugado, iniciada la calvicie, la cabellera sembrada de hilos blancos. Por fin, ella acabó por figurársele con su linda cabellera bonita y fina, de una gracia inquietante de chiquilla, de *precoz decrepitud*.

— ¡Qué buena estás!—dijo con sencillez abrazando á su hermana.

— Sí, es necesario para la salud vivir al sol... ¡Qué feliz soy con verte!

Pascual, con su golpe de vista de médico,

había penetrado y comprendido á su sobrino. Le dió un abrazo.

— Buenos días, muchacho... Tiene razón ésta: para vivir robusto, es necesario estar al sol como los árboles.

Felicidad se fué rápidamente á la casa, y volvió gritando:

— ¡No está aquí Carlos?...

— No—dijo Clotilde.— Ayer estuvo, pero se lo ha llevado consigo el tío Macquart; pasará algunos días en Tulettes.

Felicidad se desesperó. Había venido con la seguridad de encontrar al niño en casa de Pascual... ¿Qué hacer?... El doctor, con su apacibilidad de costumbre, propuso escribir al tío para que trajese á Carlos al día siguiente. Luego, cuando supo que Máximo no pernoctaría allí y que estaba decidido á marcharse en el tren de las nueve, se le ocurrió otra idea: alquilar un landó é irse los cuatro á ver á Carlos en casa del tío Macquart. Sería un paseo delicioso. No había más que tres leguas desde Plassans á Tulettes: una hora para ir, otra para venir, y aún podían detenerse allá un par de horas si quería estar de vuelta á las siete. Martina pondría en seguida la mesa y Máximo tendría tiempo para comer y tomar el tren.

Pero Felicidad se mostraba visiblemente inquieta por esta visita á Macquart.

—¡Ah! No; lo que es si os figuráis que voy á ir tan lejos con este tiempo tormentoso... Es mucho más sencillo enviar á alguien para que se traiga á Carlos.

Pascual movió la cabeza. No era fácil traer á Carlos así, de buenas á primeras; era un niño extravagante, que á veces echaba á correr por el menor capricho, como un animal indómito. La vieja señora de Rougon, combatida y acorralada, furiosa por no tener nada que oponer, hubo de ceder al fin, en la necesidad que se le imponía de entregarse al azar.

—Corriente, sea lo queráis... ¡Dios mío, cuando las cosas se arreglan mal!

Martina corrió á buscar el landó, y aún no eran las tres cuando el coche rodaba por la carretera de Niza, bajando la cuesta que termina en el puente sobre el Viorne. El camino doblaba á la izquierda, y en un trayecto de cerca de dos kilómetros se extendía al borde frondoso del río. Luego se deslizaba por las gargantas de la Seille, un desfiladero estrecho, entre dos muros gigantes de rocas quemadas y doradas por un sol ardiente. Los pinos habían retoñado en las

grietas; grupos de árboles que desde abajo parecían semejantes á haces de hierba, ornaban las crestas inclinándose sobre el abismo. Aquello era un caos, un paisaje quemado por el rayo, de color de infierno, con sus revueltas tortuosas, sus desprendimientos de tierra rojiza que se deslizaba en cada rendija, su soledad desoladora sólo turbada por el vuelo de las águilas.

Felicidad, con el cerebro excitado, sumida en sus reflexiones, no desplegó los labios. El día era, en efecto, caliginoso, el sol ardía detrás de un velo de grandes nubarrones lívidos. Pascual, apasionado por aquella naturaleza ardiente, era el único que hablaba, esforzándose por comunicar á su sobrino el entusiasmo que él sentía; pero en vano lanzaba exclamaciones mostrándole la terquedad de los olivos, de las higueras, de los espinos, que trataban de chupar en las rocas la savia de las rocas mismas, esqueleto colosal de la tierra, del cual parecía sentirse el hálito quemador.

Máximo permanecía frío, presa de una sorda angustia, ante aquellas rocas de una majestad salvaje, cuya masa anonadaba. Prefería mirar á su hermana, sentada frente á él. Poco á poco iba sintiendo el encanto de

verla tan sana, tan dichosa, con su linda cabeza redonda, de frente recta, tan bien equilibrada. De vez en cuando, se encontraban sus miradas, y ella le sonreía dulcemente, confortándole.

El paisaje abrupto de la garganta fué suavizándose, los dos muros de rocas disminuyendo, y se empezó á rodar por entre dos ribazos de inclinación ligera, sembrados de tomillo y espliego. Estaban aún en el desierto, con espacios áridos, verduzcos ó violáceos, donde la más leda brisa arrasaba un áspero perfume. Luego, de pronto, después de un rodeo, descendieron al valle de Tulettes, refrescado por los manantiales. En el fondo se extendían las praderas sembradas de grandes árboles. El pueblo estaba á la mitad de la cuesta, entre olivares; la casa de Macquart, algo apartada, se hallaba hacia la izquierda, al Mediodía. Fué preciso que el landó tomase el camino del Asilo de alienados, del cual se distinguían, enfrente, las blancas paredes.

El silencio de Felicidad se hizo más sombrío: no la gustaba presentarse ante el tío Macquart. ¡Qué desahogada quedaría la familia el día en que el tío desapareciese! ¡Por el bienestar de todos, hacía mucho tiempo

qué debería reposar bajo tierra! Pero él se resistía, soportaba sus ochenta y cuatro años de viejo borracho, saturado de bebida, á quien el alcohol parecía conservar. En Plassans había dejado terribles recuerdos de holgazán y de bandido, y los viejos murmuraban la execrable historia de las muertes que mediaban entre él y los Rougon: una traición en los días turbulentos de Diciembre de 1851, una emboscada, en la cual había dejado á muchos camaradas en medio de la calle, con el vientre abierto. Más tarde, cuando volvió á Francia, prefirió, á un empleo que le habían prometido, la pequeña posesión de Tulettes, que Felicidad le había comprado. Desde entonces vivía allí apoltronado, sin más afán que aumentar la finca, acechando las buenas ocasiones, logrando que se le adjudicase un campo codiciado durante mucho tiempo, prestando servicios á su cuñada, cuando ésta, en tiempo de los legitimistas, volvió á Plassans; otra historia espantosa que corría de boca en boca: un loco, intencionadamente soltado del Asilo, que corrió, por la noche, en busca de venganza é incendió su casa, en la cual se quemaron cuatro personas. Pero, felizmente, estas eran cosas de antaño, y Macquart, mo-

dificado ya, no era el bandido que hacía temblar á toda la familia. Era bien educado, diplomático, sagaz, y sólo conservaba su risa socarrona, que parecía burlarse del mundo.

—El tío está en casa—dijo Pascual cuando se vieron cerca.

La casa era una de esas construcciones provenzales de un solo piso, de tejas descoloridas y con las cuatro paredes enjalbegadas de amarillo. Delante de la fachada se extendía una angosta terraza, donde algunas viejas moreras, colocadas á modo de parras, daban sombra, alargando y retorciendo sus gruesas ramas. Este era el sitio donde el tío salía á fumar en verano. En cuanto oyó el ruido del coche, salió al límite de la terraza, enderezando su cuerpo elevado, correctamente vestido con un traje de paño azul y cubierta la cabeza con la eterna gorra de pieles, que no se quitaba en todo el año.

Cuando reconoció á los visitantes, exclamó sonriendo:

—¡Vaya una visita agradable!... Sois muy amables... Refrescaremos...

Pero la presencia de Máximo le preocupaba. ¿Quién sería? ¿Por qué había venido? Cuando le dijeron quién era, rechazó las ex-

plicaciones que empezaron á darle para que se orientase en el complicado dédalo de parientes.

—Ya sé, ya sé; el padre de Carlos... El hijo de mi sobrino Saccard. ¡Cáspita! Aquel que hizo un buen casamiento y á quien se le murió su mujer...

Y examinaba á Máximo, con gesto alegre, por encontrarle lleno de arrugas, á los treinta años, y con los cabellos y la barba sembrados de canas.

—¡Ah, diantre!—añadió— todos hemos envejecido... Sin embargo, yo no debo quejarme, porque me siento fuerte...

Y Macquart triunfaba, erguido, con el rostro moffetudo y encendido como un ascua. Hacía ya tiempo que el aguardiente ordinario le parecía agua: sólo la *bala rasa* le cosquilleaba en la garganta endurecida; y tanto abusaba de este licor, que resultaba empapado de él como una esponja. El alcohol parecía rezumar de su piel. Cuando hablaba, al menor soplo, su boca exhalaba vapores alcohólicos.

—No hay duda que está V. robusto, tío—dijo Pascual admirado—y como no ha hecho V. nada para conseguirlo, tiene V. razón en reirse de nosotros... Sólo temo una cosa, y

es que el día menos pensado, en vez de encender la pipa, se inflame V. como un ponche.

Macquart se sintió lisonjeado, y rió fuertemente.

—¡Gracioso, muy gracioso, muchacho!... Un vaso de cognac vale más que todas tus sucias drogas... Vais á beber todos, ¿eh? La verdad es que vuestro tío os honra. Yo no hago caso de las malas lenguas. Tengo trigo, olivos, almendros, viñas y tierra, como cualquier burgués. En verano fumo mi pipa á la sombra de las moreras; en invierno la fumo al sol, arrimado á la pared. ¿Que os parece? Un tío como yo no avergüenza á nadie... Clotilde, tengo jarabe... si quieres probarlo... Y tú, mi querida Felicidad, ya sé que prefieres el anisete. Hay de todo... ¡Os digo que nada falta en mi casita!

Sus ademanes parecían ensancharse como para abarcar todo su bienestar de viejo calavera convertido en ermitaño; mientras Felicidad, asustada por la enumeración de sus riquezas, no le quitaba ojo, dispuesta á interrumpirle.

—Gracias, Macquart; no tomamos nada; tenemos prisa... ¿Dónde está Carlos?

—¿Carlos? ¡Bueno, bueno! ¡Ya llega! El

padre viene, sin duda, á ver al hijo... Pero eso no os impedirá echar un trago.

Al ver la decidida negativa de los otros se sintió herido, y dijo con sarcasmo:

—Carlos no está aquí... Está en el Asilo, con la vieja...

Luego, llevándose á Máximo á un extremo de la terraza, le enseñó los blancos edificios cuyos jardines interiores semejabán patios de cárceles.

—¿Ves esos tres árboles, sobrino?... Encima de aquel de la izquierda hay una fuente, en uno de los patios. Sigue con la vista el piso bajo: la quinta ventana, á la derecha, corresponde á la habitación de Titi Dida... Allí está el niño. Le he llevado yo hace poco.

Era pura tolerancia de la administración. Desde hacía veintidós años que la anciana estaba en el Asilo, no había producido la menor molestia á la enfermera. Tranquila, reposada, inmóvil en su sillón, pasaba los días mirando á lo que tenía delante; y como el niño la alegraba y ella parecía interesarse por él, se hizo la vista gorda en punto á infracción de reglamentos: se le permitía estar allí, á veces durante dos ó tres horas, entretenido en recortar estampas.

El mal humor de Felicidad aumentó con este contratiempo. Cuando Macquart propuso que los cinco fuesen á buscar el niño, se irritó.

—¡Qué ideal Vaya V. solo y vuelva pronto. No tenemos tiempo que perder.

El temblor colérico que se apoderó de ella pareció divertir al tío, que, conociendo su disgusto, insistió riendo.

—¡Diantre! Hijos míos, veremos todos juntos á nuestra abuela. No hay más que hablar. Todos descendemos de ella, y sería una falta de delicadeza no ir á darla los buenos días, sobre todo estando aquí mi sobrino, que viene de lejos y que nunca la ha visto... Yo no la reniego ¡voto á...! Está chocha, eso sí, pero no se encuentran fácilmente ancianas que pasen de los ciento, y vale la pena de ser amable con ella.

Hubo un instante de silencio. Todos sintieron un ligero estremecimiento helado. Clotilde, callada hasta entonces, fué la primera que dijo con voz temblorosa:

—Dice bien el tío; iremos todos.

Felicidad tuvo que ceder. Subieron al landó, y Macquart se sentó al lado del cochero. Cierta malestar había hecho palidecer el semblante fatigado de Máximo, y durante el

camino, que era corto, hizo á Pascual preguntas acerca de Carlos, con tono de interés paternal que ocultaba una inquietud creciente. El doctor, cohibido por las miradas imperiosas de su madre, dulcificó la verdad. ¡Dios mío! El niño no gozaba de buena salud, y por esto se le dejaba buenamente pasar algunas semanas en el campo, en casa de su tío. Sin embargo, no padecía ninguna enfermedad conocida. Pascual se calló por un momento, rumiando el sueño de infundir en el niño el cerebro y los músculos que le faltaban, mediante inyecciones de sustancia nerviosa; pero se había detenido ante el peligro de una complicación, puesto que la más leve picadura producía en Carlos hemorragias que era forzoso cortar por medio de vendajes compresivos. Había en él una relajación de los tejidos ocasionada por la degeneración: un rocío sanguíneo brotaba de la piel, y, especialmente, le sangraban las narices con tal abundancia, que no se atrevían á dejarle solo por temor á que se le escapase toda la sangre de las venas. El doctor terminó diciendo que si la inteligencia era en él tardía, esperaba que se desenvolviere en un medio de mayor actividad cerebral.

Llegaron delante del Asilo. Macquart, que escuchaba, se bajó del pescante diciendo:

—Es un chiquillo muy modoso, muy modoso. Y además ¡es tan guapo!; ¡un ángel!

Máximo, pálido aún y tiritando á pesar del calor sofocante, no quiso preguntar más. Miraba el amplio edificio del Asilo, los diferentes departamentos, separados por jardines: uno para las mujeres, otro para hombres, aquél para los locos tranquilos, éste para los furiosos. En todo el edificio reinaba la mayor limpieza y una soledad triste, en la cual se oían el ruido de los pasos y el chirrido de las llaves. El viejo Macquart conocía á todos los guardas. Las puertas se abrieron ante el doctor Pascual, que estaba autorizado para cuidar á varios enfermos. Siguieron primero una galería y luego torcieron hacia un patio: allí estaba la habitación del primer piso, empapelada de color claro y sencillamente amueblada con un lecho, un armario, una mesa, un sillón y dos sillas. La guardesa, que no debía abandonar á su enferma, acababa de ausentarse. No había allí nadie más que, en un extremo de la mesa, la loca, rígida, en un sillón, y en el otro, el niño, en una silla, absorto [en recortar figuras de papel.

—Entrad, entrad—dijo Macquart.—No hay peligro; está tranquila.

La anciana Adelaida Fouque, á quien sus nietos y toda la familia conocían por el nombre cariñoso de Titi-Dida, ni siquiera volvió la cabeza al oír ruido. Desde su juventud, los desarreglos nerviosos la habían desequilibrado. Ardiente, apasionada, presa de grandes crisis, había llegado á los ochenta y tres años, en cuya edad un dolor terrible, un grave disgusto, la había vuelto loca. Desde entonces, hacia veintitrés años, sufría una paralización de sus facultades mentales, una debilidad profunda, que hacía imposible toda curación. En la actualidad, á los ciento cuatro años, vivía en el asilo como una cosa olvidada, una loca tranquila, con el cerebro petrificado, en el cual la locura podía estacionarse muchos años, sin que sobreviniese la muerte. La senectud le había atrofiado los músculos. Como si el tiempo se hubiese tragado sus carnes, la piel se hallaba pegada al hueso, y era necesario trasladarla desde el lecho al sillón. Y este esqueleto amarillo, disecado, como árbol secular que no conserva sino la corteza, permanecía erguido en el sillón, no mostrando más que los ojos relucientes en su

rostro largo y flaco. Miraba fijamente á Carlos.

Clotilde, algo temblorosa, se aproximó á ella.

—Titi Dida, somos nosotras que venimos á verla... ¿No me conoce V.? Soy su nieta, que acostumbra venir á darla un abrazo.

La demente parecía no oír. Sus miradas se fijaban en el niño, el cual acababa de cortar con las tijeras un rey encarnado con capa de oro.

—Vamos, mamá—dijo Macquart—no te hagas la tonata. Bien puedes mirarnos. Aquí está un caballero, un nieto tuyo, que acaba de llegar de París en el expreso.

Al oír esta voz, Titi Dida volvió la cabeza. Paseó lentamente sus ojos vacíos y claros sobre todos: después los paró en Carlos, y volvió á caer en su contemplación. Nadie hablaba.

—Después del terrible choque que recibió—dijo al fin Pascual en voz baja—toda inteligencia y todo recuerdo parecen extinguidos en ella. Casi nunca habla; sólo, á veces, tartamudea palabras incoherentes. Ríe y llora sin motivo. Es como una masa inerte á la cual nada afecta... Sin embargo, no me atrevo á decir que la imbecilidad sea completa y que

los recuerdos no estén amontonados allá, en el fondo... ¡Pobre vieja! ¡Cuánto la compadezco, si todavía la queda algo de luz intelectual! ¿En qué pensará desde hace veintinueve años, si se acuerda de algo?

Con un ademán, apartó de sí el tremendo recuerdo del pasado. Se le figuraba verla joven, alta, pálida, delgada, de mirada extraviada; luego, viuda de Rougon, el toscó jardinero, á quien había querido por esposo, y después, antes de terminar el período del luto, lanzarse en brazos del contrabandista Macquart, á quien amaba con amor de loba, y con el cual no llegó á casarse. Así había vivido quince años, con un hijo legítimo y dos bastardos, en medio del desorden y del capricho, desapareciendo durante semanas enteras y volviendo desfallecida, con los brazos negros. Macquart murió luego como un perro, de un tiro de un gendarme; y este primer golpe la dejó aturdida. Desde entonces, su rostro demacrado sólo conservaba vida en sus ojos, que eran manantiales de lágrimas; se retiró del mundo á la soledad de la casucha que le había dejado su amante, llevando durante cuarenta años la existencia de una monja, víctima de espantosas crisis nerviosas. Mas otro segundo disgusto

debía acabarla, sumiéndola en la demencia: Pascual se acordaba de la escena terrible á que él había asistido: á un pobre niño, á quien la abuela tenía en casa, su nieto Silverio, víctima de los odios y de las luchas sangrientas de la familia, le destrozó la cabeza de un pistoletazo un gendarme en la represión del movimiento insurreccional de 1851. Siempre la sangre la salpicaba.

En tanto, Felicidad se aproximó á Carlos tan absorto con sus figuras de papel que ni el mundo entero le distraería.

—Queridito, este caballero es tu padre. Abrazale.

Y desde aquel momento, todos se fijaron en Carlos.

Iba el niño muy bien vestido, con chaqueta y pantalón de terciopelo ribeteado de galón de oro. Con su palidez de azucena, sus ojos claros y la brillantez de sus cabellos rubios, parecía el hijo de uno de aquellos reyes cuyas figuras recortaba. Pero lo que más chocaba entonces, era su parecido con Titi Dida, esa semejanza que había saltado tres generaciones y que se transmitía desde aquella cara centenaria, disecada, de líneas ajadas, á la faz delicada del niño, que parecía también borrosa, muy vieja y consumida

por el desgaste de la raza. Enfrente el uno de la otra, el niño imbécil, de una hermosura cadavérica, parecía el fin de la ascendiente, de la olvidada.

Máximo inclinóse para besar en la frente al niño, sintiendo frío en el corazón, inquieto con aquella rara belleza de Carlos. Su malestar se había agravado en aquella sala de locura, donde se sentía un soplo de miseria humana que venía de lejos.

—¡Qué hermoso eres, pequeño!... ¿Me querrás un poquito?

Carlos le miró, y no comprendiendo nada volvió á cortar sus figuras de papel.

Quedaron todos de pronto sobrecogidos. Sin cambiar la expresión muda de su semblante, Titi Dida lloraba, derramando una oleada de lágrimas que rodaban de sus ojos vivos por sus mejillas muertas. No apartaba la vista del niño, y lloraba lentamente, sin cesar.

Pascual sufrió una emoción extraordinaria. Había cogido á Clotilde por un brazo y se lo apretaba con fuerza, sin que ella pudiese comprender el motivo. Aparecía ante su vista toda su ascendencia, la rama legítima y la bastarda, que había retoñado de aquel tronco lesionado y herido ya por la neurosis.

Ante él estaban las cinco generaciones: los Rougon y los Macquart; Adelaida Fouque, la raíz; después el viejo bandido, su tío; luego él mismo; luego Clotilde y Máximo, y, por último, Carlos. Felicidad ocupaba el puesto de su marido, muerto... No había solución de continuidad; la cadena se desarrollaba con toda su herencia lógica e implacable, y ante aquel siglo evocado en el fondo de la trágica celda, donde se sentía el soplo de la miseria venida de lejos, todos, a pesar del calor sofocante, sobrecogidos de inmenso horror, temblaban de frío.

—¿Qué ocurre, maestro?— preguntó en voz baja y temblorosa Clotilde.

—Nada, nada—murmuró el doctor.—Ya te lo diré después.

—Macquart, que era el único que veía, riñó á la vieja. ¡Vaya una ocurrencia, recibir con lágrimas en los ojos á las gentes que venían á visitarla! Eso no era de buena educación. Después se dirigió á Máximo y á Carlos.

—En fin, sobrino, ya ves á tu chiquillo. ¿No es cierto que es muy guapo y que te honra?

Felicidad se apresuró á intervenir, descontenta del giro que tomaban las cosas, sintiendo gran prisa por marcharse.

—Es, efectivamente, un hermoso niño, más precoz de lo que podía creerse. Mirad qué destreza tiene en las manos... Y ya verás cuando le desasnes en París, de mejor modo que hemos podido hacerlo en Plassans.

—Sin duda, sin duda—dijo Máximo...—No digo que no... Reflexionaré.

Permaneció un momento indeciso, y luego añadió:

—Ya comprenderéis que no vine más que con el objeto de verle. No puedo llevármelo ahora, porque he de pasar un mes en San Gervasio... Pero á mi vuelta á París... ya lo pensaré y os escribiré.

Y luego, sacando su reloj, dijo:

—¡Diablo! Las cinco y media... Por nada del mundo quisiera perder el tren de las nueve...

—Sí, sí, partamos—dijo Felicidad.—Nada tenemos ya que hacer aquí.

En vano Macquart trató de detenerles, refiriéndoles mil historias. Habló de los días en que Tití Dida balbuceaba, afirmando que una vez la había encontrado entonando una canción de su juventud. Por otra parte, no necesitando él del coche, llevaría á pie al niño, puesto que se lo dejaban.

—Abraza á tu padre, chiquillo, porque se

sabe cuándo se vé á una persona, pero no si se la volverá á ver.

Con igual movimiento, entre sorprendido é indiferente, Carlos levantó la cabeza, y Máximo, turbado, le dió el segundo beso en la frente.

—Se bueno y prudente, hijo mío... y quíreme algo.

—Vamos, vamos: no tenemos tiempo que perder—repitió Felicidad.

En aquel momento la enfermera entró en la celda. Era una mujer gruesa, vigorosa, dedicada al servicio de la loca. La acostaba en la cama, la levantaba, la daba de comer y la limpiaba como á un niño. Inmediatamente se puso á hablar con el doctor Pascual, que le hizo algunas preguntas. Uno de los sueños acariciados por el doctor era el de curar á los locos por su método, ó sea por medio de inyecciones. Ya que en ellos el cerebro es el que desfallece, ¿por qué las inyecciones de sustancia nerviosa no habian de robustecerlo, prestándole voluntad y reparando las lesiones del órgano?

En cierta acasión había él pensado ensayar su medicación en la anciana; después le asaltaron escrúpulos, cierto terror sagrado, sin contar con que la demencia, á tal edad,

era la ruina total, irreparable. Entonces se fijó en un sombrerero llamado Sarteur, que se encontraba desde hacia un año en el Asilo, adonde había pedido él mismo que le encerraran para evitar un crimen. Durante sus crisis le acometía tal deseo de matar, que se hubiese arrojado sobre quien tuviese más próximo.

Pequeño, muy moreno, con la frente hundida, la cara alargada como el pico de un pájaro, con nariz larga y barba corta, tenía la mejilla izquierda más abultada que la derecha. El doctor obtenía resultados milagrosos sobre este loco furioso, que durante un mes se vió libre de accesos. La enfermera, interrogada, contestó que Sarteur, tranquilo ya, iba cada vez mejor.

—¿Oyes, Clotilde?—dijo con alegría Pascual. No he tenido tiempo para verlo esta tarde, pero volveremos mañana, que es mi día de visita... ¡Ah, si yo me atreviera... si fuera joven todavía!...

Sus miradas se posaron sobre Titi Dida. Pero Clotilde, que se reía de su entusiasmo, dijo dulcemente:

—No, no, maestro; tú no puedes rehacer la vida... Vamos, ven. Nos hemos quedado solos.

Era verdad, porque los demás habían salido. Macquart, en el umbral de la puerta, miraba alejarse á Felicidad y á Máximo, con su sorna de hombre que parecía burlarse del mundo. Teti Dida, la reclusa, permanecía inmóvil, con su delgadez espantosa, los ojos fijos en Carlos, el niño de rostro pálido, demacrado, con aureola de cabellera de rey.

La vuelta fué embarazosa para todos. El landó se deslizaba pesadamente sobre la tierra, que exhalaba caliente vaho. El cielo estaba tempestuoso y el crepúsculo se desvaneció entre nubes oscuras y cobrizas. Los viajeros sólo cambiaron algunas palabras. Cuando entraron en las gargantas de la Seille, cesó la conversación, bajo la amenaza y la inquietud que inspiraban las rocas gigantes que parecían unirse.

¿Sería aquello el fin del mundo? ¿No se despeñarían en lo desconocido de algún abismo? Pasó un águila lanzando un grito agudo.

Reaparecieron los saúces, y cuando llegaron al trozo de camino que orillaba el río Viorne, Felicidad, sin transición, como si continuara un diálogo comenzado, dijo:

—No temas que se niegue la madre... Quiero mucho á Carlos, pero es una mujer lista que comprende perfectamente que el interés

del niño consiste en que te lo lleves... Es necesario decirle, además, que el chiquilo no puede ser dichoso en su casa, porque su padrastro, naturalmente, prefiera á su hijo y á su hija. En fin, es preciso que lo sepas.

Y continuó de este modo, queriendo sin duda interesar á Máximo y arrancarle una promesa formal. No cesó de hablar hasta Plassans.

Y luego, de pronto, cuando el landó traqueteaba ya en el empedrado del arrabal:

—Mira—dijo—ahí está la madre: esa rubia, gruesa, en aquella puerta.

Estaba, efectivamente, en la puerta de una guarnicionería, donde había colgados arneses y ronzales. Justina tomaba el fresco sentada en una silla y haciendo calceta, mientras el niño y la niña jugueteaban en el suelo, cerca de ella. Detrás de ellos, en la sombra de la tienda, se vislumbraba á Tomás, un hombre grueso, tostado, ocupado en recoser una silla.

Máximo levantó la cabeza sin emoción, por mera curiosidad, y se quedó sorprendido ante aquella mujer robusta de treinta años, de aspecto tan discreto y *tan burgués*, en quien nadie reconocería á la atolondrada mozueta con quien había él retozado, cuando

ambos, de la misma edad, apenas contaban diez y siete años.

Máximo sintió quizá tan sólo cierta angustia en el corazón al verse enfermo y ya viejo, mientras ella se mostraba más hermosa y serena en su robusted.

—Nunca la hubiera conocido—dijo.

Y el landó, sin detenerse, penetró en la calle de Roma. Desapareció Justina, la visión del pasado, tan diferente ahora, sumiéndose en las vaguedades del crepúsculo con Tomás, los niños y la tienda.

En la Soulejade, la mesa estaba servida. Martina había preparado una anguila del Viorne, un conejo salteado y una pierna de carnero. Eran las siete; había tiempo para comer con reposo.

—No te apures—repetía el doctor Pascual á su sobrino.—Nosotros te acompañaremos hasta la estación. Se llega en diez minutos... Como no llevas maleta, no necesitas más que tomar el billete y colarte en el tren.

Y luego, encontrando en el vestíbulo á Clotilde, que estaba colgando el sombrero y la sombrilla, la dijo á media voz:

—¿Sabes que tu hermano me preocupa?

—¿Por qué?

—Lo he observado bien, y no me gusta el

camino que lleva... Nunca me engaño en este punto... En fin, está amenazado por la ataxia.

Clotilde palideció intensamente, y repitió: —¡La ataxia!...

En su imaginación surgió la cruel imagen de un vecino suyo, joven aún, á quien ella, durante diez años, había visto en un cochecito arrastrado por un criado... ¿Era el peor de los males, la falta de movimiento, el hachazo que separa á un vivo de la vida?

—Sin embargo—murmuró Clotilde—él no se queja más que de reumatismo...

Pascual levantó los hombros, y poniéndose un dedo en los labios, pasó al comedor, donde estaban ya sentados Felicidad y Máximo.

La comida fué muy cordial. La repentina inquietud nacida en el corazón de Clotilde se cambió en ternura para con su hermano, sentado frente á ella.

Le atendió cariñosamente, obligándole á tomar los mejores trozos de la comida. Dos veces regañó á Martina por apartar los platos demasiado pronto. A Máximo, cada vez le seducía más esta hermana tan buena, tan sensata, tan amable, cuyo encanto le envolvió como una caricia. De tal modo le cautivó, que un proyecto, hasta entonces vago,

comenzó á determinarse en su cerebro. Puesto que su hijo Carlos le había aterrorizado con su belleza cadavérica, su porte regio de imbecilidad enfermiza, ¿por qué no llevarse consigo á su hermana Clotilde? La idea de tener en casa una mujer le causaba terror, porque las odiaba á todas, después de haber gozado de ellas en la juventud; pero aquélla le parecía realmente maternal. Además, el tener una mujer honesta en su casa le transformaría, haciéndole bueno. Su padre, entonces, no le llevaría á casa mozuelas perdidas, como sospechaba que hacía ahora, con objeto de consumirle la vida y de apoderarse de su fortuna. El terror y el odio á su padre le decidieron.

—¿No te casas?—la preguntó para explorar el terreno.

La joven se echó á reír.

—¡Oh! No corre prisa.

Después dijo risueñamente mirando á Pascual, que había levantado la cabeza:

—¿Quién sabe? Yo no me casaré nunca.

Felicidad quedó sorprendida. Desde que la había visto tan íntimamente unida con el doctor, había deseado con frecuencia que se casara para romper aquel lazo, y que su hijo quedase solo en el hogar medio destruí-

do, donde ella sería el ama, la dueña de todo. Con este pensamiento recurrió al testimonio de Pascual: ¿no es cierto que la mujer debe casarse y que el celibato es contra naturaleza? Pascual le dijo que sí, sin apartar la mirada de Clotilde.

—Sí, sí; es necesario casarse... Clotilde es demasiado sensata para no hacerlo...

—¡Bah!—interrumpió Máximo—quizá tenga razón... Para ser tal vez desdichada. ¡Hay tantos malos matrimonios!

Y luego, decidiéndose, dijo:

—¿Sabes lo que debes hacer? Pues venirme conmigo á Paris. He reflexionado, y me espanta tomar á mi cargo á un niño en el estado de salud en que me hallo. ¿No soy yo mismo un chiquillo, un enfermo que necesita que le mimen? Tú me cuidarás y estarás á mi lado el día que llegue á baldarme de las piernas...

Su voz temblaba de emoción, de enternecimiento por su propia persona. Se veía enfermo, y veía á Clotilde, á la cabecera de su cama, como una hermana de la caridad. Si ella se decidía á permanecer soltera, él le dejaría de buena gana su fortuna, antes de que pasara á manos de su padre. El terror que le inspiraba el estar solo, la necesidad

en que se vería pronto de tener una enfermera, le volvían muy tierno.

—Harias muy bien y no tendrías por qué arrepentirte.

Martina, que estaba sirviendo la pierna de carnero, se paró sobresaltada. La proposición causó igual efecto en todos los comensales. Felicidad fué la primera en aprobar la idea, pensando que esto le ayudaría en sus propósitos. Miraba á Clotilde muda y aturdida, mientras que el doctor Pascual, muy pálido, esperaba...

—¡Oh! ¡Hermano mío, hermano mío!—balbuceó la muchacha, sin hallar otra cosa que decir.

Entonces intervino la abuela.

—¿Es eso todo lo que se te ocurre? Me parece muy bien lo que te propone tu hermano. Si él teme llevarse ahora á Carlos, tú puedes marcharte cuando quieras, y más tarde mandar que lleven al niño... Vamos, vamos... Esto se arregla perfectamente. Tu hermano se dirige á tu buen corazón. ¿No es verdad, Pascual, que Clotilde le debe dar una respuesta favorable?

El doctor hizo un gran esfuerzo para serenarse; pero aún se le notaba el estupor que había padecido. Habló lentamente.

—Os repito que Clotilde es muy sensata, y que si debe aceptar, aceptará...

La muchacha, en medio de su aturdimiento, se revolvió contra estas palabras:

—Maestro, ¿tienes gana de que me marche?... Ciertamente que Máximo es muy bueno; le doy las gracias de todo corazón... Pero ¡Dios mío! ¡Tener que marcharme! ¡Abandonar todo cuanto amo, todo lo que amé hasta ahora!

Con un ademán amplio designó los seres y las cosas, comprendiendo la Souleiaide entera.

—¿Y si á pesar de todo—dijo Pascual mirándola con fijeza—Máximo tuviera necesidad de ti?

Los ojos de la joven se humedecieron; permaneció un instante temblorosa. Sólo ella comprendió á Pascual. La visión cruel había sido evocada nuevamente. Máximo enfermo, conducido por un criado en un carricoche como el vecino que ella recordaba. Sin embargo, su pasión luchaba con su ternura. ¿Tenía, acaso, algún deber que cumplir con un hermano que durante quince años había sido para ella como un extraño? ¿No estaba su deber donde estaba su corazón?

—Oye, Máximo—terminó por decir—déja-

me reflexionar; yo también lo necesito. Ya veré... Ten la seguridad que te lo agradezco, y si algún día me necesitas realmente, me decidiré sin duda.

No consiguieron que se comprometiese más. Felicidad, siempre febril, quedó rendida, mientras el doctor afirmaba con afectación que Clotilde había dado su palabra. Martina, que servía un plato de crema, no ocultaba su alegría. «¡Llevarse á la señorita! ¡Vaya una ocurrencia, para que el señor se muriese de tristeza quedándose solo!»

Este incidente desanimó el fin de la comida. Estaban aún en los postres cuando dieron las ocho y media. Desde este momento, Máximo, inquieto, impaciente, quiso partir.

En la estación, adonde le acompañaron todos, abrazó por última vez á su hermana.

—Acuérdate de mí.

—No tengas miedo—dijo Felicidad.—Aquí estamos nosotros para recordarle su pro mesa.

El doctor sonreía, y cuando el tren se puso en marcha, los tres agitaron sus pañuelos.

Luego, después de acompañar á la abuela hasta la puerta de su casa, el doctor Pascual y Clotilde entraron tranquilamente en la Souleiaide y pasaron una velada deliciosa.

El malestar de las anteriores semanas, el sordo antagonismo que les separaba, parecía haberse extinguido. Jamás habían experimentado semejante dulzura al verse juntos, inseparables. Sintieron algo parecido á lo que experimenta el que despierta curado, después de una enfermedad, con la esperanza y la alegría de vivir. La noche era calurosa, y permanecieron largo tiempo bajo los plátanos, escuchando el ruido del hilo de agua de la fuente. Y allí, sin hablar, saboreaban profundamente la dicha de estar juntos.

IV

Ocho días más tarde volvió á reinar en la casa el malestar antiguo. Pascual y Clotilde se pasaban nuevamente tardes enteras sin hablarse. Experimentaban ambos ratos continuos de mal humor. Martina misma vivía en irritación constante. La vida en común de los tres se convertía en un infierno.

Después, bruscamente, la situación se agravó más aún. Como á menudo sucede en los pueblos del Mediodía, un capuchino de gran santidad, llegó á Plassans para hacer ejercicios. El púlpito de San Saturnino retemblaba al estrépito de su voz. Era una especie de apóstol, de una elocuencia popular, ardiente, de palabra florida, rica en imágenes. Predicaba acerca de la insignificancia de la ciencia moderna, con un arranque místico extraordinario, negando la realidad de este mundo, abriendo los horizontes de lo desconocido, los misterios del más allá. To-

das las devotas del pueblo andaban trastornadas con estas predicaciones.

Desde el primer día, como Clotilde, acompañada de Martina, hubiese asistido al sermón, Pascual notó la excitación con que volvía.

En los días siguientes Clotilde se apasionó más aún; volvió más tarde, después de permanecer rezando una hora en el rincón oscuro de una capilla. No salía de la iglesia, y volvía quebrantada, con los ojos brillantes de una alucinada visionaria. Continuamente la resonaban en los oídos las ardientes palabras del capuchino. Parecía estar dominada por la cólera y el desprecio hacia las gentes y los objetos inanimados.

Pascual, inquieto, quiso obtener una explicación de Martina, y una mañana temprano bajó al comedor, donde ella barría.

— Tú sabes que yo os dejo libres á Clotilde y á ti para ir á la iglesia, si os agrada. No quiero influir en la conciencia de nadie... Pero tampoco quiero que tú me pongas enferma á Clotilde.

La criada, sin dejar de barrer, dijo sordamente:

— Las gentes enfermas son tal vez las que se figuran no estarlo.

Dijo esto con tal aire de convicción, que Pascual se echó á reír.

—Sí, yo soy el que tengo enfermo el espíritu, cuya conversión imploráis, mientras que vosotras gozáis de buena salud y de completa sabiduría... Martina, si continuáis torturándome y torturándoos vosotras, me incomodaré.

Habló con una voz tan desesperada y tan ruda, que la criada se detuvo de repente, y le miró cara á cara. Una ternura infinita, una desolación inmensa se reflejaron en su rostro ajado, de vieja solterona, atada siempre á su servicio. Asomaron lágrimas á sus ojos, y se marchó diciendo:

—¡Ah, señor! ¡V. no nos quiere!

Pascual quedó desarmado, invadido por creciente tristeza. Su remordimiento aumentaba por haberse mostrado tolerante y no haber dirigido, como dueño absoluto, la educación y la instrucción de Clotilde. Fundado en su creencia de que los árboles crecen derechos si no se le ponen obstáculos, la había permitido desarrollarse á su antojo, después de haberla enseñado solamente á leer y á escribir.

Sin plan alguno preconcebido, únicamente á merced de las circunstancias ordinarias de

su vida, Clotilde lo había leído casi, casi todo, apasionándose por las ciencias naturales, y ayudando á Pascual en sus investigaciones, en la corrección de pruebas y en copiar y clasificar manuscritos. ¡Cuánto le pesaba actualmente al doctor su descuido! ¡Qué enérgica dirección pudo haber dado al claro talento de la joven, tan ávido de saber, en vez dejarlo descarriado y perdido en esta aspiración del más allá, que favorecían la abuela Felicidad y la buena de Martinal! Mientras él, atenido siempre á los hechos, se esforzada en no ir nunca más allá del fenómeno, logrando siempre el triunfo, gracias á su disciplina de sabio, veía continuamente á Clotilde preocuparse por lo desconocido, por el misterio.

Esto era en ella una obsesión, una curiosidad instintiva, que llegaba á torturarla cuando no lograba satisfacerla. Había en ella una necesidad inextinguible, un impulso que no podía resistir, hacía lo inaccesible y lo desconocido.

Ya cuando era niña, y sobre todo cuando joven, aspiraba directamente al "por qué y al cómo", y exigía las razones últimas de las cosas. Si el doctor la mostraba una flor, preguntaba ella por qué la flor producía si-

mente, por qué la simiente germinaba. Y después preguntaba por el misterio de la concepción, de la función sexual, del nacimiento, de la muerte, de las fuerzas desconocidas, de Dios, de todo.

Con cuatro preguntas hundía al doctor en su fatal ignorancia, y cuando él no sabía qué contestar y se apartaba de ella con un gesto de furor cómico, Clotilde se reía de un modo triunfante y volvía extraviada á sus sueños, á la visión ilimitada de todo lo que no conocemos y podemos creer. A veces dejaba estupefacto al doctor con sus explicaciones.

Su espíritu, nutrido de ciencia, partía de las verdades demostradas; pero con tal inexperiencia, que pronto se encontraba en plena leyenda. Surgían los mediadores, los ángeles, los santos, las inspiraciones sobrenaturales, modificando la materia y dándole vida: otras veces, era una fuerza misma el alma del mundo, que trabajaba en fundir las cosas y los seres en un último beso de amor al cabo de cincuenta siglos, y decía que ella había echado la cuenta.

Pascual nunca la había visto tan turbada. Desde el momento que empezó Clotilde á oír las pláticas del capuchino en la catedral, se pasaba los días esperando el sermón de

por la tarde, y asistía á él con el recogimiento exaltado de una muchacha que acude á la primer cita amorosa. Luego, al día siguiente, todo anunciaba en ella su apartamiento de la vida exterior, de su existencia acostumbrada, como si el mundo visible y las ocupaciones de cada momento no fuesen más que estupideces y tonterías. Poco á poco abandonó sus ocupaciones, cediendo á una especie de pereza invencible, permaneciendo horas enteras con las manos abandonadas sobre las rodillas, la mirada vaga y perdida en las lejanías de algún ensueño.

Ella, antes tan activa, tan madrugadora, se levantaba ahora tarde, y nunca aparecía hasta el momento de almorzar; y no se debía esto á que pasara el tiempo en el tocador, pues había perdido su coquetería de mujer; mal peinada, vestida descuidadamente con una bata mal abrochada, pero así y todo hermosa, gracias á su triunfante juventud.

Los paseos matinales, de que ella tanto gustara en algún tiempo al través de la Souleiade; aquellas subidas y bajadas á las terrazas plantadas de olivos y de almendros; aquellas visitas á los pinares embalsamados con el olor de la resina; aquellas largas excursiones al aire libre, en las que tomaba

baños de sol, acabáranse ya: prefería quedarse en casa, con las ventanas cerradas, reclusa en su cuarto, donde apenas se la oía moverse.

Al mediodía, en el comedor, se apoderaba de ella una ociosidad lánguida, un desasosiego que la hacía cambiar de silla, una fatiga y una irritación contra todo lo que antes la interesaba.

Pascual tuvo que renunciar á que le prestara ayuda. Una nota que la dió para que la copiara, quedó tres días abandonada sobre el pupitre. Ya no clasificaba; hasta sentía pereza de inclinarse para coger del suelo un manuscrito. Abandonó completamente los pasteles, aquellos dibujos de flores tan exactos que habian de servir para una obra acerca de las fecundaciones artificiales. Unas malvas rojas, de una coloración nueva y singular, se habían agostado en el vaso sin que acabara de copiarlas. A pesar de esto, se pasó una tarde entera trabajando con ardor en un dibujo extraño, compuesto de flores imaginarias; una extraordinaria eflorescencia, abierta al sol del milagro; un surtidor de rayos de oro, en forma de espiga de trigo, en medio de amplias corolas de púrpura, semejantes á corazones abiertos, de donde

salian, á modo de pistilos, llamaradas de astros, millares de mundos flotando en el cielo como una vía láctea.

—¡Ah, pobre niña!—le dijo ese día el doctor.—¿Cómo puedes perder el tiempo en tales delirios? ¡Y yo que esperaba la copia de esas malvas que has dejado secar!... Pararás en ponerte enferma. No hay salud ni hermosura posible fuera de la realidad.

A veces Clotilde, encerrada en una convicción huraña, no respondía, no quería discutir; pero aquella vez, sin duda, el doctor le habia herido en lo más vivo de sus creencias.

—No existe la realidad—declaró terminantemente.

Pascual, á quien hizo gracia este rasgo filosófico de la joven, se echó á reír.

—Sí, ya lo sé... Nuestros sentidos son débiles, no conocemos el mundo más que por mediación de ellos, de lo cual se deduce que el mundo no existe... Entonces abramos la puerta á la locura, aceptemos como posibles las quimeras más ridículas, consagremos las pesadillas, fuera ya de las leyes y los hechos... Pero, ¿no ves que no hay regla segura si suprimes la naturaleza, y que el único interés de vivir es creer en la vida,

amarla y aplicar todas las fuerzas de la inteligencia á conocerla mejor?

Clotilde hizo un gesto indiferente y jactancioso á la vez, y la conversación terminó. Luego se puso á trabajar en el pastel, marcando largos trazos de lápiz azul, haciendo destacar su brillantez sobre el fondo de una límpida noche de verano.

Pero dos días más tarde, á consecuencia de una nueva discusión, las cosas se agravaron. Por la noche, después de levantarse de la mesa, Pascual reanudó sus trabajos en su habitación, mientras Clotilde permaneció fuera, sentada en la terraza. Pasaron las horas, y al dar las doce Pascual hubo de sorprenderse é inquietarse viendo que Clotilde no había entrado aún en su cuarto.

Para esto tenía necesidad de pasar por la sala, y el doctor estaba seguro de que no la había cruzado en un momento de descuido. Pascual bajó el piso inferior, y pudo cerciorarse de que Martina dormía. La puerta de vestibulo estaba cerrada con llave; era seguro que Clotilde se había quedado fuera, lo cual la sucedía algunas veces durante las noches calurosas: pero nunca tardaba tanto en recogerse.

Aumentó la inquietud del doctor cuando

vió que la silla en que la joven había debido de permanecer largo rato estaba desocupada. Esperaba encontrar á Clotilde dormida. Puesto que no estaba allí, ¿cómo no había entrado? ¿Dónde podía haberse dirigido á semejante hora? La noche era hermosa, una noche de Setiembre, caliente aún, de cielo inmenso sembrado de estrellas en su infinito de terciopelo oscuro; y sobre el fondo de aquel cielo sin luna, las estrellas relucían con tal brillantez é intensidad, que alumbraban la tierra.

Pascual, inclinándose sobre la balaustrada de la terraza, examinó las cuevas y las gradas de peña viva que descendían hasta la vía férrea, no se advertía el más ligero movimiento; Pascual no vió más que las copas redondas é inmóviles de los olivos recién plantados. Entonces surgió en él la idea de que Clotilde estaba, sin duda, debajo de los plátanos, cerca de la fuente, escuchando el eterno titileo de aquella agua rumorosa. Corrió hacia allá hundiéndose en plena oscuridad, tan profunda, que él, que conocía hasta los troncos de los árboles, caminaba extendiendo los brazos para no estrellarse. Así atravesó el pinar, andando á tientas en la sombra, sin encontrar á nadie.

Al fin concluyó por llamar con voz recatada:

—¡Clotilde, Clotilde!

La noche continuaba silenciosa y muda. Poco a poco elevó la voz.

—¡Clotilde, Clotilde!

Ni un alma, ni un rumor. Los ecos parecían adormecidos, y los gritos se ahogaban en aquel lago de tinieblas azules de una dulzura infinita.

Gritó con toda su fuerza, volvió al sitio de los plátanos, atravesó de nuevo el pinar, enloquecido, aturdiéndose, recorriendo la hacienda toda. De pronto se encontró en la era.

En aquella hora, la era inmensa, el vasto círculo empedrado, dormía también. Desde hacía muchos años no se trillaba allí mies alguna, y había crecido la hierba, quemada tan pronto como nacida, por el sol, dorada y como cortada al rape, semejante a la lana de un tapiz. Y entre los mechones de aquella vegetación débil, los redondos guijarros no se enfriaban nunca, humeantes desde el oscurecer, exhalando por la noche el calor adquirido en las tardes bochornosas.

La era se redondeaba desnuda y desierta en medio de aquella vibración y bajo la cal-

ma del cielo. Al cruzar Pascual para ir al huerto, tropezó con un cuerpo tirado a la larga, que no había visto antes. Asustado, lanzó una exclamación:

—¿Cómo estás aquí?

Clotilde no se dignó contestar. Estaba tendida boca arriba, con las manos unidas y colocadas debajo de la nuca, mirando al cielo, y en su rostro pálido se veían relucir sus negros y grandes ojos.

—Hace un cuarto de hora que estoy intranquilo llamándote... ¿No me has oído gritar?

Al fin la joven despegó los labios:

—Sí.

—Entonces, ¡qué estupidez! ¿por qué no has respondido?

Clotilde volvió a su silencio, y con la frente ceñuda y los ojos elevados al cielo, rehusaba contestar.

—Vamos, anda a acostarte, chiquilla rebelde. Mañana me explicarás esto.

Clotilde no se movía. Diferentes veces Pascual la suplicó que se levantara, sin que ella hiciera el menor movimiento. El doctor acabó por sentarse cerca de ella, sobre la hierba rapada, sintiendo en su cuerpo el calor del empedrado.

—Vaya, no puedes quedar al raso... Respóndeme al menos. ¿Qué haces aquí?

—Mirar.

Y las miradas de sus grandes ojos, inmóviles, dilatados y fijos, parecían subir muy alto, hasta las estrellas. Clotilde se abismaba por completo en el infinito de aquel cielo de verano, en medio de los astros.

—¡Ah, maestro—dijo con voz lenta, igual y seguida—qué estrecho y limitado es todo lo que tú sabes, al lado de lo que habrá seguramente allá arriba... Sí, si yo no he respondido, era porque pensaba en ti, y sentía una gran tristeza... No me creas mala.

Tal acento de ternura había en su voz, que Pascual quedó profundamente emocionado. Se tendió al lado de la joven, también boca arriba. Los codos de ambos se tocaban, y comenzaron á charlar.

—Temo mucho, querida, que tus tristezas no sean razonables. Piensas en mí y te da pena; ¿por qué?

—¡Oh! por cosas que no me gustaría decirte. No soy una sabia. Pero me has enseñado mucho, y yo, por mi parte, he aprendido aún más viviendo contigo. Estas son cosas que yo seíato... quizá trataré de decírtelo ahora que

estamos aquí tan solos, en noche tan hermosa.

Su corazón, henchido, se desbordaba, después de largas horas de reflexión, en la quietud confidencial de aquella noche admirable. El doctor, temiendo inquietarla, no hablaba: esperaba sus confidencias.

—Cuando yo era niña y te oía hablar de la ciencia, me parecía que hablabas del verdadero Dios; tal era el ardor de tu fe y de tu esperanza. Nada te parecía imposible. Con la ciencia íbamos á penetrar el secreto del mundo y á realizar la dicha completa de la humanidad... Según tú, caminábamos á paso de gigante. Cada día traía su descubrimiento, su verdad. Dentro de diez, de cincuenta, de cien años, el cielo se abriría, y veríamos frente á frente la verdad... ¡Ahora bien; los años pasan, nada se abre ante nosotros, y la verdad nos huye á cada paso!

—Eres muy impaciente—dijo Pascual con sencillez.—Si para eso son necesarios diez siglos, será preciso esperar á que transcurran.

—Es verdad, yo no sé esperar. Tengo necesidad de saber, tengo necesidad de ser feliz pronto, de saberlo todo de una vez, de ser dichosa absoluta, definitivamente... ¡Oh

¿Ves tú? Por eso sufro, por no poder alcanzar de golpe el conocimiento completo, por no poder descansar en la felicidad entera, libre de escrúpulos y de dudas. ¿Acaso es vivir este avanzar en las tinieblas á paso de tortuga, sin disfrutar una hora de calma, ni temblar ante la idea de una angustia cercana? ¡No, no! ¡Toda la sabiduría y toda la felicidad en un solo día!... La ciencia lo ha prometido así, y si no cumple su palabra, se desautoriza.

Al oír esto comenzó Pascual á apasionarse.

—Es una locura eso que dices, hijita. La ciencia no es la revelación. Camina al compás de la humanidad, y su gloria consiste en su mismo esfuerzo... Además, no es cierto que la ciencia haya prometido la dicha.

Clotilde le interrumpió vivamente.

—¿Cómo que no es verdad? Mira bien tus libros. Ya sabes que los he leído. ¿No están rebotando promesas? Leyéndolos, parece se camina á la conquista de la tierra y del cielo. Todo lo demuelen y juran reconstruirlo todo, mediante la razón, pura, sólida y sabiamente... Sin duda yo soy como los niños. Cuando se me promete una cosa, quiero que me la den. Mi imaginación trabaja, y es nece-

sario que el objeto sea muy hermoso para contentarme... Mejor hubiera sido no prometer nada. Y, sobre todo, ahora, ante mi deseo exasperado, sería peor negarme esas promesas.

El doctor hizo un nuevo gesto de protesta y de impaciencia, en medio de aquella serenidad que les rodeaba.

—Sea como quiera—continuó Clotilde—la ciencia de todo ha hecho tabla rasa; la tierra está desnuda, el cielo vacío... ¿qué quieres que yo haga si tú mismo declaras irresponsable á la ciencia de las esperanzas que yo había concebido?... Yo no puedo vivir sin la certeza y sin la dicha. ¿En qué terreno firme edificaré mi casa, puesto que el viejo mundo ha sido demolido, y nadie se ocupa en construir el nuevo?

La sociedad antigua se ha derrumbado en esta catástrofe del examen y del análisis; de ella no queda más que unos hombres enloquecidos, errantes en las ruinas, sin saber en qué piedra apoyar la cabeza, viviendo con la tempestad encima, y buscando el refugio seguro y definitivo que ha de permitirles volver á comenzar la vida... No hay que asombrarse, pues, de nuestros desfallecimientos y de nuestra impaciencia. No po-

demos esperar más. Puesto que la ciencia, sobrado parsimoniosa, ha dado en quiebra, preferimos volver atrás, ¡sí!, á las creencias de antaño, que durante tantos siglos han hecho la felicidad del mundo.

— ¡Ah! exclamó Pascual! — [Eso es: estamos en ese momento final de un siglo, con la fatiga y el enervamiento que produce el enorme cúmulo de conocimientos removidos en todo su trancurso... Y la eterna necesidad de la mentira, la eterna necesidad de la ilusión, es lo que mortifica á la humanidad y la conduce hacia atrás, hacia el encanto, adormecido de lo desconocido... Puesto que nunca lo sabremos todo, ¿á qué saber algo más? Desde el momento que la verdad conquistada no produce la dicha inmediata y cierta, ¿por qué no contentarse con la ignorancia, ese lecho oscuro en que la humanidad ha dormido con sueño pesado en su edad primera?... Sí, es la vuelta ofensiva del misterio, la reacción contra cien años de investigación experimental. Esto debía suceder así; eran de esperar estas deserciones, puesto que no se pueden satisfacer á la vez las necesidades de todos. Pero es sólo un salto, y la marcha hacia adelante continuará allá arriba, fuera de nuestra vista, en el espacio infinito.

Callaron ambos por un instante, y quedaron inmóviles, con la mirada perdida entre los millares de mundos que brillaban en el cielo sombrío. Una estrella errante atravesó la constelación de Casiopea, trazando una raya de fuego. El universo iluminado giraba allá arriba lentamente sobre su eje, en un esplendor sagrado, mientras de la tierra tenebrosa, alrededor de ellos, se elevaba tan sólo un soplo suave como el aliento dulce y caliente de una mujer dormida.

— Dime — preguntó el doctor con su acento bondadoso — ¿ha sido ese capuchino quien te ha trastornado hoy la cabeza?

Clotilde respondió llanamente:

— Sí; dice en el púlpito cosas que me ponen fuera de mí; habla contra todo lo que tú me has enseñado, y parece que la ciencia que yo te debo se transforma en veneno que me aniquila... ¡Dios mío! ¿Qué será de mí?

— ¡Pobre niña mía!... ¡Es terrible que te consumas de ese modo! Sin embargo, estoy tranquilo por lo que á ti se refiere. Eres muy equilibrada, tienes una cabecita redonda, despejada y sólida, como te he dicho muchas veces. Te calmarás... Pero ¿qué tempestad existe en los cerebros cuando tú, tan sana, te extravías? ¿No te basta la fe?

Clotilde callaba y suspiraba.

Sin duda la fe, bajo el punto de vista de la felicidad, es como un fuerte bastón de viaje, cuya posesión convierte en fácil y descansado el camino.

—¡Qué sé yo!—dijo Clotilde.—Hay días en que creo y otros en que estoy contigo y con tus libros. Tú eres quien me ha trastornado, y por ti sufro. Y todo mi sufrimiento consiste, quizá, en esa rebelión contra ti, á quien amo... ¡No, no!, no me digas nada; no me digas que me calmaré. Eso me irrita más aún en este instante... Tú niegas lo sobrenatural. El misterio no es para ti más que inexplicable. Llegas á conceder que jamás se sabrá todo, y que el único incentivo de la vida es la conquista sin fin de lo desconocido, el eterno esfuerzo para no saber más... ¡Ah! yo sé demasiado para creer: tú me has conquistado de sobra, y hay momentos en los cuales me parece que voy á morir.

Pascual la había cogido una mano, entre la hierba tibia, y se la estrechaba con fuerza.

—¡Pero resulta ahora que es la vida lo que te da miedo, hijita!... ¿Qué razón tienes para decir que la única felicidad consiste en el esfuerzo continuo? Hoy, el reposo de la ignorancia es imposible. No hay que esperar

ningún reposo, ninguna tranquilidad en esa ceguera voluntaria. Es preciso caminar, caminar, á pesar de todo, con la vida que se mueve sin cesar. Todo eso que ofrecen las reacciones, las religiones muertas, las religiones corregidas y adobadas según las necesidades del día, no es más que un engaño... Conocer la vida, amarla, verla tal como debe ser vista: no existe otra sabiduría.

Clotilde rechazó la mano del doctor con irritado sacudimiento. Su voz expresó un disgusto febril.

—La vida es abominable. ¿Cómo quieres que la pase en paz y felizmente?... Tu ciencia arroja sobre el mundo una luz terrible; tu análisis desciende á todas las llagas humanas para mostrar sus horrores. Lo dices todo; hablas crudamente, y nos dejas entregados á la repulsión hacia los seres y las cosas, sin asomo de consuelo.

Pascual la interrumpió con un grito de convicción ardiente.

—¡Decirlo todo, sí, para conocerlo y curarlo todo!

Exaltada por la cólera, Clotilde se incorporó.

—¡Si fuera cierto que existiesen la igualdad y la justicia en la naturaleza! Pero tú mismo

lo reconoces: la vida no es más que fuerza; el débil perece fatalmente por ser débil. No existen dos seres iguales, ni en salud, ni en belleza, ni en inteligencia: todo es aleatorio, fruto de la casualidad, del azar, de la selección... ¡Todo sucumbe desde que no existe la santa y elevada justicia!

—Es verdad—dijo Pascual á media voz, como hablando consigo mismo.—La igualdad no existe. Toda sociedad que se base en ella no podrá vivir. Durante muchos siglos se ha creído remediar el mal por medio de la caridad. Pero el mundo ha crujido, y hoy se propone como remedio la justicia... ¿Acaso la naturaleza es justa? Yo la creo lógica. La lógica es tal vez una justicia natural y superior, que va directamente á la suma del trabajo común, á la gran labor final.

—¡Entendámonos!—contestó ella.—¡Hablas de la justicia que aplasta al individuo por el bienestar de la raza, que destruye una especie debilitada para que engorde la especie triunfante?... No, no. Eso es el crimen. No hay más que inmundicia y abominación. El capuchino tenía razón en lo que decía esta tarde en la iglesia: la tierra está dañada, la ciencia no sale del estudio de la podredumbre; es necesario que todos nos refugiamos

en el cielo... ¡Oh, maestro, yo te lo suplico, déjame salvarme y salvarte á ti!

Concluyó por estallar en lágrimas, y el rumor de sus sollozos ascendía, perdiéndose en la pureza de la noche. En vano Pascual trató de apaciguarla; ella dominaba su voz.

—Escucha, maestro; tú sabes lo mucho que te quiero. Tú lo eres todo para mí... Y, sin embargo, de ti proviene este tormento que me ahoga, cuando pienso que no estamos de acuerdo, que estaríamos separados eternamente si los dos muriésemos mañana... ¿Por qué no quieres creer?

Pascual trató de que reflexionase.

—Vamos: estás loca, querida...

Pero Clotilde se puso de rodillas, le asió las manos, y se apretó contra él en aproximación febril. Y lloraba con más fuerza, con un acento de desesperación tal, que parecía estremecerse, allá á lo lejos, la oscura campiña.

—Oye, *él* lo ha dicho en la iglesia... Es preciso cambiar de vida, hacer penitencia, quemar todos los errores pasados: sí, tus libros, tus legajos, tus manuscritos... Haz este sacrificio, maestro; te lo pido de rodillas, y verás la deliciosa existencia que llevaremos juntos.

El doctor acabó por amostazarse.

— ¡Ea, cállate ya: basta de boberías!

— Sí; tú me oirás, maestro, y harás lo que yo quiera... Te aseguro que soy horriblemente desgraciada, queriéndote aún como te quiero. Falta algo en nuestro cariño. Hasta ahora fué vano é inútil, y yo siento irresistible necesidad de llenarlo con cuanto existe de divino y eterno... ¿Qué puede faltarnos como no sea Dios? ¡Arrodíllate y reza conmigo!

Con un movimiento brusco, Pascual se desasíó de ella, irritado á su vez.

— Cállate; estás desvariando. ¡Te he dejado libre, déjame tú á mí!

— ¡Maestro, maestro!... Yo quiero tu felicidad... Yo te llevaré lejos, muy lejos. Iremos á un desierto, á vivir en Dios.

— Cállate... ¡No, jamás!

Los dos permanecieron un instante cara á cara, mudos, amenazadores. Alrededor de ellos, la Soulejade extendía su silencio nocturno, las sombras ligeras de sus olivos, las tinieblas de los pinos y de los plátanos, bajo los cuales se oía la triste canturía de la fuente, y sobre su cabeza parecía que el cielo inmenso, sembrado de estrellas, hubiese palidecido como por estremecimiento súbito, á pesar de estar lejana la hora del alba.

Clotilde levantó un brazo, cual si mostrase el infinito de aquel cielo vibrante. Pero Pascual le volvió á coger la mano con un movimiento rápido, y la oprimió con la suya, inclinándola hacia la tierra. No pronunciaron ni una palabra; estaban fuera de sí, como violentos enemigos. Era el desacuerdo profundo.

Clotilde retiró su mano bruscamente y saltó hacia un lado, á guisa de un animal indómito y fiero que se encabrita; luego corrió, al través de la oscuridad, hacia la casa. Se oyó sobre los morrillos de la era el traqueteo de su menudo calzado, que se apagó pronto en la arena de una calle de árboles. Pascual, desazonado, la llamó con insistencia; pero ella ni oía ni contestaba; seguía corriendo. Lleno de temor, con el corazón oprimido, Pascual se lanzó en seguimiento de la joven, y dobló la esquina del bosque de plátanos á tiempo para verla entrar en el vestíbulo como un huracán. Se coló detrás de ella, subió la escalera, y chocó contra la puerta del cuarto, que Clotilde cerraba en aquel instante, corriendo el pestillo. Una vez allí, el doctor se tranquilizó; contúvose haciendo un gran esfuerzo, resistiendo al ansia de gritar, de llamar, de derribar la puerta para ver á

Clotilde, convencerla y guardarla para sí. Permanció un momento inmóvil, ante el silencio de muerte de aquella habitación, de donde no salía ni el rumor más leve. Clotilde, tumbada sin duda al través del lecho, sofocaba en la almohada sus gritos y sollozos. El doctor se decidió al fin á bajar para cerrar la puerta del vestíbulo; después, subió nuevamente, por escuchar si oía quejarse á la joven. Era el alba cuando se acostó, desesperado, ahogado por las lágrimas.

Desde entonces se encendió guerra sin cuartel. Pascual se veía espiado, acechado, amenazado. No tenía casa, no tenía hogar: el enemigo estaba siempre presente, haciéndole temerle todo y obligándolo á aislarse. Una tras otra, dos redomas de sustancia nerviosa fabricadas por él las encontró hechas pedazos; y hubo de atrincherarse en su habitación, donde se le oía menear el mortero durante días enteros, sin vérselo ni aun á las horas de comer. No llevaba consigo á Clotilde los días de visita, porque la joven desalentaba á los enfermos con su actitud de incredulidad agresiva.

En cuanto salía, no experimentaba más afán que el de volver pronto, temeroso de encontrarse con las cerraduras forzadas, los

cajones saqueados. Ya no utilizaba á la joven para clasificar ni para copiar sus notas, desde que muchas de ellas habían desaparecido, como si las arrebatase el viento. Ya no se atrevía á encargarla de corregir sus pruebas, desde que averiguó que había cortado un pasaje entero de un artículo que hería la fe católica de la joven.

Clotilde permanecía ociosa, vagando por las habitaciones, viviendo en acecho de una ocasión para atrapar la llave del armario grande. Tal debía de ser su sueño, el plan que alimentaba durante sus largos silencios, mientras permanecía con los ojos relucientes y las manos temblorosas: conseguir la llave, abrir, cogerlo todo, destruirlo todo, por medio de un auto de fe grato á Dios. Algunas páginas de un manuscrito, olvidadas por Pascual en un ángulo de la mesa, mientras se lavaba las manos y se ponía la levita, habían desaparecido, sin dejar más rastro que un montón de cenizas en la chimenea.

Una tarde que el doctor retardó su vuelta á casa, por quedarse al lado de un enfermo, cuando regresaba al oscurecer se apoderó de él un terror loco al ver desde el arrabal una espesa columna de humo negro que ascendía en nubarrones, manchando la limpi-

dez del cielo. ¿Acaso sería la Souleiaide entera que ardía, iluminada por la fogata de sus papeles? Pascual avanzó á paso redoblado y no pudo tranquilizarse hasta que vió en un campo vecino una hoguera de raíces, que humeaba lentamente.

¡Atroz sufrimiento el del sabio que se ve amenazado de ese modo, en su inteligencia, en sus trabajos! Los descubrimientos que ha conseguido, las obras que piensa legar, son su orgullo, seres nutridos con su sangre, hijos suyos; y destruirlos, quemarlos, es quemar su misma carne. En este continuo asesinato de su pensamiento, torturaba especialmente á Pascual la idea de que no podía rechazar á aquella enemiga, instalada en su casa, en su propio corazón, y á la cual quería, á pesar de todo. Y encontrábase desarmado, sin defensa posible, sin querer tomar determinación alguna, sin otro recurso que vivir en constante vigilancia.

El cerco se estrechaba por todos lados á su alrededor. Creía sentir las manecitas traidoras deslizarse hasta el fondo de sus bolsillos. No disfrutaba de tranquilidad alguna, ni aun teniendo las puertas cerradas, en la zozobra de sí por las rendijas podían sustraerle algo.

—¡Pero pobrecita mía—exclamó un día Pascual—á nadie quiero más que á ti en el mundo, y eres tú quien me matas!... Y el caso es que tú también me quieres; porque me quieres haces eso, y resulta una cosa abominable. Sería preferible terminar de una vez, arrojándonos al agua con una piedra atada al pescuezo.

Clotilde no contestó. Sus ojos valientes decían á las claras que deseaba ardientemente morir en aquel mismo instante, en unión de Pascual.

—Y si yo muriese esta noche, de pronto, ¿que ocurriría mañana?... ¿Vaciarías el armario, vaciarías los cajones, harías un montón con todas mis obras y las quemarías? Sí, ¿no es cierto?... ¿No sabes que eso sería un verdadero crimen, como si asesinaras á alguien? ¡Y qué cobardía más infame, matar el pensamiento!

—¡No!—dijo ella con voz sorda—¡Matar el mal, impedir que se extienda y renazca!

Toda explicación le producía arrebatos de cólera. Los hubo terribles. Una noche que la vieja señora de Rougon entró estando enzarzados en una gresca, quedóse sola con Pascual, después que Clotilde huyó al rincón de su cuarto.

Reinó el silencio. A pesar del aspecto compungido que había adoptado la anciana, la alegría brillaba en el fondo de sus ojos relucientes.

—¡Pero tu pobre hogar es un infierno!— exclamó al fin.

El doctor, con un ademán, esquivó la respuesta. Desde el primer momento había comprendido que detrás de la joven estaba su madre, exasperando en ella las creencias religiosas, utilizando aquella levadura de rebelión, para sembrar la discordia en casa de su hijo.

Pascual estaba advertido; sabía perfectamente que aquella mañana misma se habían visto las dos mujeres, y que á ese encuentro, á un reflexivo envenenamiento previo, debía la escena atroz que aún le tenía estremeado. Su madre, sin duda, venía para comprobar los estragos y ver si se precipitaba el desenlace.

—Pues esto no puede continuar así— añadió la anciana.—¿Por qué no os separáis, puesto que ya no os entendéis?... Deberías enviarla con su hermano Máximo, que me ha escrito estos últimos días llamándola de nuevo.

Pascual se irguió, pálido y enérgico.

—Separarnos enojados, ¡ah! ¡no, no! Eso

sería el remordimiento eterno, la llaga incurable. Si ella se va algún día, quiero que podamos querernos desde lejos... Pero ¿por qué se ha de ir? Ni el uno ni el otro nos quejamos.

Felicidad comprendió que se había disparado adelantándose á los sucesos.

—Sin duda, si os divierte regañar, nadie tiene qué oponer... Pero permíteme decirte, criatura, que estoy, en parte, á favor de Clotilde. Me obligas á confesarte que hace poco he hablado con ella; sí, vale más que lo sepas, á pesar de mi promesa de guardar silencio. ¡Pues bien! La chica no es feliz; se queja mucho, y ya puedes figurarte que la he reprendido y aconsejado sumisión completa... Pero acá inter nos, declaro que no te entiendo y creo que pones empeño en perjudicarte.

La señora de Rougon se había sentado, y obligó á Pascual á sentarse también, en un rincón de la sala, muy contenta, al parecer, de tenerle solo y á su disposición.

Otras veces había querido conducirla á una explicación que él había evitado. A pesar de que la señora le acosaba desde hacía algunos años, y el doctor lo sabía todo, continuaba siendo hijo respetuoso, y había ju-

rado no abandonar nunca esta actitud de respeto sistemático. De modo que, cuando su madre abordaba ciertas cuestiones, él se atrincheraba en absoluto silencio.

—Veamos— continuó ella. — Comprendo que no quieras ceder ante Clotilde, ¿pero ante mí...? ¡Si yo te suplicara que hicieses el sacrificio de esos abominables legajos, que están allí, en el armario! Supón, por un instante, que te mueres de repente y que tus papeles caen en manos extrañas; quedaremos deshonrados... ¿Es eso lo que te propones? ¿No? Entonces, ¿cuál es tu objeto? ¿Por qué te obstinas en un juego tan peligroso?... Prométeme quemarlos.

Pascual callaba; pero, al fin, hubo de responder:

—Madre mía, ya se lo he suplicado otras veces; no hablemos de eso... No puedo comprender á V.

—Pero, vamos á ver— exclamó ella.— Dame una razón. No parece sino que nuestra familia te es tan indiferente como aquellas parejas de bueyes que pasan por allá abajo. Sin embargo, tienes nuestra sangre... ¡Oh! Ya sé que haces todo lo posible por disimularlo. Yo misma, á veces, me asombro y me pregunto de dónde saliste tú. Es

feo, muy feo, eso de exponerte así á deshonrarnos, sin que te contenga la idea del disgusto que me causas á mí, á tu madre... Hijito, eso se llama una mala acción.

Pascual se levantó, cediendo por un momento á la necesidad de defenderse, á pesar de su propósito de guardar silencio.

—Es V. dura é injusta... Yo siempre he creído en la necesidad y en la eficacia absoluta de la verdad. Es cierto que no me callo nada, ni mío ni ajeno, porque creo firmemente que no ocultando nada hago el único bien posible... En primer lugar, esos manuscritos no están destinados al público; no son más que notas personales, de las que me sería doloroso desprenderme. Además, yo comprendo perfectamente que no serían sólo esos papeles los que V. quemaría: también mis demás trabajos, ¿no es así? Y esto es lo que yo no quiero, ¿entiende V.? Jamás, mientras viva, se destruirá aquí ni un renglón manuscrito.

Pascual sentía ya haber hablado tanto, pues veía que su madre se le acercaba, estrechándole, obligándole á una explicación cruel.

—Acaba, desahógate, y dime lo que nos echas en cara... A mí, por ejemplo, ¿de qué

me acusas? No será de haberos educado con tanto esmero. ¡Ah, la fortuna es mala de alcanzar! Si hoy disfrutamos algún bienestar, lo hemos ganado con gran esfuerzo. Ya que tú lo has visto todo y todo lo has anotado en tus papelotes, puedes dar fe de que nuestra familia ha prestado más servicios de los que ha recibido. Si no fuese por nosotros, en dos ocasiones, á buenas manos iría Plassans! Y es muy natural que no hayamos cosechado más que ingratitudes y envidias, hasta tal punto, que hoy el pueblo entero se alegraría de un escándalo que nos salpicase de lodo... Tú no puedes querer esto, y yo estoy segura de que justificas la dignidad de mi actitud, después de la caída del Imperio y las desgracias de las cuales Francia no se repondrá jamás.

—¡Deje V. en paz á Francia, madre mía!

—dijo de nuevo Pascual, de tal modo la señora de Rougon le ponía el dedo en la llaga.

—Francia tiene una vida potente, y creo que está en camino de asombrar al mundo por la rapidez de su convalecencia... Seguramente que encierra elementos podridos. Yo no lo he ocultado; tal vez los he evidenciado de sobra. V. no me comprende, si se imagina que creo en el hundimiento final, porque se-

ñalo las llagas y las grietas. Creo en la vida, que elimina sin cesar los cuerpos nocivos, que rehace la carne para cicatrizar las heridas, que conduce á la salud, á la renovación continua entre las impurezas y la muerte.

Pascual se exaltaba, y al adquirir conciencia de ello hizo un gesto de cólera y no habló más. Su madre había tomado el partido de llorar, derramando lágrimas pequeñas, forzadas, que se secaban en seguida. Insistía sobre los temores que amargaban su vejez, y suplicaba á Pascual que hiciese las paces con Dios, al menos por consideración á la familia. ¿No daba ella ejemplo de valor? Plassans entero, el barrio de Saint-Marx, el antiguo barrio y la parte nueva del pueblo, ¿no rendían homenaje á su noble actitud? Ella sólo pedía que la ayudasen, exigiendo de todos sus hijos un esfuerzo semejante al suyo. Citaba el ejemplo de Eugenio, el grande hombre, caído de tan alto, y que se resignaba á no ser más que un simple diputado, defensor siempre, hasta exhalar el último suspiro, del régimen vencido, de cuya gloria él había participado.

También prodigaba elogios á Aristides, que jamás desesperaba, y que bajo el régimen nuevo reconquistaba una elevada posi-

ción, á pesar de la catástrofe injusta que lo había enterrado entre los escombros de la "Unión universal". Y él, Pascual, ¿permanecería solo, cruzado de brazos; no haría nada para que ella muriese en paz, con la alegría del triunfo final de los Rougon? ¡El, que era tan inteligente, tan sensible, tan bueno! ¡Vamos, imposible! Su hijo iría seguramente á misa el próximo domingo y quemaría sus perversos papelotes, cuyo solo recuerdo la ponía enferma. La anciana suplicó, exigió, amenazó. Pero Pascual no respondía nada, tranquilo, incommovible, en su actitud de respetuosa deferencia. No quería discutir: conocía demasiado á su madre para esperar convencerla y para osar discutir con ella acerca del pasado.

—En fin—exclamó la señora de Rougon cuando notó su entereza;—tú no eres de los nuestros; siempre lo he dicho. Nos deshonras.

Pascual se inclinó.

—Madre mía, reflexione V., y me perdonará.

Aquel día, doña Felicidad se marchó fuera de sí; y al encontrarse á la puerta de la casa, delante del bosque de plátanos, á Martina, se expansionó con ella sin saber

que Pascual, que acababa de entrar en su alcoba, cuyas ventanas tenía abiertas, lo oía todo. Doña Felicidad expresó su resentimiento: juró conseguir, á pesar de todo, apoderarse de los papeles y destruirlos, puesto que Pascual no quería hacerlo de bueno á bueno.

Lo que dejó helado á Pascual fué la manera que tuvo Martina de callar á la señora de Rougon, en voz sigilosa. Estaba visto: la criada era cómplice, y decía que importaba poco esperar, no precipitarse, que la señorita y ella habían jurado concluir con el doctor, no dejándole ni un momento de paz. Estaban juramentadas; le reconciliarían con Dios, porque no era posible que hombre tan bueno como el señor no tuviese religión alguna; y las voces de las dos mujeres se apagaron, convirtiéndose en un cuchicheo, un ahogado murmullo de compadrazgo y complot, del cual no oía el doctor sino palabras sueltas, órdenes dadas, medidas adoptadas, un plan en toda regla contra su libertad personal. Cuando partió su madre, Pascual la vió alejarse muy satisfecha, con su paso ligero y su talle delgado, hecha una muchacha.

Fué aquella hora de desfallecimiento y

desesperación absoluta. El doctor se había dejado caer en una silla, y preguntábase de qué le servía luchar, puesto que sus únicos cariños se aliaban en contra de él. ¡Aquella Martina, capaz de arrojarse al fuego á una sola palabra suya, y que le hacía traición creyendo trabajar por su bien! ¡Y Clotilde, ligada á la sirvienta, conspirando en los rincones y buscando su ayuda para tenderle á él lazos! Sentíase ahora muy solo: no había alrededor suyo más que traición; le envenenaban hasta el aire. No obstante, como Clotilde y Martina le querían, tal vez hubiese conseguido ablandarlas al fin; pero desde que sabía que su madre las impulsaba, explicábase su encarnizamiento, y no esperaba lograr atraerlas.

En su timidez de hombre que había vivido para el estudio, apartado de las mujeres, á pesar de su pasión, la idea de que eran tres á odiarlo, á imponerle su voluntad, le inquietaba.

Siempre sentía enderredor á una de ellas; cuando se encerraba en su habitación, las adivinaba detrás de la pared; le obsesionaban, le inspiraban el temor continuo de que le robarían hasta el pensamiento, si pudiesen verlo en el fondo del cráneo antes de formularse.

Fué ésta, ciertamente, la época de la vida en que el doctor Pascual se juzgó más desgraciado. El continuo estado de defensa en que se veía obligado á vivir le quebrantaba, y parecíale que el suelo de su hogar se hundía bajo sus pasos. Pascual advirtió entonces con gran claridad la tristeza de no haberse casado y de no tener un hijo. ¿Era que había tenido miedo á la vida? ¿Sería castigo á su egoísmo? El deseo del hijo le angustiaba á ratos, y sus ojos se humedecían cuando en sus paseos encontraba niñas de ojos claros que le miraban risueñas.

Verdad es que tenía allí á Clotilde; pero la ternura que ésta le inspiraba era distinta, muy tormentosa, en vez de la ternura tranquila infinitamente dulce, la ternura del niño, en la cual deseaba sumergir su herido corazón. Además, lo que el quería, sintiendo aproximarse el fin de su ser, era la continuidad del yo, el niño que le siguiese y le perpetuase. Cuanto más sufría, más consuelo hubiera encontrado, dada la fe que le inspiraba, con legar á alguien su sufrimiento.

Creíase exento de los defectos fisiológicos de la familia; pero ni el pensamiento de que la herencia salta á veces una generación, y que en un hijo suyo podían remanecer los

vicios de sus abuelos, le detenía; y este hijo futuro, á pesar del antiguo tronco podrido, á pesar de la larga serie de ascendientes execrables, lo deseaba Pascual, como se desea la suerte inesperada, la dicha rara, la fortuna repentina, que consuela y enriquece para siempre. En medio de la conmoción de sus demás afectos, su corazón sangraba, porque era *demasiado tarde*.

Cierta pesada noche de fines de Setiembre, Pascual no pudo dormir. Abrió una de las ventanas de su cuarto: el cielo estaba negro; alguna tormenta debía rugir en lontananza, pues se oía continuo retumbar de truenos. Apenas vislumbraba Pascual la masa sombría de los plátanos, que la claridad de los relámpagos hacía surgir breves instantes de las tinieblas, dándole un tinte verde oscuro.

Tenía el alma embargada por angustia terrible: recordaba sus últimos días malos, llenos de disgustos; la tortura de la traición y la sospecha, que iba aumentando... cuando de pronto un recuerdo agudo le hizo estremecerse. En su temor de ser engañado, había concluido por llevar siempre consigo la llave del armario grande. Pero aquella tarde, abrumado por el calor, se había quitado

la chaqueta, y recordaba haber visto á Clotilde cogerla y colgarla en la percha de la sala. Se apoderó de él terror repentino. Si la joven había notado que estaba en el bolsillo la llave, era seguro que la habría cogido. Corrió, palpó la chaqueta que acababa de dejar encima de una silla. La llave faltaba. En aquel momento tuvo la sensación clara de que le estaban robando.

Dieron las dos de la mañana; y sin vestirse, en calzoncillos, con los pies desnudos metidos en las zapatillas, y el pecho sólo abrigado con la camisa de dormir, empujó violentamente la puerta, y penetró en la sala candelero en mano.

—¡Ah, ya lo sabía!—gritó.—¡Ladrona!
¡Asesina!

Era verdad. Clotilde estaba allí, sin vestir como él, con los pies desnudos metidos en sus babuchas de tela, las piernas al aire, los brazos desnudos así como los hombros, cubierta apenas con una corta chambrá y la camisa. Por prudencia no había llevado bujía; se había contentado con abrir las persianas de una ventana, y la tempestad que pasaba frontera á la parte del Mediodía, en el cielo tenebroso, la enviaba relámpagos que bastaban para ver los objetos, bañados en una

fosforescencia lívida. El antiguo armario, de grandes hojas, aparecía abierto. Clotilde había desocupado el estante superior, bajando los legajos á brazadas, arrojándolos en la gran mesa que ocupaba el centro de la sala amontonados confusamente. Y febril, recelando no tener tiempo para quemarlos, se ocupaba en hacer paquetes con la idea de esconderlos y enviarlos en seguida á su abuela, cuando la repentina claridad de la bujía, iluminándolo todo, la dejó inmóvil, en actitud de sorpresa y de lucha.

— ¡Me robas y me asesinas! — repitió friamente Pascual.

Entre sus brazos desnudos tenía aún Clotilde uno de los legajos. El quiso quitársele. Pero la joven lo apretó con toda su fuerza, obstinada en la obra de destrucción, sin temblar, sin arrepentirse, como un combatiente que tiene la razón de su parte. Entonces él, ciego, loco, la acometió, y lucharon. Pascual la sujetaba lastimándola en las carnes desnudas.

— ¡Mátame! — tartamudeó Clotilde. — ¡Mátame, ó lo rompo todo!

Peró él la contenía, apretándola de un modo tan rudo que no la dejaba respirar.

— ¡Cuando una niña roba, se la castiga!

Aparecieron algunas gotas de sangre cerca del sobaco de Clotilde, deslizándose por sus hombros redondos, cuya sedosa y delicada piel aparecía lastimada por un rasguño.

Por un momento, el doctor la sintió tan jadeante, tan divina con el desarrollo fino de su cuerpo virginal, con las piernas correctamente modeladas, los brazos delicados, el torso delgado, de pechos menudos y duros, que la soltó. Merced á un último esfuerzo, le había arrancado el legajo.

— Tú misma vas á ayudarme á colocarlo allá arriba, ¡jira de Dios! Ven acá, comienza por ordenarlos en la mesa... Obedece, ¿oyes?

— ¡Sí, maestro!

Clotilde se acercó á él, y le ayudó, dominada, vencida por aquel abrazo varonil que parecía haber penetrado en su carne. La bujía, ardiendo con una llama prolongada en la oscuridad tempestuosa, les iluminaba; y á lo lejos, el retumbar del trueno no cesaba, y la ventana, abierta cara á la tempestad, parecía arder.

V

Pascual miró un instante el montón de legajos, que parecía enorme, arrojado así al azar sobre el ancha mesa, situada en mitad de la sala. En la confusión se habían entreabierto varias de las cubiertas de papel azul, y salían fuera los documentos-cartas, recortes de periódicos, escritos en papel sellado, apuntes.

Para volver á clasificar los paquetes, buscaba ya los nombres escritos en las cubiertas con letras gordas, cuando hizo un movimiento brusco, arrancándose á la sombría abstracción en que había caído. Y volviéndose hacia Clotilde, que esperaba erguida, blanca y muda:

—Oye: siempre te he prohibido leer estos papeles, y sé que me has obedecido... Si tenía mis escrúpulos. No es que tú seas una muchacha ignorante, como otras, porque yo te he permitido enterarte de cuanto se refie-

re al hombre y á la mujer, y esto, á buen seguro, no es malo sino para las naturalezas malignas. Pero, ¿á qué enfangarte demasiado pronto en esta terrible verdad humana? Por eso te dispensé de conocer la historia de nuestra familia, que es la historia de todas, la de la humanidad entera: mucho mal y mucho bien...

Se detuvo, y pareció afirmarse en su resolución con perfecta calma y soberana energía.

—Ya tienes veinticinco años; estás en edad de saber... Y además, ya no es posible nuestra existencia: vives y me haces vivir en perpetua pesadilla, con tus sueños y divagaciones. Prefiero que miremos cara á cara á la realidad, por execrable que sea. Puede que el golpe á que me resuelvo haga de tí lo que debes ser... Vamos á clasificar juntos otra vez estos legajos, y á hojearlos y á leerlos. ¡Una lección terrible!

Y como ella seguía inmóvil:

—Hace falta ver bien. Enciende las otras dos bujías.

Sentía una necesidad vehemente de luz; anhelaba la claridad deslumbradora del sol; y pareciéndole aún que no alumbraban lo suficiente las tres bujías, pasó á su habita-

ción en busca de los candelabros de dos brazos. Ardieron las siete velas, y los dos siguieron sin reparar en su desaliño: él con el pecho descubierto; ella con el hombro izquierdo manchado de sangre, y la garganta y los brazos desnudos; no se veían siquiera el uno al otro. Eran las dos dadas; pero ninguno se daba cuenta de la hora, é iban á pasar la noche dominados por la pasión de saber, sin necesidad de sueño, fuera del mundo real. La tempestad, que refulgía en el horizonte al través de la abierta ventana, bramaba más reciamente.

Clotilde no había visto nunca á Pascual tan febril, con los ojos tan chispeantes y devoradores. Hacia varias semanas que el doctor no podía consigo; á pesar de su bondad, tan conciliadora, á veces se ponía exaltado, á consecuencia de sus angustias morales. Pero en el momento de descender á las dolorosas verdades de la existencia parecía invadido de infinita ternura, palpitante de compasión fraternal; y de toda su persona emanaban corrientes de magnánima indulgencia, al prepararse á revelar á la joven el espantoso desastre de la realidad. Estaba resuelto: todo lo diría, puesto que para curarlo todo hay que decirlo todo. ¿No

era la evolución fatal, no era el supremo argumento la historia de aquellos seres que les tocaban tan de cerca? Así era la vida, y como no queda más remedio que vivir... El espíritu de la joven saldría de la prueba templado, lleno de tolerancia y valor.

—Te azuzan contra mí, te obligan á hacer cosas nefandas, y lo que yo quiero es restituirte tu conciencia. Cuando estés enterada, juzgarás y obrarás... Acércate. Lee conmigo.

Clotilde obedeció. Aunque aquellos legajos, de que su abuela hablaba con tanta cólera, la asustaban un poco, despertábase en su alma curiosidad creciente.

Pero por mucho que la dominase la fuerza viril que acababa de magullarla y rendirla, se reservaba, por si acaso. ¿Qué inconveniente tenía en escucharle y leer con él? ¿No conservaba el derecho de ceder ó no á la postre? Calma, y veamos.

—¡Vamos! ¿Quieres?

—¡Sí, maestro; quiero!

Empezó por enseñarla el árbol genealógico de los Rougon-Macquart. Comúnmente no lo guardaba en el armario, sino en la gaveta de su habitación, de donde acababa de traerlo con los candelabros. Más de veinte

años hacía que lo llevaba al corriente, inscribiendo los nacimientos, las defunciones, los matrimonios, todos los hechos de familia de alguna importancia, y distribuyendo los casos en notas breves, según su teoría de la herencia. Era una hoja grande de papel, ya amarillenta y cortada por los dobleces á fuerza de uso, sobre la cual se extendía, dibujado con trazos firmes, un árbol simbólico, cuyas ramas subdivididas presentaban cinco hileras de anchas hojas, y cada hoja llevaba un nombre y contenía una biografía, un caso hereditario, escrito en letra menuda.

El doctor sintió alegría de sabio ante aquella obra de veinte años, donde se veían tan clara y plenamente aplicadas las leyes de la herencia establecidas por él.

—¡Pero mira esto, chiquilla! Tú sabes lo bastante, tu has copiado lo suficiente de mis memorias para comprender... ¿No es cosa hermosa un conjunto así, un documento tan acabado y definitivo, donde no hay una laguna? Cualquiera lo tomaría por un experimento de gabinete, problema planteado y resuelto en el encerado... Mira, aquí abajo tienes el tronco, la estirpe común, mamá Dida. Después salen las tres ramas: la legítima—Pedro Rougón—y las dos bastardas

Ursula Macquart y Antonio Macquart. Luego suben dos nuevas ramas: por un lado, Máximo, Clotilde y Victor, los tres hijos de Saccard y Angélica, la hija de Elisa Macquart y Claudia, Santiago, Esteban y Ana, los cuatro hijos de su hermana Gervasia. El hermano, Juan, está allá, al extremo. Y aquí en medio verás lo que yo llamo el nudo: la línea legítima y la línea bastarda uniéndose en María Rougón y su primo Francisco Mouret, para dar nacimiento á tres ramas nuevas—Octavio, Sergio y Desideria Mouret—al paso que de Ursula y del sombrerero Mouret tenemos á Silverio, cuya muerte trágica conoces, á Elena y su hija Juana. En fin, allá en lo alto, están las ramillas últimas, el hijo de tu hermano Máximo, nuestro pobre Carlos, y otras dos criaturas muertas, Jacobo Luis, el hijo de Claudio Lantier, y Luisin, el hijo de Ana Coupeau... Total, cinco generaciones: ¡un árbol humano que ha echado vástagos ya en cinco primaveras, en cinco renovaciones de la humanidad, á impulsos de la corriente de savia en la eterna vida!

Se animaba é iba señalando los casos con el dedo en la hoja amarillenta de papel, como si fuese una lámina anatómica.

—Y te repito que todo está aquí... No tie-

nes más que ver las selecciones en la herencia directa: la de la madre,—Silverio, Elisa, Desideria, Santiago, Luisín, tú misma;— la del padre,—Sidonia, Francisco, Gervasia Octavio, Jacobo, Luis.—Luego tienes los tres casos de mezcla por soldadura, Ursula, Aristides, Ana y Víctor; por diseminación, Máximo, Sergio y Esteban; por fusión, Antonio, Eugenio y Claudio. Todavía he tenido que especificar un cuarto caso muy notable: la mezcla equilibrada, Pedro y Paulina. Y se notan las variedades: á la selección de la madre, por ejemplo, suele acompañar la semejanza física con el padre, ó al revés; de igual modo que, en la mezcla, el predominio físico y moral pertenece á uno ú otro factor, según las circunstancias.... Después pasamos á la herencia indirecta, la de los colaterales; de ésta no cuento más que con un ejemplo bien definido: la asombrosa semejanza física de Octavio Mouret, con su tío Eugenio Rougon. Tampoco tengo más que un ejemplo de la herencia por influjo: Ana, la hija de Gervasia y de Coupeau, se parecía asombrosamente, sobre todo en su infancia, á Lantier, el primer amante de su madre, como si Lantier hubiese impregnado á esta última para siempre... Pero mi gran ri-

queza está en la herencia regresiva: los tres casos más hermosos, Marta, Juana, y Carlos, todos parecidos á mamá Dida, presentan la semejanza saltando una, dos y tres generaciones. El fenómeno es seguramente excepcional, porque yo no creo gran cosa en el atavismo; me parece que los elementos nuevos aportados á las uniones, los accidentes y la variedad infinita de las mezclas, deben borrar con suma rapidez los caracteres particulares, restituyendo el individuo al tipo general... Y queda el innatismo: Elena, Juan, Angélica. Es la combinación, la mezcla química donde se confunden los caracteres físicos y morales de los ascendientes, sin que nada de ellos parezca traslucirse en el nuevo ser.

Siguió un silencio. Clotilde había escuchado con profunda atención, esforzándose en comprender. Y él ahora permanecía absorto, con los ojos fijos en el árbol, atento á juzgar equitativamente su obra. Prosiguió lentamente, como hablando á si mismo:

—Sí: es todo lo científico que cabe... No he puesto aquí más que los miembros de la familia, y hubiese debido conceder parte igual á los padres y á las madres que vinieron de fuera á mezclar su sangre con la nuestra, y

á modificarla por consiguiente. Yo había trazado un árbol matemático, en que el padre y la madre se legaban por mitad al hijo de generación en generación; de suerte que en Carlos, por ejemplo, la parte correspondiente á la abuela Dida se reducía á un dozavo; un absurdo, puesto que el parecido físico es completo. He creído, pues, suficiente indicar los elementos allegados de otras partes, teniendo en cuenta los matrimonios y el factor nuevo que introducían cada vez. ¡Ah, estas ciencias que principian, estas ciencias donde balbuce la hipótesis y reina como soberana la imaginación, son del dominio del poeta tanto como del sabio! Los poetas van en la vanguardia, y suelen descubrir países vírgenes é indicar las soluciones próximas.

Entre la verdad conquistada, definitiva y lo desconocido, de donde se arrancará la verdad de mañana, queda un margen que les pertenece... ¡Qué inmenso fresco se podría pintar, qué comedia y qué tragedia humana tan colosales se podrían escribir con la herencia, que es el génesis mismo de las familias, de las sociedades y del mundo!

Con la mirada vaga seguía abstrayéndose en su pensamiento. Pero bruscamente echó

á un lado el árbol y tornó á los legajos, diciendo:

—Dentro de poco volveremos á él; para que ahora comprendas, es menester que se desarrollen los hechos y que veas recitar á todos esos actores, rotulados aquí con simples notas que los resumen... Yo iré citando los legajos para que me los des uno á uno, y te contaré lo que contiene cada cual antes de volver á ponerlo en la tabla... No seguiré el orden alfabético, sino el orden mismo de los hechos. Ha tiempo que deseo hacer esa clasificación... Con que ve buscando los nombres en las cubiertas. Ante todo, mamá Dida.

En aquel momento, una ráfaga de la tormenta que incendiaba el horizonte, cogió al sesgo á la Souleíade y estalló sobre la casa, deshecha en un diluvio. Pero no cerraron siquiera la ventana. No oían las detonaciones del trueno ni el redoble continuo de aquel aluvión que azotaba la techumbre. Clotilde había dado á Pascual el legajo que llevaba escrito en letras grandes el nombre de la abuela Dida, y el doctor extraía papeles de todas clases, notas antiguas tomadas por él, é iba leyendo.

—Dame á Pedro Rougon... Dame á Ursula Macquart... Dame á Antonio Macquart...

La joven, con el corazón oprimido de angustia, obedecía á todo sin responder. Y desfilaban los legajos, y salían á luz sus documentos para volver á amontonarse en su tabla.

Venían primero los orígenes: Adelaida Fouque, la mocetona desequilibrada, la primer lesión nerviosa, que daba nacimiento á la rama legítima—Pedro Rougon—y á las dos ramas bastardas—Ursula y Antonio Macquart;—toda la tragedia vulgar y sangrienta dentro del marco del golpe de Estado de Diciembre de 1851: los Rougon, Pedro y Felicidad, salvando el orden en Plassans y salpicando su fortuna incipiente con la sangre de Silverio, mientras Adelaida, ya vieja, la mísera mamá Dida, se veía encerrada en las Tulettes, como espectro de la expiación. Luego se desencadenaba la jauría de las concupiscencias: apetito soberano del poder en Eugenio Rougon, el grande hombre, el águila de la familia, desprendido desdeñosamente de los intereses vulgares, prendado de la fuerza por la fuerza, conquistando á París con botas viejas en compañía de los aventureros del próximo Imperio; subiéndolo del Cuerpo legislativo al Senado; pasando de la presidencia del Consejo de

Estado á una cartera de ministro; hechura de su bando, toda una clientela famélica que lo aupaba y devoraba; vencido un instante por una mujer, la hermosa Clorinda, imbecilmente deseada; pero tan verdaderamente poderoso, abrasado de tales ansias de dominio, que reconquistaba el poder, desmintiendo su vida entera, y seguía su marcha triunfal hacia su reinado de vice-emperador. Aristides Saccard, por su parte, se cebaba en los goces bajos; se abalanzaba á la husma del dinero, de la mujer y del lujo; su apetito era hambre voraz, que lo echó á la calle en cuanto empezó la danza de los millones con el desatado viento de la especulación que soplabá por la ciudad, desmantelándola y reconstruyéndola con el incentivo de las fortunas descaradas fabricadas en seis meses, y tan pronto comidas como rehechas; un hartazgo de oro, cuya embriaguez creciente le dominaba hasta el punto de vender su nombre por tener los primeros cien mil francos indispensables, casándose con Renata, apenas frío el cadáver de su primera esposa, y hasta el punto de tolerar más tarde el incesto, en un momento de crisis pecuniaria, cerrando los ojos ante los amores de su hijo Máximo y de su segunda mujer, en medio del brillo deslum-

brador de la bacanal parisiense. Y ese mismo Saccard era quien algunos años después ponía en movimiento el enorme lagar de millones del Banco Universal: Saccard nunca vencido; Saccard elevado hasta las cumbres de la inteligencia y valentía de los grandes especuladores; Saccard que, penetrado del poder despótico y civilizador del dinero, daba, ganaba y perdía batallas en la Bolsa, como Napoleón en Austerlitz y Waterlóo, sepultando en el desastre á todo un mundo de criaturas miserables y abandonando á los azares del crimen á su hijo natural Víctor, fugitivo en la sombría noche, mientras él, bajo la protección impasible de la injusta naturaleza, contaba con el amor de la adorable Carolina, en recompensa, sin duda, de todo el mal que había hecho. Ahí, en ese estercolero mismo, había brotado una azucena inmaculada. Sidonia Rougon, la hermana complaciente de Saccard, la zurcidora de mil enjuagues, tenía de un desconocido á la pura y divina Angélica, la bordadorcita de dedos de hada que entretejía en el oro de las casullas el sueño de su príncipe encantador, la criatura tan poco hecha para la dura realidad, y tan desprendida de este mundo para volar hacia sus compañeras, las santas, que

obtenía la merced de morir de amor, el día de su matrimonio, con el primer beso de Feliciano de Hautecour, entre el repique de campanas que celebraban sus bodas reales.

Aquí venía el nudo de las dos ramas: la legítima y la bastarda. Marta Rougon se casaba con su primo Francisco Mouret: un matrimonio en armonía, lentamente desunido, y terminado poco á poco en las peores catástrofes: una dulce y triste mujer, apresada, explotada y triturada en la inmensa máquina de guerra armada para la conquista de una ciudad; una mujer á quien arrancaban sus tres hijos; una mujer que dejaba hasta su corazón en las duras garras del abate Faujas; y los Rougon salvaban á Plassans por segunda vez, mientras ella agonizaba al resplandor del incendio, donde su marido, loco de rabia y de venganza, ardía con el sacerdote. De los tres hijos, Octavio Mouret era el conquistador audaz, el espíritu resuelto á pedir á las mujeres el señorío de París; el hombre enfangado en un medio vulgar y corrompido, donde adquirió terrible educación sentimental, pasando de los desdenes caprichosos de la una al fácil abandono de la otra, apurando hasta las heces las amarguras del adulterio; pero conservándose, por fortuna,

activo, trabajador y batallador; emancipándose poco á poco, y elevándose, á pesar de todo, sobre las bajezas de aquel mundo podrido que se oía crujir. Y Octavio Mouret, victorioso, consumaba una revolución en el alto comercio; mataba las tiendecillas modestas del antiguo tráfico; plantaba en medio del febril París el palacio colosal de la tentación, cuajado de arañas deslumbradoras y rebosando terciopelo, seda y encajes; ganaba una fortuna regia explotando á la mujer, y vivía burlándose de las mujeres, hasta el día en que una chicuela vengadora, la sencillísima y juiciosísima Dionisia, le dominaba y le veía á sus pies, rendido y torturado, mientras ella, tan pobre, no le dispensaba el favor de casarse con él, en medio de la apoteosis de su Louvre y de la lluvia de oro de los ingresos. Quedaban los otros dos hijos: Sergio Mouret y Desideria Mouret. Esta, inocente y sana, como un animalejo, sin penas ni cuidados. Aquel, refinado y mustio, convertido en sacerdote por un accidente nervioso de su linaje, reanudaba la aventura adámica en el legendario Paradou; renacia para amar á Albina, para poseerla y perderla en el seno de la gran naturaleza cómplice, y volvía después á la Iglesia—la

eterna guerra á la vida—luchando por la muerte de su sexo, y arrojando sobre el cadáver de Albina el puñado de tierra del oficiente, á la misma hora en que Desideria, la fraternal amiga de los animales, se extasiaba de júbilo con la ardiente fecundidad de su corral.

Más lejos se divisaba un claro de vida dulce y trágica. Elena Mouret vivía tranquilamente con su hijita Juana en las alturas de Passy, dominando á París, el océano humano sin límites y sin fondo, frente al cual se desarrollaba la página de amor: la pasión de Elena por un médico á quien el azar lleva una noche á la cabecera de su hija, y los celos enfermizos de Juana, celos de enamorada instintiva que disputa su madre al amor, y tan minada ya por la pasión de ánimo, que moría á consecuencia de la falta materna: ¡precio terrible de una hora de deseo, en toda una vida intachable, el de aquella pobre niña muerta, que allá quedaba sola, bajo los cipreses del mudo cementerio, delante del eterno París!

Empezaba la rama bastarda con aquella Elisa Macquart, tan frescota y robusta, que, luciendo la prosperidad del vientre, con su delantal blanco, á la puerta de la salchiche-

ría, miraba sonriendo los mercados centrales, donde rugía el hambre de un pueblo—la batalla secular de los Gordos y de los Flacos: el flaco Florencio, su cuñado, aborrecido, acosado por las pescaderas y las mercachifles, y á quien la salchichera misma, mujer de probidad intachable, pero incapaz de perdón, hacía prender como á republicano impenitente,—convencida de que trabajaba por el sosiego de todas las personas honradas. De tal madre nacía la más sana, la más humana de las criaturas, Paulina Quenu, la ponderada, la razonable, la virgen que conocía y aceptaba la vida, y tan apasionada en su amor al prójimo, que, á pesar de la rebelión de su fecunda pubertad, cedía su prometido Lázaro á una amiga, y después salvaba al hijo del matrimonio desunido, haciéndose su verdadera madre: mujer siempre sacrificada, arruinada, pero satisfecha y alegre en su monótona soledad, frente al mar anchuroso, entre todo un mundo de dolientes que aullaban sus dolores y no querían morir.

Luego veía á Gervasia Macquart con sus cuatro hijos, aquella Gervasia cojitranca, linda y trabajadora, á quien su amante Lantier hacía rodar por los arrabales, donde

encontraba á Coupeau, el obrero laborioso, y se casaba con él: tan feliz al principio, con sus tres aprendizas en el obrador de plancha, y precipitándose después con su marido por la inevitable pendiente de la tentación y del medio ambiente viciado: él, conquistado poco á poco por el alcohol hasta llegar á la locura furiosa y á la muerte; ella pervertida, entregada á la holganza, acabada de perder por la vuelta de su amante, en medio de una tranquila ignominia, y víctima misera desde aquel punto de la cómplice miseria, que concluía por matarla una noche, á puros calambres del estómago vacío.

Su primogénito, Claudio, tenía el genio doloroso de un gran artista desequilibrado, la locura impotente de la obra maestra que sentía dentro de sí, sin que sus dedos rebeldes pudiesen darla á luz: lidiador gigante, siempre herido; mártir crucificado de la obra; adorador de la mujer, que sacrificaba la suya, Cristina, tan amante y amada un momento, á la mujer increada y divina que veía en sueños y cuyo soberano desnudo no acertaba á trazar su pincel: pasión devoradora del alumbramiento, necesidad insaciable de la creación, tan terriblemente angus-

tiosa cuando no es posible satisfacerla, que el pintor acaba por ahorcarse.

Santiago, por su parte, traía el crimen, el vicio hereditario que degeneraba en apetito instintivo de sangre, de sangre joven y fresca, extraída del seno de una mujer, de la primera que encontrara, de cualquiera que pasase por la calle: abominable impulso contra el cual luchaba, que volvía á dominarle en el curso de sus amores con la sumisa y sensual Severina, presa á su vez de temblor continuo á causa de una trágica historia de asesinato, y que le impelía á co-sería á puñaladas en una noche de acceso, enfurecido á la vista de sus blancas carnes, y todo ese salvajismo de la bestia desatábase entre los trenes lanzados á gran velocidad, en medio del mugido de la máquina, de la máquina amada que le trituraba un día, y que, libre después, sin conductor, se lanzaba al desconocido horizonte del desastre colectivo.

Esteban, á su vez, abandonado y perdido, llegaba al país oscuro en una helada noche de Marzo; bajaba al pozo voraz, amaba á la triste Catalina, que otro le robaba brutalmente, y llevaba la negra vida de miseria y de baja promiscuidad de los mineros, hasta

el día en que el hambre, inspirando la rebelión, pascaba al través de la rasa llanura al pueblo aullador de miserables que pedía pan, entre ruinas é incendios, bajo la amenaza de la tropa: terrible convulsión que anunciaba el fin de un mundo, sangre vengadora de los Maheu que se levantaría más tarde, Alzira muerta de hambre, Maheu atravesado por una bala, Zacarías víctima de una explosión de *grisú*, Catalina bajo tierra, la Maheu, única superviviente, llorando á sus muertos y volviendo á bajar al fondo de la mina para ganar su mezquino salario, mientras Esteban, el jefe derrotado de la partida, acosado por la idea de las reivindicaciones futuras, se alejaba una templada mañana de Abril, escuchando la sorda germinación del mundo nuevo, que pronto haría estallar la tierra.

Nana venía á ser desde entonces el desquite, la moza nacida en la inmundicia social de los arrabales, la mosca de oro que vuela de las podredumbres toleradas y encubiertas, llevando en la vibración de sus alas el fermento de destrucción, remontando hasta la aristocracia y pudriéndola, envenenando á los hombres sólo con posarse sobre ellos en el fondo de los palacios, donde entraba por

las ventanas; realizando, en fin, una obra ciega de ruina y de muerte: el trueno furioso de Vandeuers, la melancolía de Foucarmont recorriendo los mares de la China, el desastre de Steiner, reducido á vivir como hombre honrado, la imbecilidad satisfecha de La Faloise, el trágico hundimiento de los Moutfat y el blanco cadáver de Jorge, velado por Felipe recién salido de la cárcel; tal contagio en el aire apestado del tiempo, que ella, á su vez, se descomponía y sucumbía á la viruela negra, junto al lecho de muerte de su hijo Luisin, mientras por debajo de sus ventanas pasaba Paris, ebrio, tocado de la locura de la guerra, precipitándose á total perdición.

Venia, en fin, Juan Macquart, el obrero y soldado, vuelto á su condición de campesino en lucha con la dura tierra, que hace pagar cada grano de trigo con una gota de sudor; en lucha, sobre todo, con la gente de campo, en quien la codicia y la larga y ruda conquista del suelo encienden un ansia de poseer excitada perpetuamente: los Fouan, ya viejos, cediendo sus tierras como cedían su carne; los Buteau exasperados, llegando hasta el parricidio para anticipar la herencia de un alfalfar; la testaruda Paca

muriendo de un guadañazo, sin chistar, sin querer que saliese de la familia una mota de tierra; todo ese drama de las muchedumbres primitivas é instintivas, apenas desviadas del antiguo salvajismo, toda esa inmundicia humana sobre la anchurosa tierra, la única que subsiste inmortal, la madre de donde todos salimos y adonde todos volvemos, la que el hombre ama hasta el crimen, la que rehace continuamente la vida, para un objeto ignorado, hasta á costa de la miseria y la abominación de los seres. Y ese mismo Juan, ya viudo y alistado de nuevo á los primeros rumores de guerra, llevaba consigo la reserva inagotable, el fondo de eterna refluorescencia que la tierra guarda, siendo el más humilde, el más firme soldado del supremo cataclismo, arrollado en la espantosa y fatal borrasca que, desde la frontera á Sedán, barriendo el imperio, amenazaba arrebatarse la misma patria; siempre sensato, juicioso, firme en su esperanza, fraternalmente cariñoso para su compañero Mauricio, el hijo relajado de la *burguesía*, el holocausto destinado á la expiación, llorando lágrimas de sangre cuando el inexorable destino le escoge á él para amputar aquel miembro dañado, y después de la catástrofe, de las

continuas derrotas, de la horrible guerra civil, de las provincias perdidas, de los miles de millones por pagar, volviendo á proseguir su camino, tornando á la tierra que le esperaba, á la grande y ruda faena de reconstruir á Francia toda.

Pascual se detuvo. Clotilde le había pasado los legajos, uno á uno, y él, después de hojearlos, examinarlos y clasificarlos de nuevo, los colocaba otra vez en el estante alto del armario. Estaba sin aliento, agotado por tan larga carrera al través de la viviente humanidad; en tanto que la joven, sin voz, sin movimiento, aturdida por aquel torrente de vida desbordado, continuaba en actitud expectante, incapaz de reflexión y juicio. La tempestad seguía azotando el campo oscuro con el redoble sin fin de su lluvia diluviana. Un rayo acababa de partir algún árbol de las inmediaciones con horrible crujido. Las bujías oscilaron, merced al viento que entró por la ventana.

— ¡Ah! — prosiguió el doctor, señalando con un ademán los legajos. — Eso es un mundo, una sociedad y una civilización; la vida entera está ahí, con sus manifestaciones buenas y malas, en medio del fuego y de la hornada ardiente que todo lo arrolla... Sí; nues-

tra familia podría bastar hoy como ejemplo para la ciencia, cuyo anhelo es fijar un día matemáticamente las leyes de los accidentes nerviosos y sanguíneos que se declaran en un linaje á consecuencia de la primera lesión orgánica, y que, según los medios, determinan, en cada uno de los individuos de ese linaje, los sentimientos, los deseos, las pasiones, todas las manifestaciones humanas, naturales é instintivas, cuyos productos toman nombre de virtudes y vicios. Y es también un documento histórico que narra el segundo imperio desde el golpe de Estado hasta Sedán; porque los nuestros salieron del pueblo, se diseminaron al través de la sociedad contemporánea, y han invadido todas las situaciones, arrastrados por el desbordamiento de los apetitos, por ese impulso esencialmente moderno; por ese latigazo que lanza á los goces á las clases bajas á través del cuerpo social... Los orígenes — ya lo sabes — partieron de Plassans; y he nos aquí, en Plassans otra vez, en la etapa final del viaje.

Volvió á detenerse. La abstracción en que caía hacía sus palabras lentas y sordas.

— ¡Qué espantosa confusión, qué de aventuras tiernas ó terribles, qué de alegrías, qué de sufrimientos arrojados á paletadas en

ese montón colosal de hechos!... Hay historia pura: el imperio cimentado en sangre, duramente autoritario y conquistando las poblaciones rebeldes al principio; cayendo después en lenta desorganización y hundiéndose en medio de la sangre, tal mar de sangre, que estuvo á punto de sumergir á la nación entera. Hay estudios sociales: el comercio en grande y pequeña escala, la prostitución, el crimen, la tierra, el dinero, la clase media, el pueblo, así el que se pudre en la sentina de los suburbios como el que se alborota en los grandes centros industriales— brote creciente del soberano socialismo preñado del siglo nuevo... Hay meros estudios humanos, páginas íntimas, historias de amor, el combate de las inteligencias y de los corazones contra la naturaleza injusta, el aniquilamiento de los que gritan aplastados por labor desmesurada, el clamor de la bondad que se inmola, victoriosa del dolor... Hay fantasía, vuelos de la imaginación fuera de lo real, inmensos jardines, floridos en todas las estaciones, catedrales con esbeltos pináculos de preciosa labor, cuentos maravillosos que descienden del paraíso, ternuras ideales que suben á los cielos en un beso... Hay de todo: de lo mejor y de lo peor,

cosas vulgares y cosas sublimes, flores, cielos, sollozos, risas, ¡el torrente mismo de la vida que acarrea sin fin la humanidad!

Y volviendo á coger el árbol genealógico que había quedado sobre la mesa, lo extendió y tornó á recorrerlo con el dedo, enumerando ahora los miembros de la familia que vivían aún. Eugenio Rougon, majestad caída, quedaba en la Cámara como testigo y defensor impasible del antiguo mundo arrollado en la catástrofe. Aristides Saccard, mudado el pellejo, caía nuevamente de pies, vuelto republicano, director de un gran periódico, y ganando nuevos millones; mientras su hijo natural, Víctor, seguía sin parecer, viviendo en la sombra del crimen, puesto que no estaba en presidio, sino suelto por el mundo, camino del patíbulo, como una bestia, babeando virus hereditario, que á cada dentellada encona el ancha herida. Sidonia Rougon, oculta en los rincones, cansada ya de oficios dudosos, acababa de retirarse, con austeridad monacal, á la sombra de una casa religiosa, como tesorera de la Obra del Sacramento, destinada á facilitar el matrimonio de las madres solteras. Octavio Mouret, dueño de los grandes almacenes conocidos por *La dicha de las damas*, cuya

fortuna colosal seguía en aumento, había tenido á fines de invierno otro hijo de su mujer Dionisia Baudu, á quien adoraba, aunque no dejaba de jugarla pasadillas. El Padre Mouret, cura de San Eutropio, aldehueta escondida en pantanoso desfiladero, se había enclaustrado allí con su hermana Desideria, y vivía con gran humildad, sin querer aceptar del obispo ningún ascenso, y esperando la muerte lo mismo que un santo varón que rechazaba las medicinas, á pesar de resentirse ya de una tisis incipiente. Elena Mouret vivía feliz y muy retirada, con su nuevo marido, el Sr. Rambaud, en la finquita que poseían cerca de Marsella, á orillas del mar; del segundo esposo no había tenido hijos. Paulina Quenu seguía en Bonneville, al otro extremo de Francia, frente al vasto Océano, sola ya con Pablito, desde la muerte del tío Chanteau, resuelta á no casarse, á consagrarse por entero al hijo de su primo Lázaro que, después de viudo, se había ido á hacer fortuna á América. Esteban Lantier, de regreso en París después de la huelga de Montsou, se había comprometido posteriormente en la insurrección de la *Commune*, cuyas ideas defendió con vehemencia; salió condenado á muerte, pero

se le conmutó la pena por la de deportación, y ahora se encontraba en Numea; decíase que allí se había casado en seguida y que ya tenía un hijo, sin que se supiese á ciencia cierta si hembra ó varón. Por último, Juan Macquart, licenciado después de la semana terrible, había vuelto á establecerse cerca de Plassans, en Valqueiras, teniendo la suerte de casarse con una moza robusta, Melania Vial, hija única de un campesino acomodado, cuya tierra labraba; y su mujer, embarazada desde la misma noche de bodas, daba á luz en Mayo á un niño, y estaba en cinta otra vez de dos meses: uno de esos casos de fecundidad exuberante, que no deja á las madres tiempo de amamantar á sus hijos.

—Si, es evidente—continuó á media voz—los linajes degeneran. Noto aquí verdadero agotamiento, rápida decadencia, como si los nuestros, con el furor de goces y la glotonería por saciar sus apetitos, hubiesen consumido en horas la leña de todo el invierno. Luisín, muerto en la cuna; Jacobo Luis, medio imbécil, arrebatado por una enfermedad nerviosa; Víctor, retrocediendo al estado salvaje y corriendo desenfrenado quién sabe por qué abismos de tinieblas;

nuestro pobre Carlitos, tan guapo y tan delicado; he ahí los últimos vástagos del árbol, las últimas ramas pálidas, adonde parece que no puede subir la savia potente de los robustos brazos. El gusano estaba en el tronco; ahora está en el fruto, y lo devora... Pero no debe desesperarse nunca; las familias son la evolución eterna. Ahondan, más allá del común antepasado, en las capas insondables de las razas que vivieron, hasta llegar al primer ser; y brotarán sin fin, se extenderán, se ramificarán indefinidamente al través de las edades futuras... Ya ves nuestro árbol: no cuenta más que cinco generaciones; no tiene siquiera la importancia de la brizna de hierba en medio del colosal y espeso bosque humano, cuyas grandes encinas seculares son los pueblos. Pero piensa en sus inmensas raíces que abrazan todo el suelo; piensa en la continua expansión de sus hojas altas que se mezclan con las otras hojas; piensa en el mar incesantemente móvil de las copas, sacudido por el eterno soplo fecundante de la vida... Pues bien, ahí está la esperanza, en la reconstrucción diaria de la raza por la sangre nueva que de fuera recibe. Cada matrimonio aporta otros elementos, buenos ó malos, que con-

tribuyen, de todos modos, á impedir la degeneración matemática y progresiva. Las brechas se reparan, las máculas se borran, y al cabo de algunas generaciones, se restablece un equilibrio fatal, de donde acaba por salir siempre el hombre mediano, la humanidad vaga, porfiada en su labor misteriosa, camino de su ignorada meta.

Detúvose, exhalando un prolongado suspiro.

—¡Ah! ¿Qué va á ser de nuestra familia? ¿Dónde iremos á parar?

Y prosiguió ya, sin tener en cuenta los supervivientes que había nombrado y clasificado—esos bien sabía de lo que eran capaces—pero poseído de vivo interés por los niños de tierna edad. Había escrito á un colega de Numea para tener noticias exactas sobre la mujer con quien Esteban acababa de enlazarse y sobre el niño que debía haber dado á luz; pero no recibía contestación, y temía mucho que, por ese lado, el árbol quedase incompleto. Mejor informado estaba respecto á los dos hijos de Octavio Mouret, con el cual seguía en correspondencia: la niña se criaba encanijada, no dejando de inspirar inquietudes, mientras el niño, que se parecía mucho á su madre, medraba so-

berbiamente, en hermoso estado de equilibrio y salud. Pero sus esperanzas más firmes se cifraban en los hijos de Juan: el primero de ellos era un chicarro magnífico, en quien se adivinaba toda la savia joven, primaveral, de las razas que van á remozarse en la tierra. El doctor iba á Valqueiras algunas veces, y volvía contento de aquel hogar de fecundidad, de aquel padre apacible y juicioso, siempre cosido á su arado, y de aquella madre alegre y sencilla, de tremebundas cavidades y seno capaz de sustentar un mundo. ¿Quién sabía de dónde podía brotar la rama sana? Quizá los fuertes y sensatos germinarían allí. Lo malo para la belleza del árbol, consistía en que esos monigotillos eran tan pequeños aún, que no podía clasificarlos. Y se alteraba su voz, emocionada por la esperanza del porvenir, y ante esas rubias cabecitas, á impulsos del secreto pesar de su celibato.

Sin dejar de mirar el árbol extendido sobre la mesa, exclamó:

— ¡Y, sin embargo, es completo, es decisivo! ¡Míralo bien!... Te repito que están aquí todos los casos hereditarios. Para fijar mi teoría, no he tenido más que basarla en el conjunto de estos hechos... En fin, lo mara-

viloso es que se toca con el dedo cómo pueden parecernos radicalmente diferentes criaturas nacidas de la misma estirpe, no siendo más que modificaciones lógicas de los antepasados comunes. El tronco explica las ramas, y éstas, á su vez, las hojas. En tu padre, Saccard, como en tu tío, Eugenio Rougon, tan opuestos en temperamento y en vida, una misma era la savia que formó los apetitos desordenados del uno y la ambición soberana del otro. De un ente equívoco, como Sidonia, nace una Angélica, azucena inmaculada, con los vuelos ideales que forman las enamoradas ó las místicas, según el medio. Los tres hijos de los Mouret se ven impelidos por un soplo idéntico, que hace del inteligente Octavio un vendedor de trapos millonario, del creyente Sergio un pobre cura de aldea, y de la imbécil Desideria un alma de Dios bendita. Pero aún es más asombroso el ejemplo de los hijos de Gervasia: pasa el soplo neurosis, y Nana se prostituye. Esteban se subleva, Santiago mata, y en Claudio brilla el genio; mientras en Paulina, la prima hermana de los cuatro, es la honra-
 ®
 dez triunfante, la que lucha y se inmola... La herencia, la vida misma incubaba imbéciles, locos, criminales y grandes hombres. Unas cé-

lulas abortan, otras ocupan su puesto, salta un bribón ó un loco furioso, en vez de un hombre de genio ó de un hombre honrado á secas. ¡Y la humanidad sigue su curso, acarreándolo todo!

Después, entregándose á nueva corriente de pensamientos:

—¡Y la animalidad, la bestia que sufre y ama, que es como bosquejo del hombre; toda esa animalidad fraternal que comparte nuestra vida!... Sí: yo hubiese querido meterla en el arca, otorgarla su puesto entre nuestra familia, presentarla siempre confundida con nosotros, completando nuestra existencia. He conocido gatos cuya presencia era el encanto misterioso de la casa; he visto perros adorados y llorados, cuya muerte dejaba en el corazón un duelo inconsolable; he conocido cabras, vacas, asnos de importancia suma, animales cuya individualidad representó tal papel, que debería escribirse su historia... ¿Y tienes más que ver nuestro viejecín; nuestro pobre caballo, que ha estado sirviéndonos un cuarto de siglo? ¿No crees tú que ha mezclado su sangre con la nuestra, y que es ya de la familia? Nosotros lo hemos modificado á él, como él ha influido un poco sobre nosotros; de suerte que con-

cluimos por amoldarnos á la misma imagen. Y esto es tan cierto, que, cuando ahora lo veo medio ciego, con los ojos mortecinos y las piernas baldadas, lo beso en los bellos, como si fuese un pariente pobre, recogido y venerado... ¡Ah! ¡La animalidad, los seres que se arrastran y lamentan en la escala inferior al hombre! ¡Qué puesto y qué simpatía tan inmensa habría que concederles en una historia de la vida!

Fué el último grito en que exhaló Pascual la exaltación de su amor al *ser*. Excitado poco á poco, llegaba hasta la confesión de su fe en la labor continua y victoriosa de la naturaleza viva.

Clotilde, silenciosa hasta entonces, densamente pálida en medio de la catástrofe de tantos hechos como caían sobre ella, desplegó al fin los labios para preguntar:

—¡Bueno, maestro! ¡Y yo!

Señalaba con su afilado dedo la hoja del árbol en que veía escrito su nombre. El doctor había pasado siempre esa hoja. Ella insistió.

—¡Sí, yo! ¿Qué soy yo?... ¿Por qué no me has leído mi legajo?

Pascual permaneció mudo un momento, como sorprendido de la pregunta.

—¿Por qué? Pues por nada... Es la verdad: no tengo nada que ocultarte... Ya ves lo que hay escrito ahí: "Clotilde, nacida en 1847, Selección de la madre. Herencia regresiva, con predominio moral y físico de su abuelo materno... Nada más claro. Tu madre llevó en ti la ventaja; tú tienes su buen apetito, mucho también de su coquetería y algo de su indolencia y sumisión. Si, eres muy mujer como ella; sin saberlo, te gusta que te quieran. Tu madre, además, era una gran lectora de novelas, una soñadora que se deleitaba en pasarse días enteros tendida fantaseando sobre un libro; era loca por los cuentos de las niñas, iba á que le echasen las cartas, consultaba á los somnámbulos, y yo he creído siempre que de ahí venía tu preocupación por lo misterioso, tu inquietud por lo desconocido... Pero lo que acaba de formarte, introduciendo en ti una dualidad, es el influjo de tu abuelo, el comandante Sicardot. Yo le conocí: no era un águila, pero sí hombre de mucha rectitud y energía. Francamente, á no ser por él, creo que no valdrías gran cosa, porque las otras influencias no son envidiables. A él debes lo mejor de tu ser: el valor para luchar, la entereza y la sinceridad.

Clotilde escuchó con atención é hizo un li-

gero movimiento de cabeza para decir que estaba bien, que no se ofendía, á pesar del leve estremecimiento que agitó sus labios al oír aquellos pormenores sobre su madre.

—¡Bueno!—contestó.—¿Y tú, maestro?

El doctor exclamó esta vez sin vacilar:

—¡Oh, yo! ¿Para qué hablar de mí? ¡Yo no soy de la familia!... Ya ves lo que hay escrito ahí: "Pascual, nacido en 1813. Innatismo. Combinación, en que se confunden los caracteres físicos y morales de los ascendientes, sin que nada de ellos parezca traducirse en el nuevo ser...". Mi madre me ha repetido con bastante frecuencia que yo no era de la familia, que no sabía de dónde podía haber salido.

Y sus palabras eran como un grito de alivio, un desahogo de involuntaria alegría.

—Mira cómo el pueblo no se engaña. ¿Has oído tú que me llamen nunca Pascual Rougon? ¡No! Dicen pura y simplemente el doctor Pascual. Es que yo soy cosa aparte... Y quizá no daré pruebas de mucho cariño; pero me felicito de ello, porque, á la verdad, hay herencias demasiado pesadas. Aunque yo los quiera á todos, no deja de latir de alegría mi corazón cuando veo que no nos parecemos, que no tenemos nada de común.

¡No ser de ellos, no ser uno de tantos, Dios mío! ¡Es una ráfaga de aire puro, es lo que me da fuerzas para tenerlos ahí á todos, para hacerles la autopsia en esos legajos, y sentirme todavía con ánimos para vivir!

Calló finalmente, y prodújose un silencio. Había cesado la lluvia, se alejaba la tempestad, los truenos se oían más distantes cada vez y del campo refrescado, aún oscuro, subía delicioso olor de tierra húmeda. En la apaciguada atmósfera acaban de consumirse las bujías, con llama alta y tranquila.

—¡Ah!—dijo sencillamente Clotilde, con expresión de desaliento.—¿Qué hacer?

Lo había declarado una noche en la era: la vida era abominable; ¿de qué modo conllevarla tranquila y felizmente? Terrible era la claridad que la ciencia proyectaba sobre el mundo; el análisis ahondaba en todas las llagas humanas para poner su horror al descubierto; y ahora la ciencia acababa de hablar con más crudeza aún, agravando las náuseas que la producían las personas y las cosas, arrojando á su misma familia, completamente desnuda, en la losa del anfiteatro. Durante cerca de tres horas había estado corriendo á su vista el torrente cenagoso, brindando la peor de las revelaciones, la impensada y

terrible verdad sobre los suyos, sobre los seres queridos, sobre los que debía amar: su padre medrando entre los crímenes del dinero; su hermano incestuoso; su abuela sin escrúpulos, salpicada con la sangre de los buenos, y los demás dañados casi todos, borrachos, viciosos, asesinos — floración monstruosa del árbol humano.—El choque era tan brutal, que Clotilde no acertaba á rehacerse, en medio del estupor doloroso que le causaba aquella revelación súbita de la vida entera. Y, sin embargo, con toda su violencia, la lección parecía dulcificada por algo grande y bueno, un soplo de profunda humanidad, que del principio al fin la penetraba. Ningún mal dejaba en pos de sí: la joven se había sentido fustigada por recio viento marino, el viento de las tempestades, que nos deja el pecho dilatado y sano. Pascual lo había dicho todo, hablando libremente de su misma madre, sin dejar de guardar, respecto de ella, su deferente actitud de sabio que no juzga los hechos. Decirlo todo para conocerlo todo, para curarlo todo: tal era el grito que había proferido en la serena noche de verano. Y bajo el peso de lo que acababa de oír, Clotilde se encontraba aturdida, cegada por luz demasiado fuerte, pero

comprendiendo al cabo al doctor, reconociendo que acometía una obra inmensa. Después de todo, su grito era un grito de salud, de esperanza en el porvenir. Hablaba como bienhechor, que, puesto que la herencia regulaba al mundo, quería determinar sus leyes para dominarla y rehacer otro mundo feliz.

Y además, ¿corría ciego en aquel río desbordado cuyos diques acababa de soltar? ¡Cuánto oro no llevaba mezclado con las hierbas y las flores de las orillas! Cientos de criaturas desfilaban á su vista, y se agolpaban en su mente imágenes de bondad encantadoras, con delicados contornos virginales y serenas bellezas de mujeres; toda la pasión estaba allí manando sangre, todo el corazón explayándose en tiernas efusiones. Eran muchas: Juana, Angélica, Paulina, Marta, Gervasia, Elena. De éstas y de las demás, incluso las menos buenas, y hasta de los hombres terribles, de los peores de la falange, ascendía un vaho de humanidad fraternal. Y ese soplo era precisamente el que ella había sentido acariciarla, esa gran corriente de simpatía era la que acababa de infundirla el doctor en su lección de sabio. Pascual no parecía conmovido: conservaba

la actitud impersonal del profesor; pero allá, en el fondo de su espíritu, ¡qué compasiva bondad, qué fiebre de abnegación, qué consagración de todo su ser á la felicidad ajena! Su obra entera, tan matemáticamente construida, estaba impregnada de esa fraternidad dolorosa, hasta en sus ironías más sangrientas. ¿No acababa de hablar de los animales como hablaría un hermano mayor de todos los vivientes que sufren? El sufrimiento lo exasperaba; su cólera era hija de la excesiva altura de su ensueño; no se había manifestado brutal más que por odio á lo ficticio y efímero; ambicionaba trabajar, no por la sociedad civilizada de un momento, sino por la humanidad entera, en todas las horas graves de su historia. Quizá esa rebelión misma contra la vulgaridad corriente era la que le había llevado á tener todas las audacias prácticas y teóricas. Y humana era su empresa, henchida con el inmenso sollozo de los seres y de las cosas.

Por otra parte, así es la vida. No hay mal absoluto. Jamás es malo un hombre para todos; siempre hace la felicidad de alguien. De ahí que, no colocándose en un punto de vista exclusivo, siempre acabamos por darnos cuenta de la utilidad de cada ser. Los

que creen en Dios, deben suponer que, si su Dios no aniquila á los malos, es porque ve la marcha total de su obra, y no se digna descender á las particularidades. La labor que acaba vuelve á dar comienzo; y á la postre, la suma de los vivos despliega valor y laboriosidad admirables. El amor á la vida triunfa de todo. Esa gigantesca faena de los hombres, esa tenacidad en vivir, es su disculpa, es su redención. Así, desde gran altura, la mirada no distingue más que esa lucha continua, y después de todo, mucho bien mezclado con mucho mal. Entrase en las vías de la universal indulgencia; se perdona y no se siente más que infinita compasión y caridad ardiente. Allí está seguramente el puerto, esperando á los que han perdido la fe y quieren explicarse por qué viven en medio de la iniquidad aparente del mundo. Hay que vivir por el esfuerzo de vivir, por la piedra aportada á la lejana y misteriosa obra; y la única paz posible en este mundo, está en el goce del esfuerzo realizado.

Acababa de pasar otra hora; toda la noche había durado la terrible lección de vida, sin que Pascual ni Clotilde se diesen cuenta del lugar donde estaban ni del tiempo transcurrido. Y él, agobiado desde hacía semanas,

consumido por las sospechas y los pesares, tuvo un estremecimiento nervioso, como si despertara bruscamente.

—Vamos á ver: ya lo sabes todo; ¿te sientes con ánimos, fortalecida por la verdad, llena de perdón y de esperanza?... ¿Estás conmigo?

Pero ella también temblaba, sin poder recobrar del espantoso choque moral que acababa de sufrir. En medio del desastre de sus creencias antiguas y su evolución hacia un mundo nuevo, no se atrevía á interrogarse y responder. Se sentía subyugada y arrastrada por la omnipotencia de la verdad. La sufría sin convencerse.

—Maestro—balbució;—maestro...

Y permanecieron mirándose cara á cara un instante. Rayaba el día: un alba de una pureza deliciosa en el inmenso cielo sereno, lavado por la tempestad. Ninguna nube manchaba ya su pálido azul, teñido de rosa. Todo el alegre despertar del campo humedecido entraba por la ventana, mientras las bujías, ya á punto de consumirse, iban palideciendo ante la claridad creciente.

—Responde: ¿Quieres aún destruirlo todo, quemarlo todo?... ¿Estás conmigo, enteramente conmigo?

En aquel punto creyó que Clotilde iba á arrojarse á su cuello, parecía ceder á un repentino impulso. Pero se vieron los dos en su semi-desnudez. Ella, que no había parado mientes hasta entonces, advirtió que estaba en enaguas, con los brazos al aire, con los hombros desnudos, sin más protección que la escasa de sus sueltos rizos; y cerca del sobaco izquierdo tropezaron sus ojos con las gotas de sangre, con la herida que le había hecho Pascual apretándola brutalmente para domeñarla. La embargó entonces confusión extraordinaria, presintiendo que iba á ser vencida, como si él, con aquella opresión, se hubiese hecho dueño suyo en todo y para siempre. La sensación se prolongaba, la invadía, anulaba su voluntad, inclinándola irresistiblemente á entregarse.

De pronto se irguió, decidida á reflexionar. Se había tapado con los brazos el pecho desnudo. Toda la sangre de sus venas afluyó á la piel, acumulada en una ola púrpura de pudor, y se dió á huir, con un arranque divino de su esbelto talle.

—Maestro, maestro, déjame... Ya veré...

Con ligereza de azorada virgen, se refugió en su cuarto, como en otra ocasión. Pascual la oyó cerrar precipitadamente la puerta,

echando las dos vueltas á la llave. Al verse solo, se preguntó, poseído repentinamente de desaliento y tristeza inmensa, si había hecho bien en decírselo todo; si germinaría la verdad en aquella criatura adorada, produciendo frutos de ventura.

VI

Pasaron días. Octubre empezó de una manera espléndida: un otoño ardiente, una calurosa pasión de estío en plena madurez, sin una nube en el cielo.

Después el tiempo cambió; soplaron vientos terribles, y la postrera tempestad barró las pendientes.

Era un nuevo infierno. Ya no había vivos altercados entre Pascual y Clotilde; ya no se oían portazos ni gritos que obligasen á Martina á subir á todas horas. A la sazón apenas se hablaban; no habían cruzado palabra siquiera sobre la escena de la noche. El, por escrúpulo no explicado, por singular pudor de que no se daba cuenta, no quería reanudar la conversación, no quería exigir la respuesta esperada, la palabra de sumisión y de fe. Ella, después del gran sacudimiento moral que la transformaba totalmente, seguía reflexionando, vacilando, luchando, y, bajo el in-

flujo de su rebelión instintiva, evitaba la solución, para no ceder. Y proseguía la mala inteligencia, en medio del gran silencio de la misera casa, donde ya no había felicidad.

Fué una de las épocas en que el doctor sufrió horriblemente sin quejarse. Aquella calma aparente no le tranquilizaba; al contrario. Vivía en continuo recelo, figurándose que seguían las maquinaciones, y que, si aparentaban dejarle en paz, era para tramar en la sombra los planes más tenebrosos. Sus inquietudes llegaron á crecer hasta el punto de esperar todos los días una catástrofe, de ver ya sepultados sus papeles en abismo repentinamente abierto, y á toda la Souleíade arrasada, arrebatada por los aires, volando hecha polvo. La persecución insidiosa contra su pensamiento, contra su vida moral é intelectual, era para él tan desanimadora é intolerable, que se acostaba por la noche con calentura. A menudo se estremecía y se volvía bruscamente, como si fuese á sorprender al enemigo á su espalda, fraguando alguna traición; y no había nadie, ni nada más que su propio estremecimiento en el seno de las tinieblas. Otras veces, sobrecojido por la sospecha, permanecía en acecho durante horas detrás de las persianas ó em-

boscado en un pasillo; pero no se movía ni el alma, ni oía más que los violentos latidos de sus sienas. Era un perpetuo sobresalto; no se metía ya en la cama sin registrar antes todas las habitaciones, y se acostaba para no dormir, para despertarse anhelante al menor ruido, pronto á defenderse.

Y lo que agravaba el sufrimiento de Pascual era la idea constante, cada vez más trágica, de que su tribulación era obra de la única criatura á quien quería en el mundo, de aquella adorada Clotilde, cuya belleza y hechizos veía crecer hacia veinte años, cuya vida se había desplegado hasta entonces como ramillete florido que perfumaba la suya. ¡Ella, Dios mío, ella que llenaba su corazón de un cariño absoluto, jamás analizado! ¡Ella, que había venido á ser su alegría, su animación, su esperanza, la nueva juventud en que se sentía revivir! Cuando pasaba Clotilde, con su cuello delicado, tan torneado y tan fresco, su vista le refrigeraba, bañándole en salud y alegría, como á impulsos de un renacimiento primaveral. Su existencia entera explicaba la posesión, la invasión de su ser por aquella niña, que, pequeña aún, había ocupado un puesto en su corazón, y, al crecer, fué llenándolo poco á poco to-

talmente. Desde su instalación definitiva en Plassans, llevaba una existencia de benedictino, enclaustrado con sus libros, lejos de las mujeres. No se le sabía más que su pasión por aquella dama, ya muerta, á quien jamás llegó á besar la punta de los dedos. Hacía, sí, sus viajes á Marsella; á lo mejor dormía fuera de casa. Pero eran ventoleras instantáneas, con la primera que salía al paso. No había vivido; conservaba una reserva de virilidad, cuyo oleaje se amontonaba entonces bajo la amenaza de la próxima vejez. Se hubiese apasionado por un animal, por un perro recogido en la calle que le hubiese lamido las manos; ¡y había de ser su enemiga precisamente aquella Clotilde queridísima, aquella niña hecha de pronto apetecible mujer, que ahora le poseía y torturaba!

Pascual, tan alegre, tan bueno, cayó entonces en sombrío humor y adquirió dureza insuportable. Se enfadaba por la menor cosa; daba empellones á Martina, que le miraba llena de asombro, con ojos sumisos de animal maltratado. De la mañana á la noche paseaba su angustia por la triste mansión, con tan mal talante, que no se atrevían á dirigirle la palabra. Ya no llevaba nunca á Clotilde: iba solo á sus visitas. Y solo volvió una

tarde, trastornado por un accidente, llevando sobre su conciencia de médico aventurero la muerte de un hombre. Había salido para hacer una inyección á Lafouasse, el figonero, cuya ataxia progresó repentinamente de tal modo, que le juzgaba desahuciado. Pero él, porfiando en luchar contra viento y marea, continuaba la medicación; y aquel día quiso la mala suerte que la jeringuilla recogiese del fondo del frasco una partícula impura escapada del filtro. Para colmo de desgracia, acababa de pinchar en una vena y asomó una gota de sangre. Se alarmó en seguida, al ver al figonero palidecer y sofocarse, cubriéndose de un sudor frío. Cayó en la cuenta después, al venir la muerte como una exhalación, amoratando los labios y poniendo negro el semblante del hombre. Era una obliteración; y no podía acusar más que á la insuficiencia de sus preparaciones, á aquel método bárbaro aún. Verdad que Lafouasse estaba perdido, que no hubiese vivido acaso más que seis meses, en medio de sufrimientos atroces; pero no por eso era menos positiva la brutalidad del hecho, aquella muerte afrentosa; ¡y qué desesperación, qué quebranto en su fe, qué cólera contra la ciencia impotente y homicida! Entró en su

casa lívido, y no volvió á aparecer hasta el día siguiente, después de pasarse diez y seis horas en su cuarto, atravesado en la cama, sin desnudarse, sin moverse ni respirar.

Aquel día, por la tarde, Clotilde, que estaba cosiendo cerca de él en la sala, se atrevió á romper el enojoso silencio. Había alzado los ojos, y le veía fatigarse en hojear un libro, buscando un dato que no encontraba.

—Maestro, ¿estás malo?... ¿Por qué no lo dices? Yo te cuidaré.

Pascual, con la cara pegada al libro, murmuró sordamente:

—Malo... ¡bastante te interesa á tí! Yo no necesito de nadie.

Clotilde repuso con ánimo conciliador:

—Si tienes penas, y puedes decírmelas, quizá sentirás algún alivio... ¡Ayer volviste tan triste! No debes dejarte abatir así. He pasado la noche muy intranquila; vine tres veces á escuchar á tu puerta, hostigada por la idea de que estuvieses enfermo.

Sus palabras, aunque tan dulces, fueron para él como un latigazo que le dobló. En su estado de debilidad enfermiza, experimentó brusco sacudimiento de cólera, que le hizo rechazar el libro y levantarse temblando.

—Eso es que me espías, que no soy dueño

siquiera de retirarme á mi cuarto, sin que vayan á pegar el oído á las paredes... Sí; se escuchan hasta los latidos de mi corazón, se acecha mi muerte para saquearlo y quemarlo todo...

Y alzaba la voz y exhalaba en amenazas y quejas su injusto sufrimiento.

—Te prohibo ocuparte de mí... ¿Tienes otra cosa que decirme? ¿Has reflexionado? Puedes poner tu mano en la mía lealmente diciéndome que estamos de acuerdo?

Pero Clotilde no respondía ya; se limitaba á seguir mirándole con sus grandes ojos limpidos, resuelta á reservarse aún; y él, más exasperado con aquella actitud, perdió todo dominio de sí; tartamudeó; la echó con un ademán.

—¡Vete! ¡vete!... ¡No quiero que estés cerca de mí! ¡No quiero enemigos á mi lado! ¡No quiero que venga nadie á volverme loco!

Clotilde se levantó muy pálida, y salió derecha, sin volverse, llevándose su labor.

Durante el siguiente mes, Pascual trató de refugiarse en un trabajo encarnizado de todas horas. Se pasaba los días enteros y hasta las noches solo en la sala, revisando documentos antiguos, refundiendo todos sus trabajos sobre la herencia. Parecía poseído

de verdadero furor por convencerse de la legitimidad de sus esperanzas, por obligar á la ciencia á darle la certidumbre de que cabía rehacer la especie humana, crear una humanidad sana y superior. Ya no salía; abandonaba á sus enfermos; vivía á solas con sus papeles, sin aire, sin ejercicio. Y al cabo de un mes de ese abuso de fuerzas, que lo destrozaba sin calmar sus berrinches domésticos, cayó en tal estado de agotamiento nervioso, que la enfermedad, ya hacia tiempo en germen, se declaró con violencia alarmante.

Ahora, al levantarse por la mañana, no podía con la fatiga, se sentía más pesado y cansado que la noche anterior al acostarse. Era una extenuación continua de toda su persona: en cuanto andaba cinco minutos le flaqueaban las piernas; al menor esfuerzo quedaba molido; no podía moverse sin experimentar al punto sufrimiento angustioso. A veces le parecía que oscilaba el suelo. Le aturdiran zumbidos continuos; tenía deslumbramientos que le hacían cerrar los párpados, como si le amenazase una lluvia de chispas. Había tomado aversión al vino; no comía; digería mal. Y en medio de la apatía de esa galbana creciente, estallaban á lo

mejor transportes súbitos, locuras de actividad inútil. Estaba roto el equilibrio; su debilidad irritable le llevaba de un extremo á otro sin razón aparente. Por la más ligera emoción se le llenaban de lágrimas los ojos. Había acabado por encerrarse, con tales accesos de desesperación, que lloraba sollozando durante horas seguidas, no por ninguna pena del momento, sino agobiado únicamente por la inmensa tristeza de las cosas.

Pero su mal redobló, sobre todo, después de uno de esos viajes á Marsella, una de esas escapatorias de solterón que á veces hacía. Quizá había buscado en el desorden distracción violenta, un alivio. No estuvo más que dos días, y volvió como anonadado, con la cara estólida del hombre que hubiese perdido su virilidad. Era una vergüenza indecible, un temor que las tentativas desesperadas habían trocado en certidumbre, y que iba á aumentar su huraño retraimiento de amante tímido. Nunca había dado importancia á tal cuestión, pero ahora le acosaba, le trastornaba, le enloquecía hasta el punto de pensar en el suicidio. Por más que calculaba que aquello sería pasajero sin duda, que en el fondo debía de haber una causa mor-

bosa, el sentimiento de su impotencia le desalentaba, y sentíase delante de las mujeres como el jovencillo á quien hacen tartamudear los deseos.

En los primeros días de Diciembre sufrió neuralgias intolerables. Los latidos que sentía en los huesos del cráneo le hacían creer á cada instante que iba á partírsele la cabeza. La viuda de Rougon, advertida de lo que pasaba, fué un día á saber noticias de su hijo. Pero se escurrió á la cocina, para hablar ante todo con la criada. Esta última, con semblante espantado y afligido, le dijo que el señor se volvía loco de seguro, y contó todas sus rarezas; aquel continuo ir y venir por el cuarto, aquel cerrar con llave todos los cajones, aquellas rondas de alto á bajo por toda la casa hasta las dos de la madrugada. Con lágrimas en los ojos, acabó por insinuar su opinión de que quizá se le había metido un diablo en el cuerpo, y de que no estaría de más avisar al cura de San Saturnino.

—¡Un hombre tan bueno!— repetía, — ¡un hombre por el cual se dejaría una hacer pedazos! ¡Es una desgracia que no se le pueda llevar á la iglesia, cuando así se curaría en seguida de fijo!

Entró Clotilde, que había oído la voz de su

abuela Felicidad. También ella vagaba por las piezas vacías, viviendo principalmente en el salón abandonado de la planta baja. Pero no habló, se limitó á oír, en actitud de expectación reflexiva.

—¡Ah! ¿eres tú, hermosa? ¡Buenos días!... Martina dice que Pascual tiene un diablo metido en el cuerpo. Soy del mismo parecer; sólo que ese diablo se llama orgullo. El cree que lo sabe todo: es á la vez papa y emperador, y, naturalmente, euando se le lleva la contraria, se exaspera.

Se encogía de hombros, llena de infinito desdén.

—A mí me daría risa, si no fuese cosa tan triste... Una criatura que no sabe absolutamente nada de nada, que no ha vivido, que se ha petrificado en tonto, engolfado en sus librotes. Ponedle en un salón, y le veréis tan inocente como la criatura acabada de nacer. Y á las mujeres, no las conocé siquiera...

Olvidando que hablaba delante de una doncella y una sirvienta honrada, bajaba la voz en tono confidencial.

—¡Ah!, también se paga eso de ser demasiado juicioso. Ni mujer, ni amante, ni nada. He aquí lo que ha concluido por revolverle la cabeza.

Clotilde no se movió. No hizo más que bajar lentamente los párpados, entornando sus grandes ojos reflexivos, y volverlos á abrir conservando su actitud de criatura reservada, enemiga de decir lo que pasaba en sus adentros. Era una cosa confusa aún, toda una evolución en que ella misma no veía claro.

—¿Está arriba, eh?—preguntó Felicidad.—He venido á verle, porque es preciso que esto acabe. ¡Es ya demasiada estupidez!

Y subió, mientras Martina volvía á sus pucheros, y Clotilde tornaba á vagar por la casa vacía.

Pascual estaba como estupefacto, con un librote abierto, en la sala del piso superior. No podía ya leer; las palabras huían, se borraban, no tenían ningún sentido. Pero él no cejaba, dominado por la angustia de perder hasta la facultad de trabajar, tan poderosa hasta allí. Su madre entró riñendo; le arrancó el libro, y lo tiró sobre una mesa, gritando que, cuando una persona estaba enferma, debía cuidarse. El se levantó con ademán colérico, dispuesto á echarla, lo mismo que á Clotilde. Pero haciendo un último esfuerzo de voluntad, adoptó actitud respetuosa.

—Madre, ya sabe que nunca he querido discutir con V.... Déjeme; se lo suplico.

Felicidad, lejos de ceder, empezó á sermonearle por su continua desconfianza. El era el que se buscaba la fiebre con su manía de forjarse enemigos que le rodeaban de asechanzas y le espiaban para desbalijarle. ¿Era posible que un hombre de juicio se figurase que le perseguían así? Y, mudando de registro, le acusó de haberse engreído demasiado con su descubrimiento, con su famosa panacea que curaba todas las enfermedades. Tampoco era buen camino eso de creerse un Dios, máxime cuando las decepciones son entonces más crueles; é hizo alusión á Lafouasse, el hombre á quien había matado. Naturalmente, ya sabía ella que la cosa no le había sabido á plato de gusto, y que era motivo sobrado para caer en cama.

Pascual, que seguía reprimiéndose y con los ojos bajos, se limitó á repetir:

—Madre, se lo pido por favor: déjeme.

—¡Quiá, no! no quiero dejarte—gritó con la vehemencia que conservaba, á pesar de sus años.—He venido precisamente para zarrandarte un poco, para sacarte de esa fiebre en que te consumes... ¡No! ¡Esto no puede seguir así! ¡Yo no quiero que seamos la

comidilla de la ciudad entera con tus historias!... Quiero que te cuides.

Pascual, encogiéndose de hombros, dijo en voz baja, como si tratara de convencerse á sí mismo, á pesar de sus aprensiones:

—Yo no estoy malo.

Pero Felicidad saltó, fuera de sí:

—¡Cómo que no estás malo! ¡Cómo que no estás malo! ¡Médico al fin, para no verse á sí mismo!... ¡Ay pobrete! si salta á la vista de cuantos se te acercan: ¡te vuelves loco de orgullo y de miedo!

Esta vez Pascual levantó de pronto la cabeza, y clavó la mirada en los ojos de su madre, á tiempo que ella añadía:

—Es cuanto tenía que decirte, puesto que nadie ha querido encargarse de ello. Estás en edad de oír las verdades: digo, me parece. Hay que rehacerse; hay que pensar en otra cosa; es menester no dejarse dominar por la idea fija, sobre todo cuando se procede de familia como la nuestra... Tú la conoces. Mucho ojo: cuídate.

El doctor había palidecido, y seguía mirándola fijamente, como si la sondease para saber en qué se parecía él á aquella vieja terrible.

—Tiene V. razón, madre... Gracias.

Cuando estuvo solo, volvió á dejarse caer en su asiento, ante la mesa, con intención de reanudar la lectura. Pero ahora, como antes, no consiguió fijarse lo suficiente para comprender aquellas palabras cuyas letras se le embrollaban en los ojos. En cambio, las pronunciadas por su madre le zumbaban en los oídos; y la angustia, que empezaba á embargarle desde hacía tiempo, aumentaba y se acentuaba á la sazón, asediándole con la idea de un peligro inminente, ya bien definido. El, que dos meses antes se alababa y glorificaba de no ser de la familia, ¿iba á recibir, por lo visto, el mentís más tremendo? ¿Tendría el dolor de ver renacer la maca en su propio meollo? ¿Correría la espantosa suerte de caer en las garras del monstruo hereditario? Su madre lo había dicho: se volvía loco de orgullo y de miedo. La soberana idea, la exaltada convicción de que iba á abolir el sufrimiento, á dar voluntad á los hombres, á reconstruir una humanidad más sana y levantada, seguramente no era sino el principio de la locura de las grandezas. Y en aquel temor de una alevosía, en aquella necesidad imperiosa de acechar á los enemigos que suponía conjurados para perderle, reconocía fácil-

mente los síntomas del delirio persecutorio. De suerte que todos los antecedentes del linaje conducían á ese caso terrible: la locura inmediata, y luego la parálisis general y la muerte.

Desde aquel día Pascual vivió como un hechizado. El estado de agotamiento nervioso á que se veía reducido por el exceso de fatiga y por las penas, le entregaba sin resistencia posible á aquella obsesión de la locura y el sepulcro. Todas las sensaciones enfermizas que experimentaba —el inmenso cansancio al levantarse, los zumbidos, los deslumbramientos, hasta sus malas digestiones y sus accesos lacrimosos— juntábanse una á una, como pruebas patentes del próximo trastorno de que se creía amenazado. Había perdido completamente, en lo que á su propia persona se refería, su delicado diagnóstico de médico observador; y si aún razonaba, era para confundirlo y pervertirlo bajo el influjo de su depresión moral y física. No se pertenecía ya; bregaba como un loco para convencerse, hora por hora, de que acabaría por estarlo.

Empleó los días enteros de aquel pálido Diciembre en ahondar su dolencia. Todas las mañanas se proponía combatir la obse-

sión; pero siempre concluía por encerrarse en la sala para seguir dando vueltas á la madeja enredada de la víspera. El largo estudio que había hecho de la herencia, sus investigaciones, sus trabajos, lo envenenaban, ofreciéndole continuos motivos de inquietud. Allí estaban los documentos para responder con todas las combinaciones posibles á la perpetua interrogación que formulaba sobre su caso hereditario. Y las combinaciones eran tan múltiples, que se desorientaba. Si se hubiese engañado, si no pudiese clasificarse aparte como ejemplo notable de inatismo, ¿debía incluirse en la herencia regresiva, saltando una, dos y hasta tres generaciones? ¿Era su caso sencillamente una manifestación de la herencia larvada, y constituía entonces nueva prueba en apoyo de su teoría del plasma germinativo? ¿O se reducía tanto aparato y terror á la singularidad de las semejanzas sucesivas, á la brusca aparición de un antepasado desconocido, en el declive de su existencia?

Desde entonces no hubo ya para él tregua ni reposo: registraba sus apuntes, releía sus libros, se analizaba y espiaba la menor de sus sensaciones, en busca de hechos con que poder juzgarse. Los días en que andaba más

perezoso su pensamiento, en que creía experimentar fenómenos particulares de visión, se inclinaba á un predominio de la lesión nerviosa original; cuando creía, por el contrario, que el mal atacaba á las piernas, á los pesados y doloridos pies, se figuraba sufrir el influjo indirecto de algún ascendiente extraño á la familia. Todo se enmarañaba en su cerebro, y ya no sabía á qué atenerse en medio de las imaginarias perturbaciones que sacudían su desquiciado organismo. Y todas las noches venía á parar á la misma conclusión, y oía en su cráneo el mismo doble fúnebre: la herencia, el miedo de volverse loco.

En los primeros días de Enero, Clotilde presenció, sin querer, una escena que la oprimió el corazón. Estaba ella leyendo delante de una de las ventanas de la sala, oculta detrás del alto respaldo del sillón, cuando vió entrar á Pascual, que había permanecido recluso en su cuarto desde la víspera. Traía en las manos, desplegada ante su vista, una hoja de papel amarillenta, en que reconoció el árbol genealógico. Se hallaba tan embebido, y era tal la fijeza de su mirada, que hubiese podido presentarse Clotilde sin que él notara su presencia. Exten-

diendo el árbol sobre la mesa, siguió contemplándolo atentamente con estupor interrogativo, y luego, en actitud rendida y suplicante, con las mejillas empapadas en lágrimas. ¿Por qué, ¡Dios mío!, no quería responderle el árbol? ¿Por qué no quería decirle á qué ascendiente se asociaba para inscribir su caso en la hoja respectiva al lado de los otros? Si debía volverse loco, ¿por qué no se lo decía el árbol claramente, con lo cual le hubiese devuelto la calma, puesto que él no atribuía su sufrimiento más que á la incertidumbre? Las lágrimas nublaban su vista, y, no obstante, seguía mirando, consumido por aquel ansia de saber que ya hacía vacilar su razón. Clotilde tuvo que ocultarse de pronto, al ver que se dirigía hacia el armario y abría las dos hojas. Agarró los legajos, los tiró sobre la mesa, y los registró febrilmente. Otra vez la escena de la terrible noche de tempestad; otra vez la zambra de la pesadilla, el desfile de todos aquellos fantasmas evocados, surgiendo del montón de papelotes. A cada uno le dirigía al paso una pregunta, una súplica fervorosa, exigiendo respuesta sobre el origen de su mal, esperando una palabra, un murmullo que le diese certidumbre. Al principio no se le oyó

más que un balbuceo indistinto; pero luego se formularon palabras y retazos de frases.

—¿Eres tú?... ¿Eres tú?... ¿Eres tú, madre de todos nosotros, la que debes comunicarme tu locura?... ¿Eres tú, tío alcohólico, eres tú, bandido, cuya borrachera inveterada voy yo á pagar?... ¿Eres tú, sobrino atáxico, ó tú, sobrino místico, ó tú, sobrina idiota, los que me traéis la verdad, presentándome una de las formas de la lesión que padezco?... ¿O seréis vosotros, primo suicida, primo asesino, prima muerta de podredumbre, seréis vosotros los parientes cuyos fines trágicos me anuncian el mío, la consunción en el fondo de un calabozo, la descomposición abominable del ser?

Y continuaba el desfile; surgían todos; pasaban como una tromba. Los legajos se animaban, se encarnaban, se atropellaban, se revolvían como doliente muchedumbre.

—¡Ah! ¿Quién, quién, quién ha de decirme?... ¿Será el que murió loco? ¿la que se fue tísica? ¿el clavado por la parálisis? ¿aquella á quien mató tan joven su miseria fisiológica?... ¿En quién está el veneno de que voy á morir? ¿Qué veneno es ese? ¿histerismo, alcoholismo, tuberculosis, esclerosis? ¿Y qué va á hacer de mí? ¿un epiléptico, ¿un atáxico, un loco?... ¡Un loco! ¿Quién es el que ha

dicho loco? Todos lo dicen: ¡loco, loco, loco!

Le ahogaban los sollozos. Dejó caer la cabeza desfallecido sobre los legajos, y se hartó de llorar, sacudido por continuos estremecimientos. Clotilde, sobrecogida por una especie de terror religioso, viéndose en presencia de la fatalidad que preside á los linajes, se fué en silencio, conteniendo la respiración; porque comprendía perfectamente que el doctor hubiese sentido gran vergüenza, á poder sospechar que estaba allí.

Sobrevinieron postraciones prolongadas. Enero fué muy frío. Pero el cielo estaba soberbiamente despejado; en el límpido azul lucía eterno sol; y la sala de la Souleiade, con sus ventanas al Mediodía, era un invernadero, donde reinaba una temperatura de suavidad deliciosa. No se encendía fuego siquiera; el sol, perenne en la estancia, la inundaba de un oro pálido, donde volaban perezosamente algunas moscas respetadas por el invierno. No se oía más ruido que el roce de sus alas. Era una tibieza calmosa, resto de primavera conservado en la mansión vetusta.

En esa pieza acertó á oír Pascual una mañana el final de cierta conversación que agravó sus sufrimientos. Apenas salía ya de

su cuarto antes de la hora de almorzar, y Clotilde acababa de recibir al doctor Ramond en la sala, donde estaban hablando bajo, el uno al lado del otro, bañados por el claro sol.

Era la tercera vez que Ramond se presentaba en el transcurso de ocho días. Circunstancias personales, y sobre todo la exigencia de consolidar definitivamente su posición de médico en Plassans, le obligaban á no diferir por más tiempo su matrimonio, y quería obtener respuesta decisiva de Clotilde. Ya dos veces, la presencia de extraños le había impedido hablar. Como deseaba no recibir respuesta más que de su novia misma, había decidido explicar directamente en conversación franca, sus íntimas relaciones, y la formalidad y juicio de los dos lo autorizaban á dar ese paso. Terminó sonriendo, con los ojos fijos en los de ella:

—Yo le aseguro á V., Clotilde, que es el desenlace más cuerdo.... V. lo sabe: la quiero hace mucho. Tengo por V. profundo cariño y profunda estimación... Quizá eso sólo no baste; pero es que, además, nos entenderemos perfectamente, y estoy seguro de que seremos muy felices.

La joven no había bajado los ojos; le mira-

ba también francamente, con sonrisa amistosa. Él era guapo de veras, y estaba en toda la fuerza de la juventud.

—¿Por qué no se casa V.—preguntó Clotilde—con la señorita Leveque, la hija del procurador? Es más bonita y más rica que yo, y sé que se alegraría tanto... Mi buen amigo, temo que cometa V. una torpeza eligiéndome.

Él la oía sin impacientarse, con aplomo de hombre convencido de la sensatez de su resolución.

—Pero es que yo no quiero á esa señorita, y la quiero á V... Además, lo tengo bien pensado, y repito que sé lo que me hago. Diga V. que sí; V. tampoco tiene mejor partido que tomar.

Entonces Clotilde se puso grave, y pasó una sombra por su fisonomía: la sombra de esas reflexiones, de esas luchas interiores, casi inconscientes, que tanto la preocupaban.

—¡Pues bien, amigo mío! Ya que la cosa va de veras, dispense V. que no le responda hoy; concédame algunas semanas más... El maestro está muy malo, yo ando trastornada, y V. no querría deber mi asentimiento á un arranque irreflexivo.. Aseguro á V., por mi parte, que le tengo mucho afecto.

Pero no estaría bien decidirse ahora, con la desgracia que pesa sobre la casa.... Trato hecho, ¿verdad? No le haré esperar mucho.

Y, para cambiar de conversación añadió:

—Sí; el maestro me tiene intranquila. Yo deseaba ver á V. y decírselo.... El otro día le sorprendí llorando, y para mí es evidente que le asedia el temor de volverse loco... Anteayer, cuando habló V. con él, vi que lo examinaba. Con franqueza: ¿qué opina V. de su estado? ¿Está en peligro?

El doctor Ramond exclamó:

—¡No, por Dios! Ha abusado de sus fuerzas, y anda atropellado; no hay más que eso... ¿Cómo puede equivocarse de tal manera un hombre de su sabiduría, y que se ha ocupado tanto de las enfermedades nerviosas? ¡Le digo á V. que es para desconsolarse ver que las inteligencias más claras y poderosas caen en semejantes desvarios!... En un caso como el suyo, su descubrimiento de las inyecciones hipodérmicas sería de efecto soberano. ¿Por qué no se pincha?

Y como la joven dijese con ademán de desaliento que ya no la oía y que no podía dirigirle la palabra siquiera, añadió:

—¡Bueno! pues yo le hablaré.

En ese momento fué cuando Pascual salió

de su cuarto, atraído por el rumor de las voces. Pero al verles á los dos, tan cerca el uno del otro, tan animados, tan jóvenes, tan hermosos, bañados y como vestidos de sol, se detuvo en el umbral, con los ojos dilatados y la pálida cara descompuesta.

Ramond había tomado la mano de Clotilde, queriendo retenerla un instante más.

—Palabra, ¿no es así? Yo deseo que el matrimonio se celebre este verano... Sabe V. cuánto la quiero, y espero su respuesta.

—Muy bien—contestó Clotilde.—Dentro de un mes se arreglará todo.

Pascual se tambaleó un momento, sintiendo ofuscársele la vista. ¡De manera que ahora aquel mozo, un amigo, un discípulo, se introducía en la casa para robarle su bien! Hubiese debido prever tal desenlace, y, no obstante, la brusca nueva de la posibilidad de tal matrimonio le sorprendía, anonadándole como catástrofe inesperada que acababa de apabullar su existencia. ¡Y aquella criatura, que había formado él, que creía suya, se marcharía sin pena, dejándole agonizar solo en su rincón! Todavía la vispera le había hecho rabiarse tanto, que llegó á preguntarse si sería cosa de separarse de ella, de enviársela á su hermano, que seguía re-

clamándola. Hasta hubo un instante en que acabó de resolverse á tal separación, por su mutuo bien. Pero ahora, brutalmente, encontrarla allí con aquel hombre, oírla prometer respuesta, pensar que se casaría, que le abandonaría dentro de poco, fué como si le asestaran una puñalada en el corazón.

Se adelantó pesadamente. Los dos jóvenes se volvieron y se quedaron un poco cortados.

—¡Vaya, maestro!—acabó por decir alegremente Ramond.—De V. hablábamos. Fuera tapujos: estábamos tramando una conspiración... Sepamos: ¿por qué no se cuida? V. no tiene nada serio, y se enderezaría V. en quince días.

Pascual, dejándose caer en una silla, siguió mirádoles. Tuvo fuerzas para vencerse; no delató su semblante la herida que había recibido. Moriría de ella seguramente, y nadie sabría en el mundo el mal que le mataba. Pero fué un alivio poder enfadarse, negándose con violencia á tomar ni un vaso de tisana.

—¡Cuidarme! ¿Para qué?... ¿No le ha llegado su hora á este viejo armatoste?

Ramond insistió, con sonrisa de hombre cachazudo.

—V. está más fuerte que todos nosotros.

Eso es cosa pasajera, y bien sabe V. que tiene el remedio... Pínchese V....

No pudo continuar: era el colmo. Pascual, enfurecido, preguntó si querían que se matase como había matado á Lafouasse. ¡Sus inyecciones! ¡Bonita invención, de que podía estar orgulloso! Negaba la medicina, juraba no volver á tocar á un enfermo. Los entes inútiles no tenían más que hacer que reventar; era lo mejor para todo el mundo. Y eso es lo que él haría cuanto antes.

—¡Bah, bah!—concluyó Ramond, decidiéndose á despedirse, por temor de excitarle más. —La dejó á V., Clotilde, y me voy tranquilo... Clotilde arreglará eso.

Peró Pascual había recibido aquella mañana el último golpe. Se metió en la cama por la tarde, y estuvo hasta la noche del día siguiente sin querer abrir la puerta de su cuarto. Inútil fué que Clotilde, alarmada, llamase con la mano violentamente: ninguna respuesta. Martina fué á su vez á suplicarle por la cerradura que le dijese al menos que no necesitaba nada. Reinaba silencio mortal; parecía que el cuarto estaba vacío. A la mañana del segundo día se acercó la joven, y dando vuelta al pestillo casualmente, cedió la puerta; quizá hacía horas que no estaba

cerrada. Pudo entrar, pues, en aquella pieza, donde nunca había puesto los pies: aposento espacioso, frío por su exposición al Norte, y en el cual no vió más que una cama pequeña de hierro sin colgaduras; una ducha en un rincón, una mesa larga de madera negra, sillas, y en la mesa, en tablas y á lo largo de las paredes, un laboratorio completo—morteros, hornillos, aparatos, estuches. —Pascual, vestido, estaba sentado al borde de la cama, que él mismo había hecho ya, con inmensas fatigas.

—Pero, ¿es que no quieres que te cuide?—preguntó la joven conmovida y recelosa, sin atreverse á avanzar.

El hizo un ademán de abatimiento.

—¡Oh! puedes entrar sin temor de que te pegue; ya no tengo fuerzas.

Y desde aquel día la toleró cerca de sí y dejó que le sirviese. Pero aún tenía sus caprichos: no quería que entrase cuando estaba acostado, por una especie de enfermizo pudor; y entonces la obligaba á que enviase á Martina. Rara vez se quedaba en cama, andaba arrastrándose de silla en silla, sin poder hacer cosa de provecho. El mal se había agravado en términos desesperantes: le abrumaban las jaquecas y los vértigos de estómago;

no tenía fuerzas, como decía él, para dar un paso; todas las mañanas amanecía con la convicción de ir á dormir en las Tulettes, loco de atar. Iba enflaqueciendo. Susemblante dolorido, orlado de blancas melenas, que seguía peinando por última coquetería, tenía una belleza trágica. Aunque consentía que se ocupasen de su persona, se negaba rotundamente á tomar ningún remedio, á consecuencia de las dudas que le inspiraba la medicina.

Clotilde no tuvo ya más preocupación que él. Se desentendía de todo lo restante; había empezado por ir sólo á misa rezada, y después cesó completamente de ir á la iglesia. Su anhelo de certidumbre y felicidad parecía que empezaba á satisfacerse con aquel empleo de todos los minutos en torno de una persona querida, á quien deseaba volver á ver buena y alegre. Era una consagración de toda su persona, un olvido de sí misma, una necesidad irresistible de labrar su felicidad con la felicidad ajena, y eso inconscientemente, por mero impulso de su corazón de mujer, en medio de la crisis que atravesaba y que la modificaba de una manera profunda, sin razonamiento ninguno de su parte. Seguía muda respecto al desacuerdo que los

separó; aún no tenía la idea de lanzarse á su cuello, gritándole que podía revivir, porque se le entregaba, porque era suya. En su interior, no se consideraba sino como hija cariñosa, que le cuidaba, igual que hubiese podido hacerlo otra parienta. Todo ello muy puro, muy casto: delicada solicitud, continuas previsiones, tal absorción de su vida, que ahora los días pasaban veloces, exentos de la tortura del más allá, llenos tan sólo del deseo de curarle.

Pero en lo que tuvo que sostener verdadera lucha fué para decidirle á pincharse. El se irritaba, negaba su descubrimiento, se trataba de imbécil. Y ella gritaba también, ella era al presente la que tenía fe en la ciencia, la que se indignaba al verle dudar de su genio. Resistió mucho, pero al fin, flaqueando, cediendo al imperio que Clotilde adquiría, quiso únicamente evitar la cariñosa contienda de todas las mañanas. Desde las primeras inyecciones experimentó gran alivio, aunque negándose á confesarlo. Se despejaba la cabeza, volvían las fuerzas poco á poco. La joven, enorgullecida, exaltaba el método, sublevándose porque Pascual no se admiraba á sí mismo, como ejemplo de los milagros que podía hacer. Pascual sonreía,

y empezaba á ver claro en su estado. Raymond había dicho la verdad; todo ello no debía haber sido más que agotamiento nervioso. Quizá, á pesar de los pesares, saldría del mal paso.

—¡Eh! si quien me cura eres tú, niña—decía sin querer confesar su esperanza.—Los remedios créete que no obran más que según la mano que los da.

La convalecencia fué larga: duró todo el mes de Febrero. El tiempo seguía despejado y frío; ni un solo día dejó el sol de calentar la sala con su baño de rayos pálidos. Hubo, no obstante, recaídas de negras tristezas, horas en que el enfermo tornaba á sus espantos, y en que la desconsolada enfermera tenía que ir á sentarse al otro extremo de la estancia para no irritarle más. Desesperaba nuevamente de la curación, hablaba en tono amargo, con agresiva ironía.

En uno de esos malos momentos, habiéndose acercado á una ventana, divisó á su vecino, el Sr. Bellombre, el profesor jubilado, dando vueltas á sus árboles para ver si tenían muchas yemas de fruto. La vista de aquel viejo tan correcto y tan erguido, con su calma egoísta; la presencia de aquel hombre que parecía no saber lo que eran en-

fermedades, le puso bruscamente fuera de sí.

—¡Ah!—murmuró.—¡Ahí está uno que no se matará nunca, que no correrá peligro aunque le harten de penas!

Y de aquí tomó pie para hacer un elogio irónico del egoísmo. Estar solo en el mundo, no tener amigos, ni mujer, ni hijos, ni nada, ¡qué felicidad! Aquel avaro empedernido que, durante cuarenta años, no había hecho más que domar hijos ajenos, que había acabado por retirarse lejos de todo bicho viviente, con un jardinero mudo y sordo de más edad que él, ¿no representaba la mayor suma de felicidad posible en la tierra? ¡Ninguna carga, ningún deber, ni otra preocupación que la de su amada salud! Era un sabio; viviría cien años.

—¡Ah! ¡el miedo á la vida! es la pura verdad, no hay cobardía mejor... ¡Y decir que yo me apeno á veces por no tener un hijo! ¿Acaso hay derecho para echar al mundo desgraciados? Es preciso matar la herencia mala, matar la vida... ¡Mira tú por donde ese viejo cobarde es el único hombre honrado!

El señor Bellombre, muy sosegadamente, seguía inspeccionando sus perales al sol de

Marzo. Evitaba todo movimiento demasiado vivo, economizaba su lozana vejez. Encontrando una piedra en el paseo, la apartó con la contera del bastón, y siguió su camino sin apresurarse.

— ¡Ahí le tienes!... ¡Tan bien conservado, tan guapo, con todas las bendiciones del cielo en su persona! No conozco á nadie más feliz.

Clotilde, que adivinaba lo doloroso de aquella ironía de Pascual, sufría en silencio. Por lo común, defendía al señor Bellombre, pero entonces la agitaba un sentimiento de protesta. Se le mojaron de lágrimas los párpados, y respondió sencillamente, en voz baja:

— Sí, pero no tiene quien le quiera.

Aquello puso fin instantáneamente á la penosa escena. Pascual, como si hubiese recibido un choque, se volvió á mirarla. Un enternecimiento repentino humedecía también sus ojos, y se alejó de allí para no llorar.

Pasaron algunos días más en medio de análogas alternativas, de ratos buenos y malos. Las fuerzas no volvían sino con suma lentitud, y Pascual se desesperaba al ver que no podía ponerse á trabajar sin que le

entrarse un sudor copioso. Si trabaja mucho, de fijo tiene un síncope. Mientras no pudiese trabajar lo acostumbrado, comprendía que se prolongaba la convalecencia. Con todo, se interesaba de nuevo por sus investigaciones habituales, volvía á leer las últimas cuartillas que había escrito, y con el despertar del sabio reaparecían las pasadas inquietudes. En los días de postración llegó un momento en que la casa entera había como desaparecido para él; hubiesen podido saquearla, llevárselo y destruirlo todo, sin que se diese cuenta del desastre. Ahora andaba otra vez en acecho; se tentaba el bolsillo para cerciorarse bien de que estaba allí la llave del armario.

Pero una mañana que se le pasó el tiempo en la cama y no salió de su cuarto hasta las once, vió en la sala á Clotilde copiando tranquilamente, con gran exactitud, una rama florida de almendro. La joven alzó la cabeza, sonriente, y cogiendo una llave que relucía sobre el pupitre, quiso dársela.

— Ten, maestro.

Pascual, asombrado, sin comprender aún, examinaba el objeto que le ofrecía.

— Pero, ¿qué es?

— La llave del armario, que debiste dejar

caer ayer del bolsillo, y la he recogido aquí esta mañana.

Pascual la tomó con emoción extraordinaria. La miraba y miraba á Clotilde. ¿Se habían acabado los miedos? Ya no le perseguía, ya no quería robarlo y quemarlo todo, furiosa. Y al verla, sonriendo, muy conmovida también, sintió en el corazón alegría inmensa.

La cogió, la abrazó.

—¡Ah, nénita! ¡Si pudiésemos no ser demasiado infelices!

Acto continuo fué á abrir un cajón de la mesa, y echó en él la llave, como antes.

Desde entonces cobró fuerzas, y la convalecencia caminó más rápidamente. Aún eran posibles las recaídas, porque quedaba muy quebrantado. Pero logró escribir, y no fueron ya tan pesados los días. También el sol hacía sus pinitos, y caldeaba la sala de tal modo, que había que entornar á veces las maderas. Pascual se negaba á recibir, apenas toleraba á Martina, y mandaba responder á su madre que estaba durmiendo, cuando iba á saber de él, de tarde en tarde. No se hallaba contento más que en aquella deliciosa soledad, cuidado por la rebelde, por la enemiga de ayer, por la dócil discípula de

hoy. Reinaban entre ellos silencios prolongados, pero que no tenían nada de embarazosos. Los dos reflexionaban, meditaban con infinita dulzura.

Un día, sin embargo, pareció muy grave el doctor. Al presente estaba convencido de que la causa de su dolencia era puramente accidental, y que la cuestión de herencia no había representado ningún papel en las perturbaciones de su salud. Pero no por eso era menor la humildad que sentía.

—¡Dios mío!—murmuró.—¡Qué poca cosa somos! ¡Yo que me creía tan fuerte, que estaba tan orgulloso de mi sano juicio, y no ha faltado tanto así para que me volviesen loco algo de pena y algo de fatiga!

Calló, volviendo á reflexionar. Se iluminaron sus ojos: acababa de vencerse. Por fin, cediendo á un movimiento de cordura y de valor, se decidió.

—Si voy mejor, me alegro principalmente por ti.

Clotilde levantó la cabeza, sin comprender.

—Pues, ¿y eso?

—No hay que decirlo: por tu matrimonio... Ahora podrá fijarse la fecha.

La joven seguía sorprendida.

—¡Ah sí, ¡mi matrimonio!

—¿Quieres que señalemos desde ahora la segunda semana de Junio?

—Sí, la segunda semana de Junio. Me parece muy bien.

No hablaron más. Ella había vuelto los ojos á su costura; y él, dejando vagar su mirada permanecía serio é inmóvil.

VII

Aquel día, al llegar á la Soulejade, la vieja señora de Rougon vió á Martina que estaba en la huerta, ocupada en plantar puerros, y aprovechando la ocasión, se dirigió á la sirvienta para hablar con ella y son-sacarla noticias antes de entrar en la casa.

El tiempo pasaba, y doña Felicidad sentíase desolada por lo que ella llamaba la deserción de Clotilde. Comprendía perfectamente que nunca llegaría á apoderarse de los legajos. Aquella chiquilla se perdía, se entregaba á Pascual desde que le había cuidado, y se pervertía hasta el punto de no haber vuelto á la iglesia. Por esto la señora de Rougon insistía en su idea primera: alejarla, y después conquistar á su hijo, cuando quedase solo, debilitado por la soledad. Puesto que no había logrado decidir á Clotilde para que se fuese con su hermano, se agarraba ahora á la idea del matrimonio;

—¿Quieres que señalemos desde ahora la segunda semana de Junio?

—Sí, la segunda semana de Junio. Me parece muy bien.

No hablaron más. Ella había vuelto los ojos á su costura; y él, dejando vagar su mirada permanecía serio é inmóvil.

VII

Aquel día, al llegar á la Soulejade, la vieja señora de Rougon vió á Martina que estaba en la huerta, ocupada en plantar puerros, y aprovechando la ocasión, se dirigió á la sirvienta para hablar con ella y son-sacarla noticias antes de entrar en la casa.

El tiempo pasaba, y doña Felicidad sentíase desolada por lo que ella llamaba la deserción de Clotilde. Comprendía perfectamente que nunca llegaría á apoderarse de los legajos. Aquella chiquilla se perdía, se entregaba á Pascual desde que le había cuidado, y se pervertía hasta el punto de no haber vuelto á la iglesia. Por esto la señora de Rougon insistía en su idea primera: alejarla, y después conquistar á su hijo, cuando quedase solo, debilitado por la soledad. Puesto que no había logrado decidir á Clotilde para que se fuese con su hermano, se agarraba ahora á la idea del matrimonio;

descontenta de tan continuas dilaciones, hubiese querido arrojarla al día siguiente en brazos del doctor Ramond; y aquella tarde doña Felicidad corrió á la casa, con ansia febril de apresurar los sucesos.

—Buenos días, Martina... ¿Qué tal por aquí?

La criada, arrodillada, con las manos llenas de tierra, levantó su rostro pálido, protegido contra el sol por un pañuelo atado á la cabeza.

—Como siempre, señora... Tranquilamente.

Y ambas hablaron. Doña Felicidad la trataba como á una confidente, como á criatura enteramente ligada, perteneciente á la familia, y á la cual se le podía decir todo. Principió por hacerla preguntas: quiso saber si el doctor Ramond había estado allí por la mañana. Venir, sí, pero no había hablado más que de cosas indiferentes. Esto la desesperó, pues por la noche había visto al doctor, el cual la confiara su tristeza por no obtener respuesta definitiva, deseoso como estaba de lograr, al menos la promesa de Clotilde. Aquello no podía continuar así, era necesario obligar á la joven á comprometerse.

—¡Es cosa muy delicada! — exclamó doña Felicidad.— Yo lo calé; estaba segura de que tampoco hoy se atreverá á decirle nada... Tendré que tomar cartas en el asunto. Veremos á ver si le obligo á adoptar una determinación.

Luego, calmándose:

—Mi hijo ya está bueno, y no tiene necesidad de ella.

Martina que había reanudado su tarea de plantar puerros, se incorporó con viveza.

—¡Ah, seguramente!

Y su rostro, ajado por treinta años de servicios, pareció iluminado por una llama. Martina sufría herida sangrienta desde que su amo no la toleraba casi nunca á su lado. Durante su enfermedad la había apartado de sí, aceptando cada día menos sus servicios, y terminando por prohibirle la entrada en su cuarto. Sentía ella vaga conciencia de lo que ocurría; y envidia instintiva la torturaba, lastimándola en su adoración por aquel amo, al lado del cual había sido ella, durante tantos años, como una cosa inerte y sin voluntad, el extremo de la adhesión.

—Es evidente que no tenemos necesidad de la señorita... Para servir al señor, yo me basto.

Entonces ella, tan discreta, habló de sus trabajos de jardinería, y dijo que en llegando el tiempo de las legumbres ahorraría algunos jornales de hombre. Sin duda era grande la casa; pero cuando la tarea no asusta, se llega pronto al fin. Luego, así que la señorita se marchara, habría una persona menos á quien servir. Y sus ojos relucían inconscientemente ante la idea de la gran soledad, de la paz dichosa en que se viviría allí después de la partida de Clotilde.

Martina bajó la voz:

— Esto me apenará, porque el señor también lo sentirá mucho. Jamás hubiera yo creído que desearía semejante separación... Solamente, señora, que pienso como V.; es necesario, porque temo que la señorita acabe por contagiarse aquí, y llegue á ser un alma perdida para Dios... ¡Ah! ¡qué triste es! Tengo el corazón tan acongojado á veces, que me estalla!

— Están arriba los dos, ¿no es así? — dijo doña Felicidad. — Yo subiré á verles y me encargo de obligarles á concluir.

Una hora más tarde, cuando bajó, encontróse con Martina, que se arrastraba aún de rodillas sobre la blanda tierra, terminando sus plantaciones.

Desde las primeras palabras que hubo de pronunciar, frente á su hijo, contando que había hablado con el doctor Ramond, y que éste se mostraba impaciente por conocer su suerte, notó que Pascual aprobaba la cosa; mostrábase grave, inclinando la cabeza, como para decir que esta impaciencia le parecía natural.

La misma Clotilde, cesando de sonreír, pareció escucharla con deferencia, pero algo sorprendida. ¿Por qué la apuraban? El maestro había fijado el matrimonio para la segunda semana de Junio: había, pues, dos meses por delante. Dentro de poco hablaría del asunto con Ramond. Era tan serio el matrimonio, que bien podían dejarla reflexionar, sin comprometerse hasta el último momento.

Y alegaba tales razones con aire de prudencia, como persona resuelta á tomar una decisión: doña Felicidad hubo de contentarse con el evidente deseo de ambos de que las cosas tuviesen el desenlace más razonable.

— La verdad, creo que esto es hecho — concluyó diciendo. — El no parece oponer ningún obstáculo, y ella parece querer obrar sin precipitación, como mujer que desea medi-

tar antes de ligarse para siempre... La dejaré ocho días de reflexión.

Martina, en cuclillas, miraba á la tierra fijamente, con el rostro invadido por la sombra.

—Sí, sí—murmuró en voz baja:—la señora reflexiona mucho desde hace algún tiempo... La encuentro en todos los rincones. Si la hablan, no responde. Es como las gentes á quienes va minando una enfermedad; tiene la mirada extraviada... Le pasa algo; no es la misma de antes, no es la misma...

Y volvió á plantar, con tal impetu de trabajo, que enterró un puerro; mientras la vieja señora de Rougon, algo calmada, se fué segura del matrimonio, según decía.

Pascual, en efecto, parecía aceptar el matrimonio de Clotilde como cosa resuelta é inevitable. No había vuelto á hablar del caso con ella; las raras alusiones que se dirigían el uno al otro, en sus conversaciones de cada momento, les infundían calma, y todo marchaba sencillamente, como si los dos meses que les quedaban de vivir juntos no tuviesen fin y fuesen una eternidad sin término ni límites. Ella, sobre todo, le miraba sonriendo, dejando para más tarde las enojosas decisiones, con lindo gesto lleno de cierta indeci-

sión, que la volvía á la vida feliz. El, curado, recobrando sus fuerzas de día en día, no se entristecía más que al sepultarse en la soledad de su alcoba, por la noche, cuando ella estaba acostada.

Sentía frío, se estremecía pensando que vendría una época en que quedaría solo. ¿Sería la vejez que comenzaba la que le hacía temblar así? La vejez le parecía, vista desde lejos, una comarca tenebrosa, en la cual sentía disolverse todas sus energías. Y entonces, la falta y el deseo de la mujer, del hijo, le sublevaban por entero, inundándole el corazón de una insufrible angustia.

¡Ah! ¡Cuánto había vivido! Ciertas noches llegaba á maldecir la ciencia, á la cual acusaba de haberle absorbido lo mejor de su virilidad. Se había dejado devorar por el trabajo, que le había roído el cerebro, el corazón, los músculos. De toda esta pasión solitaria no habían nacido más que libros, papel emborronado, que el viento se llevaría sin duda, cuyas hojas le helaban las manos cuando los abría. ¡Pero nunca había estrechado contra el suyo un pecho de mujer, nunca había besado unos tibios cabellos de niño! Había vivido solo, en su lecho frío de sabio egoísta, y moriría solo en él. Real-

mente, ¿llegaría á morir así? ¿No gozaría de la dicha que gozan los ganapanes, los carreteros, á los cuales oía restallar el látigo bajo sus ventanas? Hubiera sido preciso acordarse á tiempo; ahora iba haciéndose tarde, muy tarde ya. Toda su juventud desperdiciada, todos sus deseos comprimidos y acumulados, le subían por las venas en una oleada tumultuosa. Jurábase á sí propio que había aún amor, reviviendo para agotar las pasiones que no había probado, para gustar de todas antes de que la vejez llegara. Llamaría á todas las puertas, detendría á los transeuntes, correría los campos y el pueblo. Luego, al día siguiente, después de haberse lavado y de salir de su cuarto, esta fiebre se calmaba, los cuadros ardientes se desvanecían y caía en su timidez natural. Y de nuevo, á la noche siguiente, el miedo á la soledad le producía el mismo insomnio, su sangre se encendía, y volvían las mismas desesperaciones, las mismas rebeliones, idéntica necesidad de no morir sin haber conocido á la mujer.

Durante esas noches ardientes, Pascual, con los ojos desmesuradamente abiertos en la oscuridad, forjaba siempre el mismo sueño... Presentábasele una niña vagabunda,

una niña de veinte años, hermosísima, que entraba á arrodillarse delante de él, con aire de adoración sumisa, y él la tomaba por esposa. Era una de esas peregrinas de amor, como las que se encuentran en las antiguas historias, que había seguido á una estrella para venir á devolver la salud y la fuerza á un rey viejo, poderoso, cubierto de gloria. El era el rey viejo, y ella le adoraba, realizando, con sus veinte años, el milagro de infundirle su juventud. El salía de sus brazos triunfante, habiendo recobrado la fe y el valor de la vida. En una Biblia del siglo xv que Pascual poseía, ilustrada con sencillos grabados en madera, había cierta imagen que le interesaba más que ninguna: la del viejo David entrando en su alcoba, apoyada una mano sobre la espalda desnuda de Abisaig, la joven sunamita. Y leía el texto en la página inmediata: "El rey David, siendo viejo, no podía entrar en calor por mucho que le arropasen. Sus servidores le dijeron entonces: "Nosotros buscaremos una muchacha virgen para el rey nuestro señor, para que ella permanezca en presencia del rey y le divierta, y para que, durmiendo á su lado, caliente al rey nuestro señor." Buscaron en todas las tierras de Israel una don-

cella joven y hermosa; encontraron á Abisaig, sunamita, y se la llevaron al rey; era una criatura de gran belleza; dormía al lado del rey y le servía...

Ese escalofrío del anciano rey, ¿no era el que helaba á Pascual en cuanto se acostaba, solo, bajo el techo triste de su cuarto? Y la hija de los caminos, la peregrina del amor que sus sueños evocaban, ¿no era Abisaig, devota y dócil, la mujer apasionada que se entrega á su dueño para su único bien? El la veía allí siempre como esclava, dispuesta á fundirse en él, atenta á su menor deseo, y de belleza tan esplendente, que bastaba para su continua alegría; de dulzura tal, que cerca de ella el doctor se sentía como bañado en perfumado aceite. Luego, al hojear otras veces la antigua Biblia, otros grabados desfilaban ante sus ojos, su imaginación se perdía en medio del desvanecido mundo de los patriarcas y los reyes. ¡Qué fe en la longevidad del hombre, en su fuerza creadora, en su poder sobre la mujer; extraordinarias historias de hombres de cien años, fecundando aún á sus esposas, recibiendo á sus sirvientas en el lecho, recogiendo á las jóvenes viudas y á las vírgenes que pasaban!

Era Abraham, de cien años, padre de Is-

mael y de Isaac, esposo de su hermana Sara, dueño reconocido por su sirviente Agar. Allí estaba también el delicioso idilio de Ruth y de Booz, la viuda joven, llegada al país de Belén durante la recolección de la cebada, y que iba en una noche tibia á acostarse á los pies de su señor, que, comprendiendo el derecho por ella reclamado, la hace su esposa, en su calidad de pariente por afinidad, según la ley. Veiase allí el brotar espontáneo de un pueblo fuerte y vivo, que debía conquistar el mundo, en aquellos hombres de virilidad jamás extinguida, en aquellas mujeres siempre fecundas, en esa continuidad persistente y numerosa de la raza al través de los crímenes, de los adulterios, de los incestos, de los amores de viejos, fuera de toda razón. Y su sueño, ante aquellos viejos grabados, concluía por adquirir realidad. Abisaig entraba en su triste alcoba, iluminándola, embalsamándola, abriendo sus brazos desnudos, mostrando su cuerpo desnudo, sus desnudeces divinas, para hacer la entrega de su real juventud.

¡Ah, la juventud! ¡Tenía de ella hambre devoradora! Al declinar de su vida, este deseo apasionado de juventud era la rebeldía contra la edad que le amenazaba, anheló

desesperado de volver atrás, de comenzar de nuevo. Y en su necesidad de renovar la vida, no sólo experimentaba el pesar de las primeras dichas perdidas, del inestimable precio de las horas mal empleadas, á las cuales el recuerdo presta su encanto; pero sentía también la voluntad dispuesta á gozar, en adelante, de su salud y fuerza, y á no perder nada de la dicha de amar. ¡Ah, la juventud! ¡Cómo la recibiría con los brazos abiertos, cómo la volvería á vivir, con el apetito voraz de comerla y beberla por entero, antes de envejecer!

¡Emocionábase al acordarse de sí propio, cuando tenía veinte años, con su talle delgado, con un vigor y una salud de encina nueva, ostentando los dientes blancos, los cabellos brillantes y negros! ¡Con qué ardor festejaría ahora aquellos dones desdeñados antaño, si por un prodigio le fueran devueltos! Y la juventud de la mujer, cualquier muchacha que pasase, le turbaba, produciéndole enternecimiento profundo. Aparte de la persona, la sola imagen de la juventud, el olor puro y la brillantez que de ella salía, los ojos claros, los labios sanos, las mejillas frescas, sobre todo el cuello delicado, torneado y suave, sombreado por los rizos ca-

prichosos de la nuca; la juventud le parecía siempre fina y grandiosa, divinamente desarrollada en su desnudez severa. Sus miradas seguían la aparición, su corazón se ahogaba en un deseo infinito. No hallaba nada bueno y apetecible fuera de la juventud, que es la flor del mundo, la única belleza, la única alegría, el único verdadero bien, unida á la salud, que la naturaleza puede dar á los seres. ¡Ah! ¡Volver á empezar, ser joven aún, poseer de una vez, en un abrazo, toda la juventud de la mujer!

A la sazón, Pascual y Clotilde, desde que los hermosos días de Abril hacían florecer los árboles frutales, habían reanudado sus paseos de la mañana por la Souleia.

El doctor hacía sus primeros pinitos de convaleciente, y ella le conducía á la era, ya caldeada por el sol; le llevaba por las sendas del pinar; volvía á traerle al borde de la terraza, cortada solamente por las franjas de sombra de los dos cipreses seculares. El sol deslumbraba allí, quemando las viejas losas, y el inmenso horizonte se extendía bajo el cielo esplendente.

Y una mañana que Clotilde había corrido por el campo, entró muy animada, estallando en risas, tan alegre y aturdida, que subió

á la sala sin quitarse el sombrero de paja ni el ligero pañuelo de encaje que se había anudado al cuello.

—¡Ah—dijo—qué calor!... ¡Y qué tonta soy en no haberme quitado todo esto abajo! Voy á llevarlo al instante.

Al entrar, había arrojado el pañuelo sobre un sillón. Pero sus manos se impacientaban, queriendo desatar las riendas de su sombrero de paja.

—¡Ea, bueno! He apretado más el nudo. No conseguiré desatarlo; será preciso que vengas en mi auxilio.

Pascual, excitado también por el paseo, regocijábese al verla tan bella y tan feliz. Se aproximó, viéndose obligado á estrecharse contra la joven.

—Espera, levanta la barba... Si te mueves á cada momento, ¿cómo quieres que yo me entienda?

Ella reía muy alto, y él veía la risa que le hinchaba el seno con su onda sonora. Sus dedos se perdían bajo la barba, en esa parte deliciosa del cuello, de la cual tocaba, involuntariamente, suavidades de raso. Clotilde llevaba un vestido muy descotado, y Pascual parecía aspirarla por esta abertura, de donde se exhalaba el perfume de vida de la mujer,

el olor puro de la juventud, calentada por el sol poderoso. De pronto, Pascual se sintió deslumbrado, creyendo desfallecer.

—No, no; no puedo, si no te estás quieta.

Una ola de sangre le azotaba las sienes; sus dedos habían perdido el tino, mientras ella se echaba hacia atrás más que antes, ofreciendo, sin saberlo, la tentación de su virginidad.

Aquello era la aparición de la regia juventud: de ojos claros, labios sanos, mejillas frescas, y especialmente un cuello delicado, sedoso y redondo, sombreado por rizos juguetones hacia la nuca. ¡Y el doctor sentía á la joven en toda su finura y suavidad, menuda de pecho, en su divino desarrollo!

—¡Ya está!—exclamó ella.

Sin saber cómo, el doctor había desatado las cintas. Las paredes le parecía que daban vueltas; y la vió de nuevo con la cabeza desnuda, con su rostro resplandeciente como un astro, sacudiendo, en medio de grandes risas, los bucles de sus dorados cabellos. Entonces Pascual temió cogerla de nuevo en brazos y besarla locamente en todos los sitios donde mostraba algo de su desnudez. Huyó, llevándose el sombrero que tenía en la mano, y balbuceando:

—Lo voy á colocar en el vestíbulo... Espérame, tengo que hablar con Martina.

Una vez abajo, se escondió en el fondo del salón abandonado, donde se encerró con llave, temblando que Clotilde, inquieta, bajase á buscarle. Sentíase el doctor desorientado y receloso, como si acabase de cometer un crimen. Comenzó á hablar alto, y se estremeció al escuchar este primer grito salido de sus labios: "Siempre la he amado y deseado enormemente. Sí, desde que fué mujer la adoraba." Y de repente veía con claridad: percibía á la mujer en que se había convertido Clotilde, transformada, de muchachuelo sin sexo que era, en aquella criatura de amor y de hechizo, con sus piernas largas y derechas, su torso desarrollado y fuerte, de pecho abultado, el cuello redondo y los brazos nutridos y suaves. Su nuca, sus espaldas, parecían de pura leche, de blanca seda, tersas, de infinita dulzura. Y era monstruoso, pero cierto; él tenía hambre de todo aquello, un hambre devoradora de tanta juventud, de aquella flor de carne tan pura, que olía tan bien.

Al comprender todo esto, Pascual cayó en una silla, ocultando el rostro entre las manos juntas, como para no ver la luz del día,

y prorrumpió en fuertes sollozos. ¡Dios mío! ¿Qué sería de él?

¡Una niña que su hermano le había confiado, á quien él había educado como un padre, convertida hoy en aquella tentadora de veinticinco años, la mujer en todo su soberano poderío! Se sentía desarmado, más débil que un niño.

Y por encima del deseo físico, la amaba con ternura inmensa, prendado de su persona moral é intelectual, de su rectitud de sentimientos, de su fino espíritu, tan animoso, tan noble. Hasta sus rencillas, aquella inquietud del misterio que la atormentaba, se la hacían ver más preciosa, un ser diferente del suyo, en el cual encontraba Pascual algo del infinito de las cosas. Gustábale en sus rebeliones, cuando le estaba haciendo cara.

Era Clotilde la compañera y la discípula; y él la veía tal cual la había hecho, con su gran corazón, su franqueza apasionada, su razón victoriosa. Y seguía siéndole necesaria en todo momento, sin que cupiese imaginar que él pudiese respirar el aire donde ella no estuviera; sintiendo la necesidad de su aliento, del roce de su vestido, de su pensamiento y de su cariño que le embargaba, de sus miradas, de su sonrisa, de toda su

vida cotidiana de mujer, que ella le había consagrado y que nunca tendría la crueldad de quitarle. La idea de que Clotilde iba a separarse de él, era, en su cerebro, algo semejante á un desplome del cielo, el fin de todo, las tinieblas últimas. Sólo ella existía en el mundo: ella era la única elevada y buena, la única inteligente y sabia, la única beldad de milagrosa belleza. Puesto que la adoraba y era su maestro, ¿por qué no subir á estrecharla entre sus brazos, y besarla como á un ídolo? Los dos eran libres: ella nada ignoraba, era ya una mujer completa. Esto sería la felicidad.

Pascual, que ya no lloraba, se levantó y quiso ir hacia la puerta. Pero de pronto cayó otra vez en la silla, paralizado por una explosión de sollozos. No, no: ¡aquello era abominable, imposible! Acababa de notar sobre su cráneo sus cabellos blancos como hielo, y sentir horror de su edad de cincuenta y nueve años, pensando en los veinticinco de ella. Nuevamente se apoderó el escalofrío de terror, ante la certidumbre de que ella le dominaba, de que se encontraría sin fuerzas contra la tentación diaria. La veía dándole á desatar las cintas del sombrero, llamándole á obligándole á inclinarse sobre ella para co-

rregirla el trabajo; y se veía á si mismo, ciego, enloquecido, devorándola el cuello y la nuca á besos hambrientos y glotones. O si no, iba á ocurrir algo peor: temía que cualquier noche, cuando ambos tardaban en pedir la lámpara, sobreviniese una flaqueza, á la lenta caída de la tarde, convertida en cómplice; una caída involuntaria, irreparable, ser lanzados recíprocamente uno en los brazos del otro. La cólera le sublevaba sólo de imaginar este desenlace posible, hasta seguro, si él no lograba acopiar el valor necesario para separarse de ella. Sería de su parte el peor de los crímenes, un abuso de confianza, una baja seducción. Su indignación fué tal, que se levantó valerosamente, y esta vez tuvo la energía de subir á la sala, resuelto á luchar.

Clotilde estaba dibujando tranquilamente. No volvió la cabeza, y se contentó con decir: —¿Dónde has estado tanto tiempo? Llegué á creer que Martina había cometido un error de diez sueldos en las cuentas.

Esta broma habitual sobre la avaricia de la criada hizo reír al doctor, que fué á sentarse tranquilamente delante de su mesa. No hablaron más hasta el almuerzo. Sentíase Pascual como bañado por una gran dulzura,

que le calmaba, desde que estaba cerca de ella. Se atrevió á mirarla, y se sintió emocionado por su fino perfil, su aire serio de muchacha aplicada. ¿Habría sufrido una pesadilla mientras estaba abajo? ¿Le veneraría tan fácilmente?

—¡Ah!—exclamó cuando Martina le llamó para comer.—¡Tengo un hambre! ¡Vas á ver cómo rehago mis músculos!

Clotilde se adelantó alegremente para cogerle del brazo.

—¡Así, maestro! Es necesario ser dichoso y fuerte.

Pero por la noche, en su habitación, se reprodujo la agonía. A la idea de perderla, tuvo que hundir su rostro en la almohada para ahogar los gritos. Las imágenes se habían concretado; la vió en brazos de otro, haciéndole el don de su cuerpo virgen, y unos celos atroces le torturaban. Jamás tendría el heroísmo de consentir en semejante sacrificio. Toda suerte de planes chocaban en su pobre cabeza febril: apartarla del matrimonio, guardarla á su lado, sin que ella sospechara nunca esa pasión; huir con ella, viajar de pueblo en pueblo, ocupar los cerebros de ambos en estudio sin fin para conservar su compañerismo de maestro y discípula

ó también, si era necesario, mandarla con su hermano, del cual sería enfermera; perderla, antes que darla á un marido.

Y á cada una de estas resoluciones sentía desgarrársele el corazón entre clamores de angustia, en su imperiosa necesidad de poseerla por completo.

No le satisfacía ya su presencia: la quería para él, por él, en él, tal cual ella se le aparecía, radiante en la oscuridad de la alcoba, con su desnudez pura, cubierta únicamente con la ola de sus cabellos sueltos. Sus brazos sólo estrecharon el vacío; saltó del lecho, tambaleándose como un borracho, y sólo en la negra calma de la sala, al poner los pies desnudos sobre el suelo, despertó Pascual de aquella brusca locura. ¿Qué iba á hacer, santo Dios? ¿Iba á llamar á la puerta de aquella niña dormida, á derribarla de un puñetazo? La ligera y pura respiración que creyó oír en medio del profundo silencio le hirió el rostro, tumbándole como un aura sagrada. Y volvió á arrojarse sobre el lecho, presa de una crisis de vergüenza y de atroz desesperación.

Al día siguiente, cuando se levantó Pascual, quebrantado por el insomnio, estaba ya resuelto. Se dió la ducha de todos los

días, y se sintió fuerte y más sano. La determinación que acababa de tomar era la de obligar á Clotilde á empeñar su palabra de casamiento. Una vez que la joven aceptara formalmente la mano de Ramond, le parecía á Pascual que esta resolución irrevocable le aliviaría, haciendo imposible toda loca esperanza. Sería una barrera más, infranqueable, colocada entre él y ella. Entonces se encontraría él armado contra su deseo; y si continuaba sufriendo, sería sin la mezcla de temor horrible de convertirse en un hombre sin honor, de levantarse una noche para poseerla antes que el otro.

Aquella mañana, cuando Pascual trató de convencer á la joven de que no podía retardar más su contestación, que debía dar una respuesta decisiva al hombre que la esperaba desde hacía tanto tiempo, Clotilde, en el primer momento, pareció asombrarse. Miró al doctor frente á frente, al fondo de los ojos, y él tuvo el suficiente dominio sobre sí mismo para no turbarse; insistió sencillamente, aunque con tono triste, como si estuviese pesadoso al decir aquellas cosas. Por fin, Clotilde sonrió suavemente y volvió la cabeza.

—Maestro, ¿quieres, pues, que te abandone?

Pascual no respondió directamente.

—Querida mía, te aseguro que esto va resultando ridículo. Ramond tendrá derecho á incomodarse.

Clotilde se entretenía en ordenar los papeles de su pupitre. Después de una pausa, dijo:

—Es curioso que ahora estés al lado de mi abuela y de Martina, las cuales me persiguen para que me decida... y creí que podría aún disponer de algunos días. Pero, á la verdad, si me empujáis los tres...

No terminó la frase, ni él la incitó á explicarse más claramente.

—Entonces, ¿cuándo quieres que le diga á Ramond que venga?

—Puede venir cuando quiera; sus visitas nunca me han contrariado.

—No te preocupes de eso; yo le enviaré á decir que le esperamos una de estas tardes.

Al día siguiente se repitió la escena. Clotilde nada había hecho, y Pascual esta vez se mostró violento. Sufrió demasiado: tenía crisis de angustia cuando ella no estaba delante, para calmarle con su fresca sonrisa. La exigió, con palabras rotundas, que se condujese como muchacha seria, y no se

divirtiese más con aquel hombre de valer que la amaba.

—¡Qué diablo! Puesto que la cosa ha de hacerse, que sea de una vez. Te prevengo que voy á enviar un recado á Ramond, y que vendrá mañana á las tres.

Clotilde escuchó, con los ojos bajos, sin decir palabra. Ni el uno ni la otra parecían querer abordar la cuestión de saber si el matrimonio estaba resuelto; partían del supuesto de que existía una decisión anterior, irrevocable.

Cuando Pascual la vió levantar la cabeza, tembló; tuvo un presentimiento: la creyó dispuesta á decir que había meditado sobre el caso y que se negaba á aquel matrimonio. ¡Qué sería de él entonces; qué haría, Dios mío! Tan pronto le invadía una alegría inmensa como un espanto loco. Ella le miraba y sonreía, con aquella sonrisa discreta y tierna que siempre tenía en los labios, y respondió, como quien obedece:

—A tu gusto, maestro. Dile que venga mañana á las tres.

La noche fué tan abominable para Pascual, que se levantó tarde, dando por pretexto que había vuelto á sentir la jaqueca. No encontraba alivio más que con el agua helada

de la ducha. Luego, á las diez, salió, y habló de ir él mismo á casa de Ramond. Pero esta salida tenía otro objeto: sabía él que en casa de una prendera de Plassans había un corpiño de antiguo tejido de Alençon, una maravilla que aguardaba, para salir á luz, el capricho generoso de un amante; y en medio de las torturas de la noche se le ocurrió la idea de hacer un regalo á Clotilde, para que con ello adornase su vestido de boda.

Esta idea amarga, de engalarnarla él mismo, de embellecerla y ponerla hermosa para que hiciese á otro el don de su cuerpo, enternecía su corazón, agotado por el sacrificio.

Clotilde conocía el corpiño; lo habían visto juntos un día, y la joven quedó maravillada, soñando con ponérselo á la Virgen, una antigua virgen de madera, adorada por los fieles en San Saturnino.

La prendera lo entregó encerrado en una cajita que Pascual pudo ocultar al entrar, guardándola en un rincón de su *secreter*.

A las tres se presentó el doctor Ramond, encontrando en la sala á Pascual y á Clotilde, que le esperaban, febriles, exageradamente alegres, evitando hablar de la visita. Hubo risas, una acogida excesivamente cordial.

—Encuentro á V. completamente restablecido, maestro—dijo el joven.—Nunca ha estado tan fuerte.

Pascual movió la cabeza.

—¡Oh, oh, fuerte! ¡Quizá! Sólo que el corazón no se porta bien.

Esta confesión involuntaria arrancó un movimiento á Clotilde, que miró á los dos hombres, como si, por la fuerza misma de las circunstancias los comparase uno con otro. Ramond tenía cara sonriente y altiva de médico guapo, adorado por las mujeres, con su barba y sus cabellos negros cuidadosamente peinados, en toda la brillantez de su juventud viril; mientras Pascual, bajo sus cabellos blancos, con su barba blanca, aquel vellón de nieve tan espeso aún, ostentaba la belleza trágica de los seis meses de torturas que había sufrido. Su faz dolorosa había envejecido algo, y no conservaba más que sus grandes ojos, oscuros, vivos, límpidos, que seguían reflejando juventud. Pero en aquel momento, todos sus rasgos expresaban tal dulzura, una bondad tan exaltada, que Clotilde concluyó por fijar en él su mirada con ternura profunda. Hubo una pausa, un ligero escalofrío, que pasó por los corazones.

—Conque, hijos míos—continuó heroicamente Pascual—me parece que tenéis que hablar los dos... Yo tengo algo que hacer abajo; subiré pronto.

Y se fué, sonriendo.

Cuando quedaron solos, Clotilde, con gran franqueza, se aproximó á Ramond, tendiéndole las manos, y él las tomó entre las suyas, reteniéndolas mientras hablaban.

—Escuche V., amigo mío: voy á producirle una gran pena... No me la tome V. en cuenta, porque le juro que le profeso una amistad muy profunda.

Súbito, Ramond comprendió lo que el exordio quería decir, y se puso pálido.

—Clotilde, se lo suplico; no me conteste V.; tómese tiempo si todavía cree necesario reflexionar.

—Es inútil, amigo mío; estoy decidida.

Y le miraba con sus ojos sinceros, sin soltar las manos, para que Ramond notase que estaba serena y afectuosa.

El joven continuó, al cabo, en voz baja:

—Entonces ¿dice V. que no?

—Digo que no, y aseguro á V. que lo siento. No me pregunte V. nada; lo sabrá todo más adelante.

Ramond se había sentado desfallecido por

la emoción, que trataba de contener como hombre fuerte y equilibrado, cuyo aplomo no era posible quebrantasen los más grandes sufrimientos. Jamás ningún disgusto le había trastornado tanto. Quedó mudo, mientras Clotilde, en pie, continuaba:

—Y sobre todo, amigo mío, no crea que he coqueteado con V.... Si le di alguna esperanza, si le he hecho esperar la respuesta, es que, realmente, no veía claro en mí misma... No puede V. imaginarse la crisis por que he pasado: una tempestad, una caminata entre tinieblas, en las cuales apenas si empiezo á vislumbrar un rayito de luz.

Al fin, Ramond habló.

—Puesto que V. lo quiere así, nada interrogué... Bastará, por hoy, que conteste V. á una sola pregunta. No me ama V., ¿verdad?

Sin titubear, la joven respondió gravemente, con un cariño y simpatía profunda que endulzaba la franqueza de su respuesta.

—Es cierto, no le amo á V.; sólo siento por V. una afección sincera.

Ramond se levantó, y con un gesto contuvo las palabras de cortesía que Clotilde buscaba.

—Se acabó; no hablemos más de ello. Deseo que sea V. dichosa. No se preocupe V.

por mí. En este instante estoy como un hombre á quien se le hubiese caído la casa encima. Forzoso será que me libre de este peligro.

Una ola de sangre invadía su rostro pálido; se ahogaba, y tuvo que ir á respirar á la ventana. Luego volvió, con andar pesado, procurando recobrar su aplomo. Respiró fuertemente. En el silencio penoso que sobrevino, oyeron á Pascual que subía ruidosamente la escalera, para anunciar su vuelta.

—Le suplico á V.—murmuró rápidamente Clotilde—que no diga nada al maestro. No conoce mi decisión, y quiero decírsela yo misma, con paciencia, porque estaba empeñado en que se realizase este matrimonio.

Pascual se detuvo en el umbral. Venía tembloroso, sofocado, como si hubiese subido muy aprisa. Aún tuvo fuerzas para sonreír.

—Ea, chiquillos, ¿os habéis puesto de acuerdo?

—Sin duda contestó Ramond tan emocionado como él.

—¿Queda, pues, decidido?

—Completamente—repuso á su vez Clotilde, que se sintió acometida de un gran desfallecimiento.

Pascual se adelantó, apoyándose en los muebles, y dejóse caer en su sillón, delante de la mesa de trabajo.

—¡Ah! ¡ah! ya veis que las piernas no están muy famosas. La culpa la tiene este vejancón de mi cuerpo. Pero el corazón está fuerte... Soy dichoso, muy dichoso, hijos míos; vuestra felicidad me ayudará á curarme.

Luego, después de algunos minutos de conversación, cuando Ramond se fué, Pascual volvió á turbarse, al verse solo con la joven.

—Está decidido, completamente decidido: ¿me lo juras?

—Absolutamente decidido.

Desde entonces ya no habló más; bajó la cabeza, tratando de repetir que se encontraba entusiasmado, que ahora iban las cosas derechas, y que al fin todos vivirían tranquilamente. Sus ojos se cerraron, y fingió dormir. Pero su corazón latía con violencia; sus párpados, obstinadamente apretados, retenían las lágrimas.

Aquella noche, hacia las diez, Clotilde bajó á dar una orden á Martina; Pascual aprovechó la ocasión para dejar sobre la cama de la joven la breve caja que contenía

el corpiño de encaje. Cuando Clotilde subió, Pascual se despidió de ella como siempre, y apenas habían transcurrido veinte minutos desde que había entrado en su cuarto, poniéndose en mangas de camisa, cuando estalló en la puerta una ruidosa algazara. Un puñito impaciente golpeaba la puerta, una voz fresca gritaba, riendo:

—¡Ven, ven á ver!

Pascual abrió, sin fuerzas para resistir á aquel llamamiento de la juventud, dominado por tanta alegría.

—¡Oh! ¡ven, ven á ver lo que ha puesto sobre mi cama un pájaro azul!

Y la joven le condujo á su cuarto, sin que él pudiese resistir. Estaban encendidas las dos bujías, y la antigua habitación, sonriente con su decorado de color rosa, descolorido y dulce, parecía transformada en capilla. Sobre el lecho, como vestidura sagrada ofrecida á la adoración de los creyentes, Clotilde había colocado el corpiño de antiguo punto de Alençon.

—¡No te puedes figurar!... Imagínate que al principio no reparé en la caja. Hago mis arreglos de todas las noches, me desnudo y al venir á acostarme veo tu regalo... ¡Ah! ¡qué sorpresa! ¡mi corazón

pegó un brinco. Comprendí que no podía esperar á mañana; me puse una saya y he corrido á buscarte...

Sólo entonces notó él que estaba medio desnuda, como la noche de la tempestad; cuando la había sorprendido robando sus legajos; y la joven aparecía divina con su fino y largo cuerpo de virgen, con sus piernas contorneadas, sus brazos flexibles, su torso delgado, de pechos menudos y fuertes.

Ella le cogió las manos, se las apretó entre las suyas pequeñas, acariciadoras, envolventes.

—¡Qué buero eres; te doy las gracias! Una maravilla semejante, un regalo tan hermoso para mí, que no valgo nada!... Te has acordado: yo admiraba esta antigua reliquia de arte; te dije que sólo la Virgen de San Saturnino era digna de llevarla... ¡Estoy contenta, muy contenta! Porque, es verdad, soy coqueta, con una coquetería, ¿sabes? que desea á veces grandes locuras, trajes tejidos con rayos de sol, velos impalpables hechos con el azul del cielo!... ¡Qué hermosa estaré! ¡qué hermosa!

Radiante en su agradecimiento exaltado, se apretaba contra él, sin dejar de mirar el corpiño, obligando á Pascual á entusias-

marse con ella. De pronto le asaltó repentina curiosidad.

—Dime: ¿por qué me has hecho este regalo regio?

Desde que Clotilde había corrido á buscarle, con tal acceso de ruidosa alegría, parecíale á Pascual ser presa de un sueño. Sentía ganas de llorar por aquella gratitud tan tierna; y permanecía allí, sin el terror que creyó iba á experimentar, tranquilo, invadido por la alegría, como próximo á una gran felicidad milagrosa. La alcoba, donde él no entraba nunca, tenía la dulzura de los lazos sagrados que apagan la sed insaciable de lo imposible.

Sin embargo, su rostro expresó la sorpresa al oír aquello, y respondió:

—Ese regalo, querida, es para tus galas de boda.

A su vez, ella quedó un instante asombrada, como si no comprendiese. Luego, la sonrisa dulce y singular que tenía desde hacia algunos días, volvió á alegrar su rostro.

—¡Ah! es verdad—dijo—mi matrimonio! Nuevamente quedó seria, y preguntó:

—¿Conque te desembarazas de mí, y por no verme más aquí tenías tanto empeño en

casarme?... ¿Sigues creyendo que soy tu enemiga?

Pascual notó que renacía la tortura, y sin mirar á la joven, queriendo ser heroico, dijo:

—¡Mi enemiga! sin duda, ¿caso no lo eres? ¡Hemos sufrido tanto el uno por el otro en estos meses últimos! Vale más que nos separemos... Luego, yo ignoro lo que piensas, no me has dado la respuesta que esperaba.

En vano buscaba Clotilde la mirada del doctor; comenzó á hablar de aquella noche terrible, en que los dos habían ordenado juntos los legajos. Era verdad: en la conmoción sufrida por todo su ser, ella no le había dicho aún si estaba con él, ó contra él. Pascual tenía razón en exigir respuesta. Le cogió las manos, y le obligó á que la mirase.

—¿Y porque soy tu enemiga me rechazas?... Yo no soy tu enemiga, soy tu servidora, tu obra, y... ¿Entiendes? ¡Estoy contigo, para tí, sólo para tí!

El aparecía radiante; una alegría inmensa iluminaba el fondo de sus ojos.

—Me pondré esos encajes, sí. Servirán para mi noche de boda, pues deseo estar be-

lla, muy bella para tí... ¡Pero no me has comprendido todavía! tú eres mi maestro, á tí es á quien yo amo...

Con gesto extraviado trató Pascual vanamente de hacerla callar.

Ella dió un grito.

—¡Eres tú el hombre á quien quiero!

—No, no, calla; me vuelves loco... Eres la prometida de otro, has empeñado tu palabra: felizmente esas locuras son imposibles.

—¡El otro! Le he comparado contigo, y te he elegido.. Le he despreciado, se ha marchado, y no volverá más... Quedamos los dos: yo te amo, tú me amas, lo sé bien, y yo me entrego á ti..

Pascual se estremeció en hondo escalofrío; no luchaba ya, arrastrado por el eterno deseo de abrazarla, de respirar en ella toda la delicadeza, todo el perfume de la mujer en flor.

—¡Tómame, puesto que me entrego!

No fué caída: la vida gloriosa les exaltaba. Se pertenecieron en medio de gran alegría. La vasta habitación, cómplice, con su mobiliario antiguo, pareció inundarse de luz. Pascual ya no sentía miedo, ni sufrimientos, ni escrúpulos: eran libres: ella se entre-

gaba, sabiéndolo, queriéndolo, y él aceptaba el don soberano de su cuerpo, como bien inestimable que había ganado con la fuerza de su amor. El lugar, el tiempo, las edades habían desaparecido. No quedaba más que la naturaleza inmortal, la pasión que posee y crea, la felicidad que quiere realizarse. Ella, deslumbradora y deliciosa, no exhaló más que el dulce grito de su virginidad perdida; y él, en un sollozo de arrebató, la estrechaba por completo, agradeciéndole, sin que ella pudiera comprenderlo, el haberle devuelto su cualidad de hombre.

Ambos permanecieron abrazados; anegados en éxtasis, divinamente alegres y triunfantes. El aire de la noche era suave, el silencio tenía una calma melancólica. Horas y horas fueron corriendo en aquella felicidad de saborear su propia dicha. De pronto, Clotilde murmuró al oído de Pascual, con voz cariñosa, palabras lentas, infinitas:

—¡Maestro, di! ¡Maestro, maestro!...

Y esta palabra, que Clotilde pronunciaba por hábito en otro tiempo, tomaba ahora significación profunda; se endulzaba y se prolongaba, como si expresara todo el don de su ser.

Repetíala ahora con fervoroso reconocimiento, como mujer que comprende y se somete. ¿Acaso no significaba tal suceso el vencimiento de la mística, la realidad consentida, la vida glorificada con el amor conocido y satisfecho?

—Maestro, maestro, esto viene de muy atrás; es necesario que te lo diga, que me confiese.... Ciertamente que yo iba a la iglesia por ser feliz. El mal estaba en que no podía creer; quise comprender demasiado, los dogmas sublevaban mi razón, el paraíso me parecía una puerilidad inverosímil... Sin embargo, creía que el mundo no se reducía a la sensación, que había un mundo desconocido que era necesario no olvidar; y esto, maestro, lo creo todavía: es la idea del más allá, que la dicha encontrada en tus brazos no podrá borrar... Pero esta necesidad de dicha, esta necesidad de ser feliz en seguida, de poseer la certidumbre, ¡cuánto me ha hecho sufrir! Si iba a la iglesia, era porque me faltaba algo que buscaba. Mi angustia estaba formada de irresistible afán de satisfacer mi deseo... Acuérdate de aquello que tú llamabas mi eterna sed de ilusión y de mentiras. Una noche, al aire libre, bajo un cielo estrellado, ¿te acuerdas? Yo sentía horror

hacia tu ciencia, me irritaba contra las ruinas de que sembraba el suelo, apartaba la mirada de las llagas espantosas que descubría. Yo quería, maestro, llevarte á la soledad, donde hubiésemos vivido ignorados, lejos del mundo, para vivir en Dios... ¡Ah! ¡qué tormento, tener sed, agitarse, y no quedar satisfecho!

Dulcemente, sin decir nada, él la besó en los ojos.

—Después, maestro, te acordarás — continuó Clotilde, con su voz ligera como un soplo—ocurrió el gran choque moral, la noche de la tempestad, cuando me diste aquella lección terrible de vida, abriendo tus legajos delante de mí. Ya me lo habías dicho: "Conoce la vida, ámala, mírala tal cual debe ser vista.", ¡Y qué río espantoso y ancho, que corriendo á un mar humano, engrosado sin cesar, para el porvenir desconocido!.. Y mira, maestro, el trabajo sordo de mi cerebro partió de ahí. De ahí ha nacido, en mi corazón y en mi carne, la fuerza amarga de la realidad. Tan rudo fué el golpe, que en un principio quedé como aniquilada. Dejé de comprenderme á mí misma; guardé silencio, porque nada claro tenía que decir. Después, poco á poco, la evolución se produjo: última-

mente he tenido momentos de rebeldía, por no confesar mi derrota... Sin embargo, la verdad se apoderaba de mí cada vez más; sentía que tú eras mi maestro, que no había dicha fuera de ti, de tu ciencia y de tu bondad. Tú eras la vida misma, tolerante y amplia, que lo acepta todo, todo, por el único amor de la salud y del trabajo, creyendo en la obra del mundo, dirigiendo los sentidos míos hacia esa labor que hemos cumplido con pasión, encarnizándonos en vivir, en amar, en rehacer la vida, á pesar de nuestras abominaciones y miserias... ¡Oh! vivir, vivir. ¡La gran labor, la obra continuada que terminará algún día sin duda!

Pascual, siempre silencioso, sonreía, y la besó en la boca.

—Maestro, sí, te he amado siempre, te he amado desde el comienzo de mi juventud; creo que fué en la noche terrible cuando tú me marcaste y me hiciste tuya... ¿Recuerdas aquel abrazo violento, que casi me ahoga? Me quedó de él una herida, unas gotas de sangre en el hombro. Yo estaba medio desnuda; tu cuerpo parecía penetrar en el mío. Luchamos; tú fuiste más fuerte, y desde entonces sentí necesidad de apoyo. En un principio me creí humillada; luego he vis-

to que no era más que una sumisión infinitamente dulce... Siempre te senti en mí. Tu ademán me hacía temblar á distancia, pues me parecía que me rozaba. Hubiese querido que volvieras á abrazarme, que me hubieses apretado hasta fundirme en ti para siempre. Y yo sabía, yo adivinaba que el deseo tuyo era el idéntico, que la violencia que me había hecho tuya te había hecho mío, que tú luchabas por no cogerme al pasar y guardarme para ti... Cuidándote cuando estabas enfermo, me satisface algo. Desde ese momento lo comprendí todo. No volví á la iglesia, porque comencé á ser dichosa cerca de ti; tú te convertías en la verdad... Acuérdate; yo te había dicho á gritos, al aire libre, que faltaba algo á nuestra ternura, que estaba vacía, y que yo tenía necesidad de llenarla. ¿Qué podía faltarnos más que Dios, razón del mundo? Era, en efecto, el supremo poder, la entera posesión, el acto de amor y de vida.

Clotilde hablaba balbuceando, y Pascual sonreía de su victoria: volvieron á poseerse. La noche entera fué una beatitud en aquella alcoba feliz, embalsamada por la juventud y la pasión. Cuando despuntó el día, abrieron las ventanas para que la pri-

mavera entrase. El sol fecundante de Abril se elevaba en un cielo inmenso, de una pureza sin mancha; y la tierra, estremecida por el hervor de los gérmenes, cantaba alegremente el epitalamio de las bodas.

FIN DEL TOMO PRIMERO

NOVELAS Y CAPRICHOS

Precioso libro que contiene lo siguiente:

Sopas de ajo (cuento), por el **Doctor Thebussem**.—
El collar de perlas (cuento), por **Manuel del Palacio**.—
Virtudes premiadas (novela), por **J. Octavio Picón**.—
El poder de la ilusión (poema), por **Ramón de Campoamor**.—
El mechón blanco (cuento), por **Emilia Pardo Bazán**.—
Tisis poética (leyenda), por **José Zorrilla**.—
Chucho (cuento), por **A. Palacio Valdés**.—
La risa del payaso (cuento), por **Emilio Ferrari**.—
El novenario de ánimas (cuento), por **Narciso Oller**.—
Placidez (cuento), por **Eugenio Selles**.—
La condesa de Palenzuela (cuento), por **Antonio de Valbuena**.

GRABADOS

Historias mudas.—Tomando el baño, Destreza de un bombero, Se paro el carro, El tigre y la suegra, Serenata romántico-naturalista, Dicha breve, De la novia a la suegra, Culpa y castigo, El fotógrafo, El que mucho abarca, Cambio de sacos, El perrillo amaestrado, Sueño interrumpido, El telescopio, En el circo, El pescador inglés, Desequilibrio, El viajero, Quien con perros se mete, El perrillo juguetero.

Autógrafos.—Del P. Luis Coloma, Ayala, Alarcón, Núñez de Arce, Hartzenbusch, Ventura Ruiz Aguilera, Zapata, Fernández y González, Selgas.

Retratos.—De Juan Eugenio Hartzenbusch, Núñez de Arce, P. Luis Coloma, Ventura de la Vega, Avellaneda, Wagner, Fernán-Caballero y Tolstoy.

Caricaturas.—Napoleón I en Austerlitz y en Waterloo, Napoleón III, Federico el Grande, Ricardo Wagner, Listz, Wagner y Bulow, Ricardo Wagner en «El anillo de los Nibelungos».

Sombras.—Bismarck, Crispi.

Grabados sueltos.—Transformación de una cafetera, Estudio de Fernán Caballero, Un descanso, Un niño artista, Teatro de Bayreuth, Retrato de familia, Wagner llevando la batuta, El Mestas de los judíos, Caricatura.

Este precioso libro ha sido unánimemente ensalzado por la prensa de ambos mundos, y es por su tamaño, lectura y los 300 grabados que contiene, sumamente barato.

Difícil, si no imposible, sería encontrar otro más ameno y bonito en lengua castellana.

Precio: tres pesetas.

VIDAS DE PERSONAJES ILUSTRES

Jorge Sand , por E. Zola.....	1 pts.
Victor Hugo , por id.....	1 »
Balzac , por id.....	1 »
Daudet , por id.....	1 »
Sardou , por id.....	1 »
Dumas (hijo), por id.....	1 »
Flaubert , por id.....	1 »
Chateaubriand , por E. Zola.....	1 »
Goncourt , por id.....	1 »
Musset , por id.....	1 »
El P. Coloma , por E. Pardo Bazán.....	2 »
Núñez de Arce , por M. Menéndez y Pelayo.....	1 »
Ventura de la Vega , por Valera.....	1 »
Gautier , por Zola.....	1 »
Hartzenbusch , por A. Fernández-Guerra.....	1 »
Canovas , por Campoamor.....	1 »
Alarcón , por E. Pardo Bazán.....	1 »
Zorrilla , por I. Fernández Flórez.....	1 »
Stendhal , por E. Zola.....	1 »
Martínez de la Rosa , por M. Menéndez y Pelayo.....	1 »
Ayala , por Jacinto Octavio Picón.....	1 »
Tamayo , por I. Fernández Flórez.....	1 »
Trucha , por Becerro de Bengoa.....	1 »
Lord Macaulay , por Gladstone.....	1 »
Sainte-Beuve , por Zola.....	1 »
Concepción Arenal , por P. Dorado.....	1 »
Enrique Heine , por Gautier.....	1 »
Ibsen , por L. Passarge.....	1 »
Taine , por Bourget.....	0,50
Bretón de Herreros , por el marqués de Molins.....	1 »
Campoamor , por E. Pardo Bazán.....	1 »
Fernán Caballero , por Asensio.....	1 »
Zola , por G. de Maupassant.....	1 »

OBRAS DE DERECHO

La casa de los muertos (La cárcel), por Dostoyusky, 3 pesetas.—*La novela del presidio*, por id., 3 id.—*La cuestión de la pena de muerte*, por Carnevale, 3 id.—*El visitador del preso*, por Concepción Arenal, 3 id.—*El duclo y el delito político*, por G. Tarde, 3 id.—*El delito colectivo*, por Concepción Arenal, 1,50 id.—*Estudios jurídicos* por Macaulay (dos tomos), 6 id.—*Antropología criminal* por E. Ferri, 3 id.—*Antropología y psiquiatría* por Lombroso, 3 id.—*El suicidio y la civilización*, por E. Caro, 3 id.—*Derecho administrativo*, por Meyer y Posada, 5 id.—*La administración política y la administración social*, por Posada, 5 id.—*El derecho de gracia*, por Concepción Arenal, 3 id.—*La criminalidad comparada*, por G. Tarde, traducción, prólogo y notas por A. Posada, 3 id.—*El hipnotismo*, por Lombroso, 3 id.—*Nuevos estudios de antropología criminal*, por Ferri, 3 id.—*La nueva ciencia jurídica*, dos grandes volúmenes, 15 id.—*La criminología*, por Garofalo, un tomo, 10 id.—*Indemnización a las víctimas del delito*, por Garofalo; traducción, prólogo y notas de Dorado Montero, 4 id.—*Las transformaciones de derecho*, por G. Tarde, traducción, prólogo y 120 notas por Adolfo Posada.—*La Justicia*, por Spencer.

¿Académicas?

Este libro anónimo, atribuido por la prensa y la opinión a diversos escritores, siempre los más famosos, es un dechado de ingenio, sal y pimienta. Se vende a **una peseta**.

LA SOLEDAD Y LA PEREZA

POR

AUGUSTO FERRAN

CON PRÓLOGO DE

G. A. BECQUER

COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS

a tres pesetas tomo.

- 1.—LA SONATA DE KREUTZER, por Tolstoy.
- 2.—EL CABECILLA, por Barbey d'Aurevilly.
- 3.—MARIDO Y MUJER, por Tolstoy.
- 4.—RECUERDOS DE MI VIDA, por Wagner.
- 5.—DOS GENERACIONES, por Tolstoy.
- 6.—QUERIDA, por Goncourt.
- 7.—EL AHORCADO, por Tolstoy.
- 8.—HUMO, por Turguenef.
- 9.—LAS VELADAS DE MÉDAN, por Zola.
- 10.—EL PRÍNCIPE NERHLI, por Tolstoy.
- 11.—RENATA MAUPERRIN, por Goncourt.
- 12.—EL DANDISMO, por Barbey d'Aurevilly.
- 13 y 14.—JACK, por Daudet.
- 15.—EN EL CÁUCASO, por Tolstoy.
- 16.—NIDO DE HIDALGOS, por Turguenef.
- 17.—ESTUDIOS LITERARIOS, por Zola.
- 18.—MISS ROVEL, por Cherbuliez.
- 19.—MI INFANCIA Y MI JUVENTUD, por Renán.
- 20.—LA MUERTE, por Tolstoy.
- 21.—GERMINIA LACERTEUX, por Goncourt.
- 22.—LA EVANGELISTA, por Daudet.
- 23.—LA NOVELA EXPERIMENTAL, por Zola.
- 24.—UN CORAZÓN SENCILLO, por Flaubert.
- 25.—EL JUDÍO, por Turguenef.
- 26.—LA TIRMA DE JUAN TOZUDO, por Cherbuliez.
- 27.—MIS MEMORIAS, por Stuart Mill.
- 28 y 29.—ESTUDIOS JURÍDICOS, por Macaulay.
- 30.—MIS ODIOS, por Zola.
- 31.—LA CASA DE LOS MUERTOS, por Dostoyuski.
- 32.—NUEVOS ESTUDIOS LITERARIOS, por Zola.
- 33.—LA NOVELA DEL PRESIDIO, por Dostoyuski.
- 34.—EL SITIO DE SEBASTOPOL, por Tolstoy.
- 35.—ESTUDIOS CRÍTICOS, por Zola.
- 36 y 37.—HISTORIA DE AMÉRICA, por Campe.
- 38.—EL SITIO DE PARÍS, por Daudet.
- 39.—MARTÍN ALONSO PINZÓN, por José María Asensio.
- 40.—AMORES FRÁGILES, por Cherbuliez.
- 41.—MEMORIAS DE ENRIQUE HEINE.
- 42.—ESTUDIOS DE ANTRÓPOLOGÍA CRIMINAL, por E. Ferri.
- 43.—CASA DE MUÑECA, por Enrique Ibsen.
- 44.—LA ELISA, por E. Goncourt.
- 45.—ANTROPOLOGÍA Y PSIQUIATRÍA, por Lombroso.
- 46.—NOVELAS DEL LUNES, por Alfonso Daudet.

- 47.—EL REY LEAR DE LA ESTEPA, por Turguenef.
 48.—LOS COSACOS, por el Conde León Tolstoy.
 49.—TRES MUJERES, por Sainte-Beuve.
 50 y 51.—EL NATURALISMO EN EL TEATRO, por Zola.
 52.—IVÁN EL IMBÉCIL, por Tolstoy.
 53.—LOS APARECIDOS Y HEDDA GABLER, por Ibsen.
 54.—EUGENIA GRANDET, por H. Balzac.
 55.—RAMILLANTE DE CUENTOS, por varios autores.
 56 y 57.—MEMORIAS INTIMAS, por Ernesto Renán.
 58.—EL PESIMISMO EN EL SIGLO XIX, por E. Caro.
 59.—CARTAS DE MI MOLINO, por Alfonso Daudet.
 60.—UN DESPERADO, por Iván Turguenef.
 61.—LA PAUSTIN, por E. de Goncourt.
 62.—PA PA GORIOT, por H. de Balzac.
 63.—EL CANTO DEL CISNE, por Tolstoy.
 64.—UN IDILIO DURANTE EL SITIO, por Francisco Coppée.
 65.—EL SUICIDIO Y LA CIVILIZACIÓN, por E. Caro.
 66.—FILOSOFÍA DEL ARTE (La pintura en Italia).
 67 y 68.—LOS NOVELISTAS NATURALISTAS, por Zola.
 69.—TERNEZAS Y FLORES.—AYES DEL ALMA.—FABULAS, por Campoamor (tomo I de sus obras completas).
 70.—SALONES CÉLEBRES, por Sofía Gay.
 71.—EL CAMINO DE LA VIDA, por Tolstoy.
 72.—EL HIPNOTISMO, por Lombroso.
 73.—NUEVOS ESTUDIOS DE ANTROPOLOGÍA CRIMINAL, por Lombroso.
 74.—LA PINTURA EN LOS PAISES BAJOS, por Taine.
 75.—PLACERES VICIOSOS, por Tolstoy.
 76.—URSULA MIRQUET, por Balzac.
 77.—EL DINERO Y EL TRABAJO, por Tolstoy.
 78.—ESTUDIOS ESCOGIDOS, por Arturo Schopenhauer.
 79.—DOLORAS, CANTARES Y HUMORADAS, por Campoamor (tomo II de sus obras completas).
 80.—PRIMER AMOR, por Turguenef.
 81.—EL TRABAJO, por Tolstoy.
 82.—TESORO DE CUENTOS, por varios autores.
 83.—APLICACIONES JUDICIALES Y MÉDICAS, por César Lombroso.
 84.—LA PERLA NEGRA, por V. Sardon.
 85.—MI CONFESIÓN, por Tolstoy.
 86 y 87.—EL DOCTOR PASCHAL, por E. Zola.
 88.—LA CONQUISTA DEL PAN, por Kropotkin.
 89.—PAULA MERE, por Cherbuliez.
 90.—EL ARTE EN GRECIA, por Taine.
 91.—AGUAS PRIMAVERALES, por Turguenef.

LA CRIMINOLOGÍA

ESTUDIO SOBRE EL DELITO
Y SOBRE LA TEORÍA DE LA REPRESIÓN

POR

R. GAROFALO

Profesor de Derecho penal en la Universidad de Nápoles, Presidente del Tribunal civil de Pisa, con un apéndice sobre «Los Términos del problema penal», por Luis Carelli.—Única edición española con multitud de adiciones y reformas hechas por su autor, y no comprendidas en las ediciones italianas.—Traducción por

PEDRO DORADO MONTERO

Catedrático de Derecho penal en la Universidad de Salamanca: Precio, diez pesetas.

DERECHO ADMINISTRATIVO

LA ADMINISTRACIÓN

Y LA

ORGANIZACIÓN ADMINISTRATIVA

en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria

POR

J. MEYER

Véase, acerca de esta obra, el siguiente suelto que ha visto la luz en *El Liberal*:

«Este libro, que tanta resonancia ha tenido en las cuatro naciones de cuya administración se ocupa, pasa por ser el mejor tratado de Derecho administrativo publicado hasta hoy; la traducción está hecha directamente del alemán por el catedrático de la asignatura en la Uni-

versidad de Oviedo, Sr. Posada, quien ha agregado á la obra famosa un nuevo tratado que comprende la Administración y la organización administrativa en España.

Este libro, de tanto interés para los abogados y políticos, ha sido esmeradamente impreso en buen papel, y forma un grueso volumen que se vende á **cinco pesetas** en las principales librerías.

TOMO SEGUNDO Y ULTIMO

La Administración política y la Administración social

EXPOSICIÓN CRÍTICA

DE LAS TEORÍAS Y LEGISLACIONES ADMINISTRATIVAS
MODERNAS MÁS IMPORTANTES

POR

ADOLFO POSADA

*profesor de Derecho político y administrativo
en la Universidad de Oviedo.*

Esta obra constituye el necesario complemento de la de Meyer y Posada sobre Organización administrativa.

Forma un hermoso volumen de *quinientas* páginas.—**Cinco pesetas** en las principales librerías.

PEQUEÑECES...

CURRITA ALBORNOZ

AL P. LUIS COLOMA

Precioso folleto escrito por D. Juan Valera.
Precio, **una peseta.**

